

Instituto Tecnológico de Costa Rica

LAS CALLES DEL LABERINTO

Arquitectura del colapso en la ciudadela marginal
(La Carpio, 2007)

TESIS DE GRADUACIÓN

Sometida para optar al grado de **Licenciatura**

Escuela de Arquitectura y Urbanismo

Instituto Tecnológico de Costa Rica

Presentada el 26 de noviembre, 2007

por

Ricardo Martén Cáceres

A mi padre:

El suspiro del fagot, la calle empapada, la detención del movimiento.

Constancia de la defensa pública del proyecto de graduación

El presente proyecto de graduación, titulado “*Las Calles del Laberinto. Arquitectura del colapso en la ciudadela marginal (La Carpio, 2007)*”, realizado durante el I y II Semestre del año 2007, ha sido defendido, ante el Tribunal Examinador integrado por los profesores Arq. Marlene Ilama, Arq. Marcos Valverde y Arq. Gilberto Palomar, requisito para optar por el grado de Licenciatura en Arquitectura, del Instituto Tecnológico de Costa Rica.

La orientación y supervisión del proyecto desarrollado por el estudiante, estuvo a cargo de la profesora asesora Arq. Marlene Ilama M.

Este documento y su defensa ante el tribunal Examinador han sido declarados:

PÚBLICOS

CONFIDENCIALES

Arq. Marlene Ilama M.
Profesora Asesora

Calificación

Arq. Gilberto Palomar
Profesor Evaluador

Sustentante

Arq. Marcos Valverde
Profesor Evaluador

Declaración de autoría: Excepto donde haya referencias explícitas en el texto de la tesis, este trabajo no contiene material publicado en otros sitios o escritos. Ninguna otra persona que no sea reconocida tanto en el texto como en la bibliografía ha participado como autor o coautor de esta tesis.

RESUMEN

La marginalidad urbana es un creciente conflicto en las entrañas de las ciudades modernas. La formación de núcleos de crecimiento y población olvidados por el planeamiento urbano resulta ya un factor ineludible: la ciudad se conforma de pedazos muchas veces desarticulados, donde la exclusión espacial adopta sus propios mecanismos de supervivencia. La ausencia de redes de conectividad social, las asimetrías culturales y las consecuencias de la inequidad económica han contribuido a un modelo de ciudad donde las formas construidas sobre el terreno son tan disímiles como espontáneas, escenario del espacio colapsado.

Utilizando el recurso de la metáfora, es posible encontrar lógica detrás de la marginalidad. En esos cúmulos de fracaso urbano existen, quizás, lecturas que dignifican su existencia; laberintos autónomos y autosuficientes dentro de sus enormes limitaciones. Dentro de la complejidad que los rige, estos laberintos explotan en vez de reducirse, se adaptan al terreno y se fortalecen de su misma precariedad. Son organismos sustanciales en nuestras ciudades, muestrarios del fracaso del urbanismo académico, pero significantes del urbanismo espontáneo, el que la mente humana es capaz de definir y materializar en su afán por subsistir.

La lectura del espacio y la capacidad de interpretar sus fenómenos ha sido un ejercicio constante y necesario en el estudio arquitectónico/urbano. La posibilidad de recurrir a asociaciones e imágenes que ayuden a explicar al menos una parte de los fenómenos que afectan la ciudad debe entenderse como una obligación. La Arquitectura debe ser capaz de evaluarse, de criticarse, de explorar sus fronteras.

La Arquitectura *debe* ser capaz de encontrar sus laberintos.

AGRADECIMIENTOS

El día que tomé la decisión de estudiar arquitectura nunca imaginé la complejidad que implicaría. Ciertamente, el camino ha sido largo y accidentado: luego de varios años, a veces parece que el proceso universitario es el patíbulo de los sueños que tiene uno al salir del colegio. Y resulta acaso curioso que semejante marasmo (la carrera de Arquitectura y Urbanismo) tenga como colofón esta investigación, que tanta satisfacción personal me ha dejado, pero que tan poco parece tener en común con el largo camino que la antecedió. O quizás es todo lo contrario.

Si he de agradecer la culminación de este proceso, no puedo iniciar con nadie más que mis compañeros de carrera, con quienes compartí reglas y madera de balsa, satisfacción y ansiedad. De ellos, lógicamente hay algunos más cercanos, y como debo mantenerme económico, en vez de nombrarlos uno a uno, quienes lean esto sabrán que no sólo les agradezco su cercanía, sino que espero que el futuro nos depare mayores alegrías y aún mejores selecciones musicales.

En el ámbito académico, le debo a Marlene Ilima su dedicación y seriedad como directora de este trabajo; no sólo le agradezco el haber aceptado conducirlo sino mostrar un constante entusiasmo por el mejoramiento del contenido. Sin duda, los alcances del trabajo los debo a su atenta disciplina y amable rigor.

A la Escuela de Arquitectura le agradezco convertirme en lo que soy, sea lo que signifique. Le doy las gracias a los lectores por su interés en la adecuada culminación de esta etapa final; a Mario Azofeifa por permitirme divagar por primera vez en este tema, aún en su concepción más básica y atolondrada; y a Tomás Martínez por incentivar la discusión de temáticas urbanas serias y necesarias, así como introducirme a un espectro de autores fundamentales en el tema.

A mis amigos más cercanos, un agradecimiento por mantenerse constantes y solidarios a lo largo del tiempo. A Anthony Varilly le agradezco sus comentarios y desinteresada buena voluntad por interesarse en algo tan ajeno a su realidad. A

Alejandra Merino, su inigualable interpretación del mundo y la calidad superlativa de sus observaciones respecto a la existencia. A Pedro Labarca por tolerar con una dignidad insuperable las complejidades de la vida, y por compartir conmigo ésta e incontables experiencias: muchas gracias. Igualmente a Irene Ureña, por su apoyo fundamental en esta nueva etapa que sigue. La frugalidad de este apartado impide mencionarlos a todos, pero bastará decir que su presencia ha sido más que indispensable.

A mi familia, le agradezco su curiosa forma de asociarse y conformarse, sin duda uno de los factores que me han hecho más tolerante y comprensivo. A Silvana, le agradezco su dulzura y tenacidad, su ejemplar consecución de objetivos. A Natalia su inquebrantable voluntad por resistir y solidarizarse con buenas causas. A Andrés, su inquietante búsqueda por verdades absolutas y por preguntar absolutamente todas las verdades que busca.

A mi madre, le agradezco su innato espíritu académico, su honesta pasión por la investigación, y la tolerancia para soportar incontables versiones de este trabajo, en cada una de sus etapas. También le doy gracias por su cariño, su apoyo total y por permitirme escoger el camino menos transitado.

Finalmente, a mi padre, no sólo le doy gracias por sus enseñanzas, sino por mostrarme lo difícil y lo edificante que significa buscar algún grado de libertad. Le agradezco su firmeza, su ética, su rigor y su sed insaciable por entender el mundo. En teoría, la coda cierra los movimientos como la muerte algunos capítulos. O quizás es todo lo contrario.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	2
I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	3
II. JUSTIFICACIÓN	5
III. DELIMITACIÓN & ALCANCES	7
i. Delimitación temporal	7
ii. Delimitación espacial	7
iii. Delimitación Social	8
iv. Alcances	8
IV. OBJETIVOS.....	8
i. Objetivo General	9
ii. Objetivos Específicos.....	9
V. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL	10
i. Visiones de la ciudad	10
ii. La metáfora urbana/arquitectónica	14
iii. Complejidad urbana y la Teoría del Caos.....	18
iv. La ciudad fractal	21
v. Conceptos y temáticas.....	24
VI. ESTADO DE LA CUESTIÓN	30
i. Lecturas urbanas de San José.....	30
ii. Estudios respecto a La Carpio y la marginalidad	31

VII. MARCO METODOLÓGICO.....	34
i. Estructuración general	34
ii. Postura epistemológica.....	35
iii. Estrategia metodológica capitular	37
CAPÍTULO 1	40
La imagen de las metáforas.....	40
Dédalo y el diseño del mito	44
Las dos caras del laberinto	46
Del orden al caos.....	49
Construyendo el mito.....	53
Definiendo la estructura ausente.....	55
CAPÍTULO 2	61
La utopía de la ciudad.....	61
Nuevas ciudades, nuevos ideales.....	64
La esfera y el laberinto	67
La gramática de la pobreza.....	75
Laberintos urbanos: casos	81
CAPÍTULO 3	90
Migración y marginalidad	90
La Carpio: simulacro urbano	94
Hiperrealidad espontánea	99
Perspectivas urbanas.....	102
Las calles del laberinto	107
El espacio infinito	113
CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES.....	116
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	123

TABLA DE GRÁFICOS & IMÁGENES

INTRODUCCIÓN

Gráfico 1 : Modelo teórico y conceptual de investigación	10
Gráfico 2: el campo de conocimiento	16
Gráfico 3: Estructura de investigación	34
Gráfico 4: Constructivismo social y desarrollo del proyecto.....	36
Gráfico 5: Estrategia metodológica.....	38

CAPÍTULO 1

Imagen 1.1. El vuelo de Ícaro, Peter Paul Rubens, 1636	41
Imagen 1.2. El minotauro, George Watts, 1896.....	45
Imagen 1.3. Laberinto tallado, Italia	47
Imagen 1.4. Representación de Jerusalén.....	47
Imagen 1.5. Laberinto en la nave principal de la catedral de Chartres.....	48
Imagen 1.6. Teseo y el minotauro, mosaico romano.....	49
Gráfico 1.1. Tipologías de laberintos.....	52
Imagen 1.7. Laberinto, F. Hundertwasser, 1955.....	53
Imagen 1.8. Escaleras, M.C. Escher, 1948.....	55
Gráfico 1.2. La ciudad fractal.....	59

CAPÍTULO 2

Gráfico 2.1. Esquemas urbanos a partir del modernismo	65
Gráfico 2.2. Proyectos contemporáneos.....	74
Gráfico 2.3. Focos marginales	80
Gráfico 2.5. El caso de Fez.....	82
Gráfico 2.6. El caso de Tokyo.....	83
Gráfico 2.7. El caso de Praga.....	84

Gráfico 2.8. El caso de Ciudad Neza.....	85
Gráfico 2.9. El caso de Cité Soleil	86
Gráfico 2.10. El caso de Rocinha	87
Gráfico 2.11. El caso de Dharavi.....	88
Gráfico 2.12. El caso de Kibera	89

CAPÍTULO 3

Imagen 3.1. Concentraciones de pobreza en la GAM	91
Imagen 3.2. Nicaragüenses y La Carpio (La Nación).....	93
Imagen 3.3. Ubicación de La Carpio	95
Imagen 3.4. Callejuela típica en La Carpio	96
Imagen 3.5. Disturbios (La Nación 11/6/94).....	98
Gráfico 3.1. Generalidades de La Carpio.....	103
Gráfico 3.2. División espacial por sectores.....	104
Gráfico 3.3. Barreras y limitaciones de la periferia	105
Gráfico 3.4. Amenazas y riesgos en la comunidad	106
Gráfico 3.5. Estado y formación de las calles de La Carpio.....	107
Gráfico 3.6. Primera fase del laberinto.....	111
Gráfico 3.7. Segunda fase del laberinto.....	111
Gráfico 3.8. Tercera fase del laberinto	112
Gráfico 3.9. Cuarta fase del laberinto.....	112
Imagen 3.4. Umbral	115

CONCLUSIONES

Gráfico 6. Los órdenes mentales y el espacio construido	118
---	-----

See now. There all the time without you: and ever shall be,
world without end.

James Joyce

INTRODUCCIÓN

La presente investigación intenta hacer un aporte sobre la condición y el papel que juegan las ciudades marginales en la ciudad contemporánea. Para realizar este acercamiento, el trabajo utiliza el valor de las metáforas, más concretamente del mito, haciendo un paralelo entre el concepto del laberinto y la realidad espacial de los sectores marginales que proliferan en las ciudades modernas.

El tema urbano, si bien es abordado con frecuencia tanto en círculos académicos como en círculos políticos, ha estado marcado por serias omisiones. El tema de la pobreza ha sido discriminado sistemáticamente, abordado más como un indicador estadístico que como un factor determinante en la discusión obligada que se realiza al discutir sobre el futuro de las ciudades y cómo deben transformarse.

Tomando como ejemplo el caso de la ciudadela La Carpio, en San José, se aborda el problema de la ausencia de análisis para estas zonas, la importancia que tienen dentro del tejido urbano, y la valoración que debe hacerse de sus espacios. A través de tres capítulos, la investigación elabora una secuencia que busca explicar la evolución conceptual del laberinto, mientras se introduce su paralelo con la marginalidad en la ciudad.

El primer capítulo trata sobre el laberinto y el surgimiento del mito griego que lo hizo trascender de mera fábula a significante universal. En el segundo capítulo se hace un recuento de la evolución de la ciudad moderna y el problema que enfrentan ante el surgimiento de focos de pobreza de gran escala. Una serie de ejemplos a nivel mundial anteceden el tercer capítulo, que se enfoca en el caso de La Carpio. Con un análisis del sitio y de la conformación espacial que tiene en la actualidad se observa la realidad de este lugar, reducido a una serie de estigmas y prejuicios que poco ayudan a entender su valor dentro del contexto de la ciudad.

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Es común preguntarse qué tipo de ciudad ambicionamos tener, qué espacio común nos gustaría vivir. La relación del individuo con la ciudad es, si se quiere, un interminable proceso del más atolondrado cortejo, con cambios constantes en los grados de atracción, donde la tolerancia mutua es el principal calibrage. Sin embargo, la ciudad de unos no es la de otros. Es absurdo creer que los múltiples espacios que concurren en un aparato urbano cumplen y satisfacen a la totalidad de los habitantes. Existen quienes, por ejemplo, experimentan una ciudad extensa pero distante, mientras que otros la sienten pequeña y abrumadora. Esto depende de los recorridos diarios (por costumbre, trabajo, etc.), de las expectativas que se tengan y de la condición cultural. En las ciudades actuales, como San José, realmente existen muchos cúmulos urbanos, que si bien conforman un conjunto reconocido, en muchas ocasiones no tienen relación alguna. Y precisamente eso resulta de una ciudad: disociación, contraste y división.

Entre esos cúmulos, sin duda destacan las ciudadelas marginales (tugurios, favelas, guetos, etc.), como un fenómeno urbano de gran importancia para la comprensión de las ciudades modernas. Los barrios marginales son un fenómeno global, ocurrientes en todo el planeta producto del aumento en la brecha socio-económica. La carencia de algún método académico o político de diseño es quizás su más simple razón de ser. Es en estos sitios, en apariencia olvidados, donde se desarrollan ejemplos de crecimiento y formación arquitectónica fortuita, de pequeñas heridas en el tejido urbano convencional. De cierta forma, una zona marginal desordenada representa una derrota de los principios del control arquitectónico en las ciudades, un fracaso del modelo urbano que esté en rigor, y una especie de vergüenza colectiva que no se menciona demasiado excepto como un ejemplo recurrente cuando se discuten planes utópicos para recuperar distintos sitios...aunque con una dirección estrictamente académica.

Pero, ¿qué son exactamente algunos de estos sitios? En ocasiones son una pequeña

franja de unos cuantos metros de longitud, en otras son kilómetros cuadrados de total incompatibilidad urbana. Las ciudadelas marginales más pobres de San José, por ejemplo, han crecido por voluntad intrínseca y por una voraz necesidad espacial de quienes viven allí, construyendo e interpretando nuevos espacios con la finalidad de poder subsistir de la única manera en apariencia posible, creando un lenguaje arquitectónico espacial propio. Su naturaleza misma procede de la negación y la introspección, de la circulación confusa, de la ruptura de horizontes definidos y, sobre todo, de impedir la suposición de aquello que está por venir. Por su forma y contenido, estos espacios son, acaso, los laberintos de nuestra era.

Un ejemplo claro es el sector conocido como La Carpio, en el cantón de La Uruca. Producto de la pobreza, la inmigración, la ilegalidad y el rechazo, esta ciudadela es un microcosmos del problema que representan estos sitios a nivel mundial. Como suele ocurrir, los espacios marginados se fortalecen por la negación del resto de la ciudad. Como un laberinto moderno, que ha surgido como consecuencia de la desigualdad y el desequilibrio, La Carpio es un sector en blanco en un mapa, asociado y reducido a múltiples patologías sociales (criminalidad, pobreza, etc.). Sin embargo, queda cuestionarnos si merecen estos sitios ser relegados como formas urbanas de nula calidad. Precisamente, si el alcance del urbanismo pretende ser universal, parece necesario incorporar la naturaleza de estos espacios como respuestas válidas y hasta necesarias, por más desinformadas, ocurrentes y divisivas.

De esta forma, se plantea el problema medular de esta investigación: los barrios marginales no han sido incorporados por el urbanismo como respuestas válidas y necesarias, debido a su naturaleza desestructurada y caótica; sin embargo, día con día siguen creciendo y manifestándose como la solución más inmediata para resolver las necesidades espaciales de miles de personas.

II. JUSTIFICACIÓN

La investigación respecto a los fenómenos de la ciudad debe ser considerada necesaria y esencial para entender mejor los sitios en los que vivimos. En el área de nuestras disciplinas inmediatas, la arquitectura y el urbanismo, resulta evidente que la construcción de un análisis más amplio y ecuménico de la realidad urbana enriquece la discusión y permite ampliar los focos de estudio. En este caso, el estudio de las ciudades marginales y su papel en la composición de la ciudad actual parecería como una pieza lógica en las discusiones de temáticas urbanas. Sin embargo, así como es imprescindible enmarcarse en los ámbitos de la arquitectura, es igualmente valioso rescatar el aporte social que puede generarse de lo aquí discutido. Como suele ocurrir en todos los campos de estudio, existe una tendencia a limitar las investigaciones a los tecnicismos propios de la disciplina que rige el trabajo, dificultando la relación con otros ámbitos de importancia. Se olvida, a veces, que integrar elementos de otro carácter, menos rigurosos y más vivenciales, puede ampliar la visión y el resultado final.

En el caso de este trabajo, el análisis de espacios marginales en la ciudad permite la adición de conceptos y temáticas que no son, necesariamente, las típicas del ámbito arquitectónico. Tomando como ejemplo final del estudio el sector de La Carpio, la construcción del argumento respecto al valor urbano que pueden tener estas áreas de rechazo está sustentada bajo el eje literario del concepto del laberinto. Utilizando un significante de la literatura, propio de la mitología, se permite elaborar un discurso menos técnico, que favorece temáticas del ámbito cultural y social un tanto más subjetivas, pero igualmente útiles. El presente estudio intentará traslapar elementos de ese mito concreto en determinantes espaciales, buscando sus relaciones tanto en lo material como en lo psicológico. Los mitos han sido parte de la identidad cultural por muchos motivos. En él están contenidos elementos del ser humano que trascienden la sorpresa o el entretenimiento; reflejan algunas de sus características más primarias y rápidamente pueden tener efectos asociativos

en cada caso particular. La vigencia de los mitos radica, en gran parte, en la correlación que pudieran tener con experiencias propias, independientemente de la época o el trasfondo cultural. Mientras el mito siga siendo metáfora, su valor para la investigación es enorme.

Respecto al estudio urbanístico en Costa Rica, éste se ha enfocado, principalmente, en los distintos fenómenos que han formado a la capital, San José. Desde su historia hasta sus significantes modernos, la ciudad capital ha generado un importante volumen de discusión que, sin embargo, no ha sido equilibrado. El tema concreto de la pobreza en la ciudad ha sido observado vagamente, mencionado con frecuencia pero más como un detalle que como protagonista. El hecho de que estas comunidades no generen más discusión en nuestra disciplina resalta la importancia de aportar y sugerir criterios respecto a algunas de las condiciones que han moldeado su realidad. Esto no sólo con el sentido de ampliar el alcance del estudio arquitectónico, sino más bien para darle un cierto valor a estos cúmulos urbanos, cada vez más extensos e importantes para el desarrollo global de la capital.

En este sentido, al estudiar casos concretos de algunos espacios marginales laberínticos entendemos que mucho en la ciudad crece naturalmente, sin el rigor científico del diseño previo. Pero también es justo reconocer que estos espacios, generalmente rechazados como solución, explican mucho del pensamiento humano, de su adaptación primaria al entorno, y hace suponer que, en ocasiones, algunas respuestas al espacio son las únicas posibles para quienes las encuentran. Mientras seamos capaces de respetar y entender éste y otros espacios similares, parecería lógico que encontrar soluciones a sus padecimientos sería un poco más fácil, y que nuestra perspectiva sea menos distante, menos fría.

III. DELIMITACIÓN & ALCANCES

El presente trabajo está dividido en tres apartados; los dos primeros son de naturaleza teórica y de discusión, mientras que el último se enfocará en un caso particular en la ciudad de San José: la ciudadela La Carpio, del cantón de La Uruca. Este sitio servirá de ejemplo y extensión respecto a los temas discutidos en los apartados previos.

i. Delimitación temporal

En lo que respecta a la discusión de los dos primeros capítulos, existe un amplio recorrido histórico, puesto que se abordan temas que van desde mitologías muy antiguas hasta los nuevos modelos del urbanismo mundial. Esto no quiere decir que el estudio sea una cronología de los principios del urbanismo; sería irreal pretenderlo. Sin embargo, en función de poder elaborar un relato respecto a la construcción del mito del laberinto, y su asociación con un fenómeno urbano contemporáneo, se abordan distintos periodos históricos con un afán expositivo.

En lo que respecta al caso de estudio particular, se estará tratando la comunidad de La Carpio en el presente, con algunos elementos históricos que sirvan para explicar su origen. Dado que la existencia de este sitio es relativamente reciente, se hará mención a los motivos que han originado su condición actual, en lo que respecta a forma e imagen urbana, enfatizando la información más reciente que existe, esto es, en el año 2007.

ii. Delimitación espacial

Como se ha mencionado, en lo que respecta a los dos primeros capítulos, se mencionarán distintos sitios, particularmente ejemplos antiguos y modernos que

retraten interpretaciones del laberinto. Así, habrá varias ciudades que serán analizadas visualmente, para tener como referencia para el caso particular.

El tercer capítulo, que se enfoca en La Carpio, tomará la extensión total de este barrio. Dado que es una zona de crecimiento irregular (estuvo originada por la invasión de terrenos públicos y no tiene control de crecimiento), se tomará como su área total los límites actuales, que engloban 623 hectáreas.

iii. Delimitación Social

El ámbito social que cubre esta investigación se limita, en el caso concreto de La Carpio, a sus pobladores, como el miembro activo del espacio a ser analizado y estudiado. En cuanto a la globalidad de esta investigación, dado que el tema central es la ciudad, se implican, en consecuencia, los factores sociales que la rigen y que aporten al contenido del trabajo.

iv. Alcances

- Hacer un aporte dentro de la investigación urbanística, en particular sobre las ciudades marginales en Costa Rica y en concreto La Carpio.
- Propiciar la discusión de la marginalidad como tema de investigación en el área de la arquitectura y el urbanismo académico.
- Llamar la atención respecto a la problemática que implican estos espacios para las ciudades y la importancia de valorar sus características.
- Enfrentar el tema del desplazamiento y la discriminación desde una perspectiva arquitectónica, reforzando el principio de una investigación interdisciplinaria que no se reduce a su campo de estudio.

IV. OBJETIVOS

i. Objetivo General

Analizar los patrones urbanos que sustentan el mito del laberinto en la arquitectura, sus significantes psicológicos y culturales así como los principios del ordenamiento urbano para explicar el comportamiento del ser humano ante el espacio que habita y transforma; tomando como ejemplo un caso concreto de la ciudad de San José.

ii. Objetivos Específicos

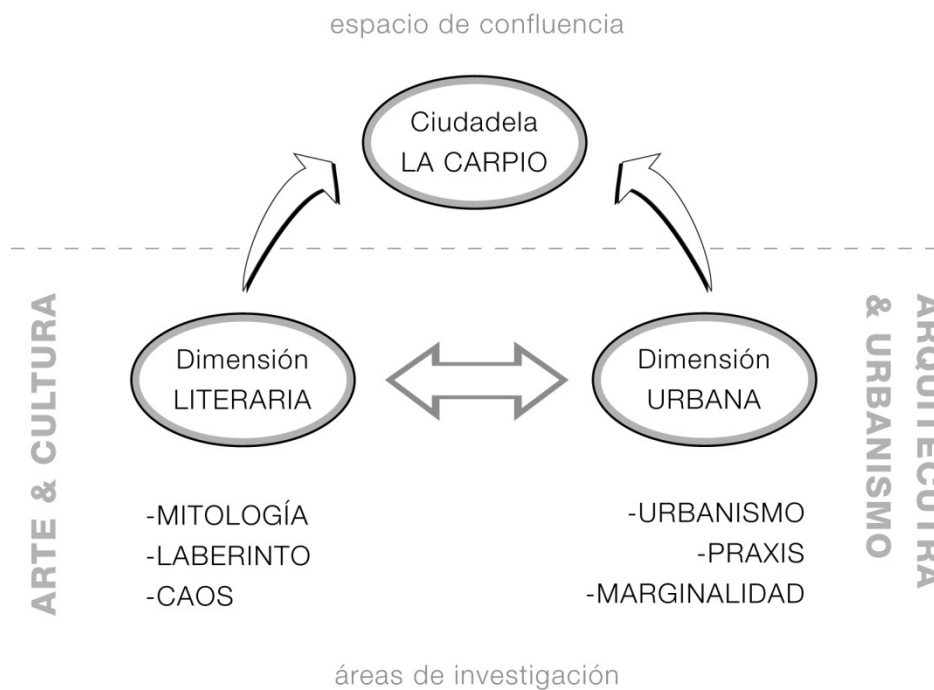
- a)** Identificar las características que componen el concepto del laberinto y su valor como mito, para explicar cómo esos significados se relacionan con ciertas percepciones del espacio construido y actúan como respuestas psicológicas de ciertos grupos humanos.
- b)** Analizar patrones y conceptos urbanos para sugerir relaciones entre la abstracción del caos arquitectónico (laberíntico) y la realidad construida, según los vínculos culturales de su contexto.
- c)** Estudiar la configuración espacial de la ciudadela La Carpio de la Uruca, para demostrar la consumación de espacios-laberinto y del colapso urbano.

V. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL

La metáfora es un origen, el origen de una imagen que actúa directamente, inmediatamente.

Gastón Bachelard

El presente trabajo aborda la temática de la marginalidad y el colapso urbano desde una óptica literaria, donde la metáfora es un factor esencial para el desarrollo de las ideas que se presenten. A grandes rasgos, la conceptualización teórica de la investigación se puede sintetizar en tres áreas de estudio, explicadas más adelante en la metodología. En términos visuales, un resumen de esta composición se observa en el siguiente gráfico:



[Gráfico 1 : Modelo teórico y conceptual de investigación](#)

i. Visiones de la ciudad

La diversidad en la lectura de los fenómenos arquitectónicos y urbanos ha ocupado gran parte de las discusiones teóricas del último siglo, buscando reexaminar los textos clásicos que le dieron forma a la discusión académica sobre la disciplina. El siglo XX pasó a ser el escenario de una multiplicidad de criterios, rupturas y debates, tan amplio y descentralizado que marcó, en parte, la variedad estilística y lógica de la arquitectura misma que habría de plasmarse alrededor del mundo. Además, el fenómeno de la comunicación de masas hizo posible una visión mucho más extensa de las realidades globales —aunque eso no significara comprenderlas— y permitió que las discusiones de fondo respecto a las problemáticas urbanas tomaran un carácter mucho más global. De pronto, los mismos fenómenos podían advertirse en áreas geográficas separadas por miles de kilómetros de distancia, mientras los lenguajes dejaban de ser propios de un país o nación, y más bien fenómenos culturales extendidos sin restricciones aparentes.

La crítica de la ciudad como tal, donde se explica su funcionamiento y orden data desde que Andrea Palladio incorporara en sus *Diez Cuadernos de Arquitectura* elementos de rigor sobre el orden y la forma urbana (Collins, 1999). Por siglos, estos preceptos cambiaron y se adaptaron a los modelos políticos y económicos que nutrían la construcción misma de la arquitectura. Sin embargo, conforme el estudio urbanístico empezó a tomar fuerza como una disciplina eminentemente social, regulada por el estado y supeditada a legislaturas, su campo de estudio se extendió a otras disciplinas.

La constitución del espacio urbano moderno, particularmente el análisis de las ciudades contemporáneas a partir de la segunda mitad del siglo XX, vio renovados bríos ante las posibilidades que proponía la reactivación posterior a la 2da Guerra Mundial y el nuevo orden económico mundial. Además ocurre un fenómeno fundamental para el urbanismo moderno: además de arquitectos y urbanistas, la ciudad se convierte en el campo de estudio para una gran cantidad de especialistas que habrían de coincidir y reevaluar sus aspectos sociales y culturales (Benevolo, 1992).

Si bien el análisis morfológico de las ciudades ha sido constante, se puede referenciar un nuevo modelo de análisis a partir de 1960, con la publicación de *La*

Imagen de la Ciudad de Kevin Lynch. Dejando de lado la rigurosidad del modernismo imperante, en este texto se resalta la lectura urbanística en función de la percepción y la vivencia, no sólo del arquitecto sino del ciudadano mismo. Tomando tres ciudades de los Estados Unidos, Lynch intenta mostrar cómo las ciudades son mucho más que una imagen fija, definida geográficamente y geoméricamente; la ciudad es un espacio viviente, subjetivo, definido por condiciones sumamente específicas que escapan de las definiciones técnicas y legales de las normativas urbanas. A partir de cierto momento, los conglomerados urbanos adquieren funciones propias, definidas e interpretadas por sus habitantes, que distan bastante de los planes urbanísticos previos.

Es la definición de lo que se podría denominar *imaginabilidad*, es decir, esa cualidad de un objeto físico que le da una gran probabilidad de suscitar una imagen vigorosa en cualquier observador que se trate. Se trata de esa forma, de ese color o de esa distribución que facilita la elaboración de imágenes mentales del medio ambiente que son vívidamente identificadas, poderosamente estructuradas y de suma utilidad (Lynch, 2001).

El ejemplo por antonomasia en este sentido es Brasilia. Pocas ciudades han sido más representativas del proceso del urbanismo modernista; altamente influenciada por los textos fundamentales de Le Corbusier (*Urbanisme, La Charte d'Athènes*), Brasilia surgió de necesidades políticas. Y como tal, fue concebida como un ícono político de significantes monumentales, tan idílica como excesiva, un mensaje en sí mismo con poco espacio para la interpretación. La visión de Lucio Costa, técnica y teóricamente intachable, tuvo en esa fidelidad a los principios del ordenamiento modernista su propia camisa de fuerza. Con el pasar de los años, Brasilia fue acaso la muestra más clara de los fracasos del modernismo, de su incapacidad de trasladar el orden arquitectónico a la vastedad de una urbe, al punto de ser casi el colofón mismo de movimiento moderno. La rigidez y estrechez de su plan no predijo los problemas que habría de tener, las contradicciones entre sus espacios y la formación de enormes focos de población marginal en las zonas previstas para el crecimiento ordenado. La población había desarrollado su propio esquema, su propio ordenamiento según la necesidad de supervivencia, y terminó por desplazar gran parte del plan urbano previsto (Curtis, 1986).

Justamente, a partir de la década de los 60 inicia una discusión teórica a nivel

mundial que es en parte un revisionismo del período modernista y una crítica consumada contra el modelo de ciudad que dejó implícito. Estas teorías, que aquí llamaremos posmodernistas*, mencionaban los daños irreparables en las ciudades modernas, y en cierta forma predecían los males que habrían de sucederse si estos modelos no eran revertidos (Hayes, 2000). Si bien las visiones y posturas eran sumamente fatalistas y sombrías, hubo todo un movimiento por rescatar nuevas lecturas de la ciudad, mucho más comprensivas de los entornos locales y de las tradiciones propias.

Charles Jencks inscribe la muerte del modernismo con fecha exacta, en 1972, tras la demolición de un conjunto habitacional de Minoru Yamasaki en Saint Louis, Missouri, aporta como razonamientos no sólo principios de ordenamiento urbano, sino la interpretación de los códigos culturales, es decir, de los significantes de la obra arquitectónica (Jencks, 1977). De esta forma, incorpora valores propios de la filosofía y, principalmente, de la lingüística, haciendo evidente la influencia del estructuralismo francés y de la extensión del análisis semiótico al campo arquitectónico. Critica al modernismo y su intento fallido de universalizar un limitado conjunto de códigos, con un reduccionismo bastante cómodo de las formas, que no era capaz de adaptarse a las particularidades de cada sitio. En cierta forma, se impulsó una gramática universal, impuesta sobre los códigos locales, totalmente avasalladora y carente de significados válidos excepto para quienes observaban las obras arquitectónicas como obras individuales. Y es aquí donde Jencks señala que la ciudad es más bien un campo de batalla entre códigos, donde hay distintas gramáticas, distintos lenguajes, distintas voces, que no pueden ser aplacadas por un sistema único, sino integradas hasta dónde sea posible, donde puedan hablarse unos a otros con libertad. Esto provoca lo que denomina espacios multivalentes, y señala que la calidad de ese espacio es directamente responsable del comportamiento que provoca en sus habitantes.

* Si bien el término *posmodernista* puede tender a la confusión, para términos prácticos de esta investigación, se aceptará como la mejor descripción de aquellas tendencias en el campo de la arquitectura (tanto en diseño como en teoría) ocurridas a partir de la década de los 60s y en particular durante los 70s y 80s. Como tal, incluye en su posición una ruptura con los principios modernistas y un revisionismo cultural del campo arquitectónico. Su variable más conocida, el *avant-garde*, será reconocida bajo los mismos principios del *posmodernismo*.

El rango, delicadez y complejidad de significados que existen en un espacio multivalente tienen un efecto análogo en la mente que interactúa con ellos. Al final, somos transformados por lo que experimentamos, y la calidad de un espacio de este tipo es transferida, aún si indirectamente, a estados mentales regidos por un orden correspondiente (Jencks, 1977).

Similarmente, Colin Rowe, también declara el final del modernismo y le receta a los movimientos arquitectónicos emergentes una serie de remedios que logren revertir el hinchamiento mental que implicaron las teorías modernistas de gigantismo urbano. Su postura aboga por romper el esquema Hegeliano del “lazo indestructible entre la belleza y la verdad” y más bien empezar por aceptar que las ciudades no pueden regirse por esquemas tan absolutos, respondiendo, por el contrario, a las innumerables posibilidades de la conciencia y el conflicto (Rowe, 1978). Además, insiste en amalgamar las dos facetas en ocasiones chocantes del urbanismo: el lado del *ingenio* o ingenieril, y el lado del *bricolaje* o arquitectónico. Rowe defiende que la construcción de las ciudades es un asunto ideológico en sí mismo, que debe ser capaz de analizar sus reveses constantemente, pero nunca imponiendo lógicas y esquemas rígidos, por más ecuménicos que parezcan.

El trabajo es hacer la ciudad segura (y por ende la democracia) con grandes infusiones de metáfora, pensamiento analógico, ambigüedad; y, en la cara de un prevaleciente cientifismo, es quizás posible que estas actividades puedan proveer una verdadera *Supervivencia Por Diseño* (1978).

Según Rowe, existe un evidente trauma en las texturas urbanas, probablemente producto de esa incapacidad del urbanismo moderno por hacer lecturas más contextuales y subjetivas; la incapacidad de poder identificar lo que denomina *colisiones*, o espacios de choque dentro de la ciudad que no parecen recuperarse de sus daños. Esto se debe a las amarras inextricables de esos planteamientos de desarrollo que, sin pretenderlo, provienen de posiciones filosóficas e ideológicas más preocupadas por visiones totales del espacio que por resolver los padecimientos las partes y unidades que lo componen.

ii. La metáfora urbana/arquitectónica

La asociación entre la metáfora como lectura necesaria del objeto urbano y la

lingüística, está desarrollada ampliamente en la obra de Mario Gandelsonas y Diana Agrest. Ambos discuten la presencia de lenguajes y metalenguajes en los objetos que componen la ciudad y la arquitectura, relacionando éstos con los mismos valores ideológicos que estructuran la metrópolis. Las ideologías, como práctica social, afirma Gandelsonas, son dimensiones semánticas que escapan a las definiciones científicas. Estas posturas, opositoras de la teoría científica, fabrican su propia estructura sintáctica, su propia lengua de expresión (Gandelsonas, 1973). Las ciudades, por lo tanto, pletóricas de ideologías, son un cúmulo de metáforas sobre el lenguaje arquitectónico, carentes de la dialéctica de una verdadera teoría que las sustente. Gandelsonas describe este problema de ideologías arquitectónicas como una falta extendida en la Arquitectura Occidental en su afán de querer imponer un único camino para el conocimiento arquitectónico, acaso una distinción definitiva entre lo correcto y lo errado.

El proceso de modificación, o más apropiadamente de asimilación de nuevas ideas sin cambiar la totalidad, es característico de una ideología arquitectónica. A través de esta “modificación”, la arquitectura ha sobrevivido por quinientos años, “adaptándose” a los cambios ocurridos en la sociedad Occidental (Gandelsonas, 1973).

Anteriormente, Manfredo Tafuri había caracterizado esa misma des-estructura de las ciudades actuales como una muestra de la contradicción que impera a la hora de hacer lecturas adecuadas de la ciudad. Tafuri asegura que la confusión ideológica produce un inevitable *shock* urbano, consecuencia de la imposición de las necesidades económicas del ideal capitalista, donde los grandes objetivos por alcanzar esa realización técnica/económica (entiéndanse los planes y propuestas de ordenamiento urbano territorial) terminan imponiéndose a la fragilidad de la observación cuidadosa y puntual de la ciudad. La observación, y por lo tanto la lectura que ocurre de ella, parece ser ajena a los modelos de desarrollo urbano, porque suele promover conflicto cuando compite con otra observación, donde difieren perspectivas o posturas. Sin embargo, esto no significa que la lectura metafórica o la semiótica urbana deban suprimirse. A pesar de la dificultad que supone insertarlas dentro del rigor de los planeamientos más científicos que forman la ciudad, siguen siendo la forma más cercana a la visión real del individuo ante los objetos que lo rodean y, esencialmente, construyen más claramente el

mensaje arquitectónico.

George Baird explica este punto con claridad: en términos semióticos, si la arquitectura –como un todo – es una lengua (no un lenguaje, que es un término mucho más amplio), los objetos arquitectónicos individuales son palabras. Baird, basado en los postulados lingüísticos de Roland Barthes, va más allá y propone un esquema que explica el campo de significado aplicable a cualquier objeto de estudio:

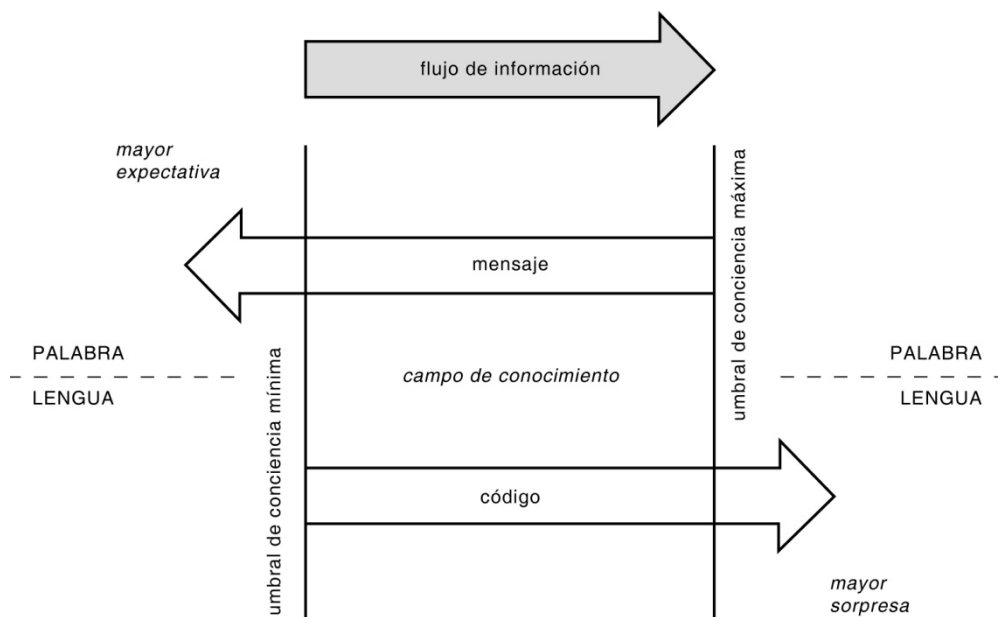


Gráfico 2: el campo de conocimiento

Aplicado al objeto urbano/arquitectónico, el esquema explica que existe un campo de conocimiento para la arquitectura, delimitado por qué tan visible es su existencia para el observador. El mensaje es la palabra, o la unidad arquitectónica, mientras el código responde a una lengua, a una totalidad arquitectónica. La información que emana de la ciudad ocurre como una función de “sorpresa” dentro de una matriz de “expectativa”. Explica Baird (1969):

Para que un mensaje registre, debe ser un tanto sorpresivo, sin ser completamente inesperado. Si es muy predecible, el mensaje no registra del todo. Es en este sentido que el “ruido de fondo” tiende a escapar el umbral de conciencia mínima, y que explicamos el cliché como carente de valor informativo.

Barthes describía la lengua como un “sistema de valores”; aplicado al esquema de Baird, estamos ante un mecanismo para evaluar y leer la ciudad. La lengua o código arquitectónico es, finalmente, el espectro de articulaciones entre los mensajes o unidades arquitectónicas y las posibilidades que el código mismo les establece para funcionar. Entre más limitado el código, entre más pobre sea el lenguaje, más limitada y carente es la unidad que lo compone.

La lectura de la ciudad, y la capacidad de metaforizar sus espacios, tiene una valiosa interpretación por parte de Diana Agrest. Su principio básico implica degradar el estudio urbano arquitectónico, donde deje de ser el sistema dominante y equipararlo a los demás elementos que componen la cultura ciudadana. La eliminación de estas jerarquías facilita la explicación de “textos sociales” que no son más que el no-diseño inherente a las ciudades.

En el mundo del no diseño, esa tierra-de-nadie de lo simbólico, la escena de la lucha social, el análisis interno de sistemas individuales resulta inadecuado e imposible de aplicar. Aquí no hay un productor único, ningún sujeto concreto, ni tampoco un sistema retórico establecido dentro de una estructura institucional. En cambio, hay un sistema complejo de relaciones intertextuales (Agrest, 1976).

Como vemos, Agrest define tres categorías fundamentales para diferenciar el no-diseño del diseño convencional: la institucionalidad, los límites, y el sujeto. Posteriormente, sugiere hacer una lectura activamente metafórica del espacio; un espacio carente de diseño formal carece de lenguajes formales, y por lo tanto debe leerse en sus propios términos, en los que ese espacio ha surgido y tomado identidad propia.* Esta lectura es definida como *Mise-en-Séquence*, o puesta en secuencia, donde la libre descripción de las secuencias que componen el espacio urbano escogido es articulada en una lectura abierta a interpretaciones. Agrest propone describir escenas como fragmentos de la ciudad, donde los fragmentos son mensajes arquitectónicos: una esquina concurrida, una parada de autobús, un callejón oscuro, etc. Cada uno de esos elementos constituye una pieza del no-diseño,

* Es importante advertir la diferencia entre el concepto del *no-diseño* aquí expuesto y el conocido concepto del *no-lugar*, desarrollado por Marc Augé, el cual se enfoca en aquellos sitios o espacios con carencias en sus significados culturales y que no obedecen a ningún contexto histórico o social, sino básicamente a imposiciones del consumo moderno o de políticas improvisadas.

un producto autónomo de las circunstancias. La lectura de estos espacios, por lo tanto, nunca es lineal (como tampoco suelen serlo estos sitios) sino un “texto” o código infinito y especializado. Y la metáfora que mejor describa ese espacio o no-diseño, deberá articularse a través de un sistema abierto que permite su asociación con elementos afines a lo propuesto por la metáfora inicial.

iii. Complejidad urbana y la Teoría del Caos

Además de la introducción de criterios de análisis más libres, como la metáfora ya discutida, las últimas décadas también promovieron un cambio en el enfoque hacia el ordenamiento urbano y en sus métodos de aplicación. Más que una argumentación teórica, el urbanismo actual ha recurrido a distintas técnicas para depurar su capacidad de hacer válida la posibilidad de una ciudad eficiente y de calidad. Como se ha discutido ya, los fracasos a gran escala del modernismo provocaron enfoques alternativos, exultantes a favor de la pequeña escala ciudadana, reforzando la importancia de la unidad en relación a la totalidad. La posición por rescatar la calle urbana tradicional, aquella que promueve actividades diversas y es recorrida a pie, fue expuesta con claridad por Jane Jacobs. Sus conceptos, enfocados en las grandes ciudades de Estados Unidos, reforzaron esa idea de romper con la monotonía autoimpuesta, y más bien defender el derecho ciudadano por la multiplicidad de espacios, movimientos y tiempos (Jacobs, 1993).

La complejidad urbana, entonces, es innegable. Dentro de su funcionamiento, es capaz de experimentar e imponer caos y orden en un espacio de tiempo, nunca en forma absoluta. Es decir, la ciudad es ante todo un multi-organismo complejo, una amalgama de extremos y regularidades que combaten unos a otros dentro del campo temporal. Al tener la ciudad tal cantidad de lenguajes, su estudio o diagnóstico debe ser una labor inmensa, de suma complejidad. Y es entonces donde algunos principios alternativos, como el caos matemático pueden dar una luz al respecto.

Sin duda, las últimas tres décadas han visto un cambio en la formulación teórica de los fenómenos que ocurren en el universo. El avance tecnológico supuso la

posibilidad de evaluar como nunca la variabilidad y multiplicidad de eventos que determinan un campo de estudio cualquiera. Inicialmente un recurso exclusivamente físico-matemático, el concepto del caos como patrón de medición se ha extendido, no sin cierta reticencia, al análisis de ciencias naturales y sociales, así como para interpretar la ciudad misma. Llamada originalmente Teoría del Caos, lo que hoy puede denominarse Teoría de la Complejidad o Teoría de Sistemas Dinámicos (en esencia significan y proponen lo mismo) es un recurso novedoso que pretende explicar fenomenologías que la ciencia convencional no puede. Su principio básico es que el comportamiento de los sistemas dinámicos (las placas tectónicas, las redes viales, los corredores biológicos etc.) es extremadamente sensible a flujos y efectos diminutos en sus etapas iniciales, haciendo casi imposible la predicción exacta de sus fenómenos. Aunque esto pueda sonar desalentador, más bien supone una visión más fiel de la realidad y puede ser sumamente útil para diagnosticar e identificar problemáticas ulteriores en los sistemas investigados. La Teoría del Caos, sin embargo, ha sido reducida a una simple referencia formal, que poco explica su verdadera orientación. Conceptos como el *efecto mariposa* (la idea que el aleteo de una mariposa pone en secuencia una serie de eventos y reacciones que podrían terminar por provocar un huracán en otra parte del planeta), han casi suplantado por definición a la Teoría del Caos, cuando no es más que un recurso simplista. Explica Andrew Clem:

Aunque es una idea dentro del rango de lo (lejanamente) posible, esta imagen confusa ha tenido un efecto desafortunado, reduciendo la Teoría del Caos ante muchos como un cliché genérico de que el mundo es un enorme e impredecible desorden. Cuando supuestos expertos evocan la Teoría del Caos para explicar las frustraciones de la vida diaria, no hacen más que hacerle un daño a la posibilidad de exponer el valor de esta teoría a una mayor audiencia.

Sin entrar en las complejidades matemáticas propias de esta teoría, se puede afirmar a grandes rasgos que la invocación al caos, y posteriormente a la complejidad, es una ruptura con el paradigma Newtoniano de la mecánica. Ayudados en gran parte por el desarrollo de la computación y la posibilidad de realizar cálculos altamente complejos en espacios de tiempo exponencialmente menores, matemáticos y científicos pudieron observar cómo simples fuerzas “determinísticas” podían generar formas sumamente complejas en la naturaleza,

algo imposible de predecir para el paradigma Newtoniano. Estas aplicaciones empezaron a utilizarse para analizar situaciones más reales, no sólo matemáticas, inclusive algunas que parecían impredecibles como los terremotos, las plagas y hasta los colapsos en los mercados de valores. Esta interpretación, como se ha mencionado, implicó un claro acercamiento matemático a la doctrina determinista, que supone que todos los eventos están determinados por causas externas a la voluntad del individuo, haciendo más evidente la imposibilidad de juzgar o interpretar los fenómenos del planeta como simples consecuencias del quehacer individual. Así, fue posible determinar dos condiciones básicas:

1. Los procesos que parecen azarosos o irregulares podrían seguir leyes establecidas o por establecerse.
2. Algunos procesos que solían ser considerados como predecibles han demostrado ser caóticos en el largo plazo (ej.: el movimiento de cuerpos celestes en el Sistema Solar).

Entre las áreas de la Teoría del Caos existen dos principios útiles en la descripción de fenómenos arquitectónicos y urbanos: la dinámica no lineal y la complejidad. Aunque la primera está enfocada en ecuaciones complejas, básicamente sustenta la lógica del “desorden” espacial y formal, derivado de variaciones implícitas pero diminutas dentro de los sistemas autónomos; la segunda, la complejidad, se acerca mucho más a la vida real y a la interpretación del caos dentro de la vivencia de los individuos. Muchos de los ejemplos que mejor demuestran las aplicaciones de la complejidad en la realidad siguen siendo de un matiz científico, ya sea en química aplicada, economía matemática o ingeniería médica. Justamente, la posibilidad de vincular eficientemente las teorías de caos y complejidad con aspectos sociales y espaciales ha sido más complicada, por el origen matemático de los principios y cierta dificultad de trasladarlos a la amplitud de los fenómenos del ser humano y su entorno.

Existen razones para dudar de la validez de la Teoría de la Complejidad para interpretar fielmente razones de las ciencias sociales, de las artes o del urbanismo. Dado que el caos y la complejidad como parámetros funcionan bajo variables de precisión y espacio, como el tiempo, el traslado a situaciones sociales se dificulta,

pues abundan inexactitudes lógicas. La ciudad, por ejemplo, no puede ser analizada como en un laboratorio, y numerosos tiempos, espacios e individuos se superponen unos a otros, extendiendo en demasía el “protocolo” del caos. Esas dificultades, sin embargo, no eliminan la validez de aplicar la Teoría de la Complejidad a la fenomenología urbana, pues sigue siendo un excelente método para explicar con libertad algunos comportamientos anómalos dentro de los sistemas que componen la ciudad. Blake LeBaron explica que lo ideal en análisis sociales es puntualizar los estudios, hacer el modelaje a partir de un entorno claramente identificado, que tenga una cierta independencia de otros fenómenos que pueden afectar su interpretación. Tampoco es un asunto de procesar datos técnicos y estadísticas, meterlos en un sistema y esperar resultados; es más valiosa la observación empírica, pues aunque tiene un menor asidero científico, es más válida que una serie de datos irregulares con enormes rangos de error:

Las ideas derivadas de la Teoría de la Complejidad son muy útiles para las áreas de investigación teórica y empírica. Nos han recordado la posibilidad de que algunos modelos ostensiblemente comprendidos tengan ocultos una riqueza de estructuras dinámicas implícitas. Finalmente, nos recuerdan lo humildes que debemos ser en nuestras ambiciones por predecir y dictar políticas para sistemas sociales de gran escala.

En pocas palabras, el caos o desorden de un entorno puntual, como una zona específica de la ciudad, es digno de apreciarse y estudiarse, teniendo en cuenta que tiene poco sentido magnificar su radio de influencia más allá de sus límites, pues pierde la puntualidad de la observación inicial. La lectura de esa complejidad, más que un intento por reducirla a una fórmula matemática que la pueda predecir, debe ser un ejercicio de apreciación, con determinantes realistas que sirvan para exponer de mejor manera el punto que se busca hacer.

iv. La ciudad fractal

Afín a la teoría del caos, la Geometría Fractal sí se utiliza con frecuencia en el diseño (al menos sus principios básicos), donde pequeños patrones se reproducen al infinito hasta formar objetos o espacios determinados. Mucho existe respecto a este campo, particularmente en el diseño secuencial, donde se pueden citar ejemplos

que van desde la sección áurea hasta las alfombras persas. El uso de geometría fractal en la arquitectura es común, hasta cierto límite; es visible y analizable con mayor facilidad, pues su naturaleza geométrica es mensurable. Franklin Hernández lo define como una programación estética, donde el ser humano tiene y maneja códigos genéticos de apreciación del orden y las formas que le producen seguridad y, en consecuencia, le resultan bellos. Estos códigos son unidades abstractas, universales, y como explica Hernández, son evidentes en los patrones geométricos que evocan un ordenamiento. Su éxito descansa en el origen abstracto pero geométrico de la forma, que no se presta a interpretaciones que requieren un subtexto ulterior que les de un significado adicional:

La absoluta abstracción garantiza una evaluación desde las bases genéticas, o lo que es lo mismo, su cercanía con órdenes naturales ayuda a una asociación inconsciente con programas preestablecidos. El modo en que son fácilmente reconocidos los programas de ordenamiento de ellas, o sea, su velocidad para ser entendidos como órdenes, es una consecuencia de la efectividad asociativa con parámetros preprogramados y por lo tanto un factor que ayuda a su éxito estético.

Nikos Salingaros y Christopher Alexander han sido pioneros en un análisis más matemático del fenómeno urbano, y tanto sus estudios individuales como sus colaboraciones han insistido en acercarse a los órdenes implícitos en la naturaleza misma. Salingaros ha recurrido a la *ciudad fractal* como una forma de describir la ciudad moderna, un espacio con propiedades fractales intrínsecas, en común con todos los sistemas vivos. Si bien fractal implica un grado de fraccionamiento, para Salingaros es un denominativo justo para la ciudad verdaderamente funcional y lógica, pues es la que responde más fielmente a la visión geométrica que el ser humano tiene del mundo.

Por definición la ciudad fractal es aquella que funciona en todas las escalas que afectan directamente a quien la habita. Las ciudades medievales son el ejemplo más claro en espacios que no crecían más allá de unos pocos kilómetros, mientras las ciudades decimonónicas funcionan mejor como ejemplo en una mayor escala (París, Berlín). Como el ordenamiento del espacio fractal funciona de lo pequeño a lo grande, su medio natural es ser peatonal, pues la escala vehicular es un componente adicional de conexión hacia otros espacios peatonales por naturaleza. Esta forma de

construir ciudades, justo hasta antes del modernismo, obedecía a un modelo fractal, sin que sus mismos constructores lo supieran; Salingaros argumenta que la mente humana tiene un modelo fractal impreso en ella, y que por lo tanto genera intuitivamente estructuras fractales. Este problema de escalas es evidente en las ciudades modernistas, y claramente en las ciudades latinoamericanas, que por lo general aún funcionan con principios de ordenamiento que van de lo macro a lo micro, y no a la inversa.

Cuando el ordenamiento urbano olvida incorporar el manejo de las escalas, sobre todo si no inicia sus estudios desde las escalas más íntimas (de 1 cm. a 2 m.), va a estar propenso al desajuste y al fracaso, pues los pocos espacios “ordenados” existirán gracias a un gran resto de desorden y caos. La cuadra, tan típica en nuestros centros de ciudad, repetida *ad nauseam* deja de tener sentido pues perpetúa un único modelo escalar y rompe con la naturaleza quebrada o fractal de la mente humana. Es claro entonces que existe una contradicción entre los principios del urbanismo moderno, que se alimenta de grandes planes de crecimiento que surcan enormes áreas de estudio, y la lógica natural de desarrollo. Salingaros insiste que por naturaleza propia, un espacio se va a resolver desde sus etapas más mínimas y primarias. Quienes lo construyan, con o sin planeamiento, tenderán a una distribución irregular y fractal en esencia, pues es lo que les provoca una mayor seguridad y un mejor sentido de su especialidad en el mundo, pues sigue siendo una imagen en concordancia con su pensamiento. Sin embargo, es aquí donde el ordenamiento urbano es fundamental:

El crecimiento de conexiones de pequeña escala permite la expresión de fuerzas urbanas naturales. Sin embargo, dejadas a su propia suerte, se desarrollarán en estructuras incoherentes y al azar, en *favelas* o barriadas marginales. La noción de “planeamiento” es una reacción al crecimiento descontrolado. Y aún así, hay un enorme grado de vida que surge de tales espacios. Bajo las condiciones adecuadas, las conexiones de pequeña escala pueden generarse de forma más o menos espontánea; sólo necesitamos apoyo, guía y restricciones que aseguren una forma parcialmente coherente. Desafortunadamente, la mayoría de las intervenciones macro de hoy en día destruyen las estructuras vivientes.

Similarmente, Bo Grönlund explora las relaciones de complejidad dentro de las conexiones ciudadanas. Haciendo eco de los principios de Manuel Castells, discute la conectividad de los espacios ciudadanos y la calidad y eficiencia de estos dentro

de la constitución de un determinado modelo de ciudad. Grönlund además incorpora el elemento del lenguaje como muestra adicional de la naturaleza diferenciada de los seres humanos. Así, además de una noción matemática que supone una mente de modelo fractal, existe un principio de comunicación que evidencia cómo los seres humanos tienden a la variedad y la irregularidad. Esta gran cantidad de lenguajes, visuales, musicales, orales, todos contenidos dentro de la ciudad al mismo tiempo, hacen del estudio urbano una labor inmensa, de gran dificultad. Justamente lo que nos lleva a los principios de la Teoría de la Complejidad antes comentados. Para Grönlund, la complejidad “es algo entre el orden y el caos, y crece al filo del caos”, pues no puede expresar simpleza u orden estático, ni es un desorden total. Es decir, la complejidad es el primer grado de orden posterior al caos, donde se pueden advertir en medio de la variabilidad tanto secuencias simples como iteraciones, patrones repetidos y elementos de azar. La complejidad es, por lo tanto, ineludible, y una constante en los cúmulos urbanos pues es un producto natural de la complejidad misma del ser humano. Cuantificarla, distinguirla o identificarla es, similarmente, un asunto difícil. La vida práctica, no reflexiona automáticamente sobre su naturaleza, ni es capaz de evaluarse para determinar qué partes de sí padecen de conflictos o necesitan repararse en un instante. Por eso, insiste Grönlund, no existe un método exacto para medir la complejidad, sino sólo apreciar y trabajar algunos de sus aspectos.

La pregunta está en cómo puede leerse la complejidad dentro de la ciudad. Claramente, no existe un método infalible, pero Grönlund propone una manera de hacerlo:

La complejidad física de la ciudad, ante todo, debe leerse como un fenómeno de la calle, del camino. Las calles y caminos son simultáneamente la estructura de ordenamiento general y el tipo de espacio donde los encuentros urbanos toman sitio en una gran escala.

Así, finalmente, queda definida la calle como el elemento articulador y definidor del espacio urbano, la unidad en secuencia que delimita la arquitectura, y la metáfora geométrica capaz de sugerir nuevas lecturas para los fenómenos urbanos.

v. Conceptos y temáticas

El estudio teórico del urbanismo propone modelos de desarrollo que estiman y calibran el desarrollo de las ciudades. Evidentemente, de estos estudios surgen los parámetros que definen los estilos y las corrientes que hoy en día aceptamos en el estudio arquitectónico.

Entre los más connotados estudiosos del crecimiento, el desarrollo y la forma de las ciudades están, entre otros, Benevolo, Munizaga, Collins y Ching. Resulta necesario apuntar que a pesar de detalles y estilos particulares, los autores citados (así como otros) suelen enfrentar las interrogantes arquitectónicas desde una perspectiva similar. Por lo tanto, ante el análisis de ciertos comportamientos urbanos, es innegable la referencia constante a estos textos, aunque considerando la posibilidad de realizar acercamientos distintos, quizás menos elaborados. Esto no quiere decir que el trabajo no sea serio, pero sí puede alejarse un poco del convencionalismo narrativo de estas obras. Por ejemplo, todas parten de un discurso historicista, cronológico, centrado en la importancia del estilo y la forma, profundizando en detalles de forma y contenido. Sin embargo, es difícil encontrar análisis más generales, abstraídos un poco de la disciplina arquitectónica, y más atentos a situaciones paralelas que hubiesen tenido algún nivel de influencia o relevancia para la exposición del caso. En el caso de la historia del arte, es notable la síntesis realizada por Hauser, que la explica desde un enfoque socialista, explicando el arte como resultado directo de las convulsiones sociales y políticas del momento.

Así, cuando se intenta explicar el motivo por el cual las ciudades pueden experimentar determinados comportamientos, es válido alejarse un poco de la linealidad que existe al analizar estos fenómenos. Y precisamente, este estudio pretende demostrar que el ser humano no es necesariamente lineal, que su manera de pensar y actuar va más allá de una sucesión de eventos; resulta de la discriminación y aceptación de cierta información.

Al relacionar el mito del laberinto de Creta, es necesario demostrar su utilidad respecto al tema. Como se ha mencionado ya, el mito es una herramienta explicativa, una referencia cultural que sintetiza algunas partes de un tema mucho mayor. Aquí se pretende utilizar el mito del laberinto para, de alguna forma, hacer una alegoría respecto a la arquitectura actual. A través de las características que se

le den al laberinto (el minotauro, los pasillos, su construcción, su diseño, su propósito, etc.) se pueden ir identificando, a una mayor escala, las características correspondientes que se adecuen al trabajo.

Previa investigación, se ha visto que el laberinto, como concepto, se utiliza bastante en los textos arquitectónicos, aunque más como un término peyorativo o facilista para la descripción. El análisis de la arquitectura bajo preceptos propios del laberinto, con explicaciones cabales no es un tema fácil de encontrar. El resultado final de este estudio determinará si esto obedece a un problema del tema en sí (impráctico o poco interesante para ser estudiado) o si simplemente no ha sido una temática abordada bajo una investigación más rigurosa que la simple asociación.

A pesar de la carencia de un estudio similar al que aquí se expone, el presente trabajo contiene numerosos elementos que deben definirse y estructurarse. La comprensión del trabajo de investigación está determinada por la profundidad y calidad del contenido; la efectividad de los conceptos estará directamente ligada a la claridad de su definición. Para ordenar un tanto el orden de estos conceptos, se han escogido tres áreas principales que engloban los conceptos axiales del estudio. Su inclusión en este marco metodológico las ubica en orden descendiente de importancia. A continuación se explican los términos:

1. *Arquitectura y Urbanismo*

Este trabajo es de orden arquitectónico, aunque enfocado con cierta libertad literaria. Esto implica que la mayoría de los conceptos deben seguir una orientación arquitectónica, tanto en forma como en contenido. Según Gombrich “no existe cosa tal como el Arte. Solo existen los artistas”. El arte, y en consecuencia la arquitectura, son ejecuciones particulares, sujetas al criterio ajeno. Sin embargo, no son entes en sí mismos, no son una estructura única regida por reglas absolutas. La arquitectura está compuesta por la acumulación de distintas manifestaciones, cada obra a la vez, con motivos y raíces únicos para cada objeto realizado. En el estudio se hará referencia tanto a la arquitectura como término genérico, como a la arquitectura de autor, para apuntar el caso específico. Por arquitectura se entenderán dos conceptos básicos: el de la obra individual y el del conjunto urbano. Según lo explica Benevolo (1992), “la arquitectura es la esfera mayor del diseño; lo demás le

pertenece”. Así, resulta más apropiado, por la temática del trabajo, de hablar de arquitectura como el principio general de diseño, y no hacer diferencias entre *arquitectura* para lo individual y *urbanismo* para el conjunto. De hecho, el urbanismo puede utilizarse alternativamente, y su uso se especializará en la faceta más académica y ejecutiva de la arquitectura en el ámbito de la ciudad. Por lo tanto arquitectura implicará diseño y obra, estructura y conjunto, sin caer en detallismos excesivos respecto a escala y magnitud. Si bien esta definición puede parecer lógica y hasta innecesaria, resulta adecuado determinar los márgenes de términos que son mencionado incontables veces a lo largo del trabajo. Umberto Eco realiza una síntesis al respecto:

La expresión arquitectura se debe utilizar para designar los fenómenos arquitectónicos propiamente dichos, los de diseño y los de proyección urbanística; esto es, cualquier proyecto que modifique la realidad en el ámbito tridimensional con el fin de permitir el desarrollo de cualquier función vinculada a la vida asociativa.

Similarmente, a la hora de hablar de espacio, se estará haciendo referencia tanto a la obra arquitectónica como a su entorno inmediato. Esto porque el espacio también implica la ‘no-arquitectura’, lo que Rem Koolhaas denomina como el “necesario espacio negativo”. Esto resulta fundamental a la hora de hacer el símil con el laberinto, puesto que éste puede ser en ocasiones considerado más un tipo de espacio que de arquitectura propiamente. Evidentemente, la distinción entre una u otra condición quedará desarrollada y explicada según sea el caso a lo largo del desarrollo. Respecto a los laberintos, arquitectónicamente están divididos en dos: el laberinto sin salida aparente (*maze* en inglés) y el laberinto romano de un camino único que conduce al centro de la estructura (*labyrinth*). Dado que la génesis del segundo tipo obedeció a motivos más espirituales y menos arquitectónicos, y que el primero es claramente un diseño arquitectónico con un propósito más rico en contenidos, por laberinto podrán entenderse ambos conceptos, y su explicación se hará en consonancia con la temática que se esté desarrollando. Además, se tomará el mito del laberinto de Creta como el laberinto por antonomasia. Como se dijo anteriormente, el término urbanismo no será un eje del trabajo, pero el concepto de ciudad sí. Por ciudad se entenderá el conjunto arquitectónico que funciona según los tres vectores que define Munizaga: sociedad, hábitat y tecnología.

La ciudad es el modo de organización eminentemente social de la especie humana. (...) La ciudad fue una de las formas posibles de asentamiento y se dio como solución final en una sociedad ya desarrollada, una sociedad civilizada. (...) La ciudad es un invento más y resumen tecnológico de esta capacidad inventiva. El hombre hace su paisaje cultural, lo fabrica y cambia la naturaleza y la humaniza. La ciudad es artefacto de la historia.

2. Literatura

El tema central de esta investigación tiene que ver con el urbanismo y la ciudad. Sin embargo, se vale de una lectura literaria para poder hacer el análisis y el comentario respectivo. Esto hace que la presencia de alegorías e interpretaciones de obras de ficción puedan considerarse con cierta frecuencia para así extender el alcance que se le quiere dar a la investigación.

El acercamiento al mito hace necesario realizar un análisis del origen del mismo así como de las implicaciones simbólicas que pudiera tener. Como en cualquier enfoque literario deben suplirse tanto las referencias primarias como las secundarias, aquellas que definen e interpretan las primeras. Los textos originales, como las *Metamorfosis* de Ovidio, explican el mito original, a partir del relato clásico de la historia Griega. Cabe aclarar que la mayoría de los mitos han sido relatados por distintos autores, en una forma similar a los evangelios, con distintas apreciaciones y detalles respecto a un mismo tema general. Autores modernos le han dado al mito nuevas interpretaciones, ya sea a través del relato o el ensayo. Tal es el caso de Borges y Camus, que en numerosas oportunidades afrontaron la literatura con alicientes más bien clásicos. El cuento de Borges, *La Casa De Asterión*, será referenciado en este estudio. El laberinto, no necesariamente relacionado con el de Creta, es un tema crítico en la literatura. A diferencia de la arquitectura, el laberinto ha sido expuesto y analizado hasta la saciedad, tanto por escritores como por críticos. En el caso de los textos de ficción se encuentran autores como Cortázar (*Rayuela* y algunos cuentos), Proust (*En Busca Del Tiempo Perdido*) y Joyce (*Ulysses*, *Finnegan's Wake*). En el caso de la literatura, no es determinante tomar posiciones etimológicas particulares, porque estas son más volubles y susceptibles a la interpretación. Para la presente investigación se referenciarán sin un partido específico.

3. Psicología y Filosofía

Estas dos áreas serán determinadas más por las deducciones obtenidas de las anteriores áreas de estudio. Tanto la psicología y la filosofía, por ser valores ineludibles para cualquier investigación, deberán tomarse en cuenta, no tanto por su carácter individual sino por la relación o la forma que asumen en la teoría arquitectónica. Este trabajo, sin embargo, no pretenderá introducirse en temas exclusivamente psicológicos y filosóficos, puesto que escapan a la intención y las posibilidades reales de concretar las ideas pretendidas. Sin embargo, es lógico hacer referencias a principios y teoremas de ambas disciplinas, con la idea de hacer más general la discusión, y también para soportar los argumentos en un tono menos técnico y más abierto a la interpretación.

VI. ESTADO DE LA CUESTIÓN

i. Lecturas urbanas de San José

El estudio de la ciudad de San José, respecto a su origen e interpretación ha sido abordado desde distintas perspectivas. Existen un número de investigaciones y trabajos que han servido para enriquecer la historia arquitectónica-urbana de la capital, analizándola a distintas escalas. Entre los textos que resultan afines, al menos en orientación, a esta investigación, se encuentran los siguientes:

- *San José: Las ciudades de la metrópolis. Seis formas urbanas desde la estética del fragmento (2001)*. Investigación realizada por el arquitecto Tomás Martínez, hace un análisis de la capital costarricense partiendo de un modelo teórico que interpreta las ciudades: la fragmentación. Tomando como eje las divisiones que le asigna a la ciudad el teórico italiano Omar Calabrese, Martínez traduce estos modelos en espacios reales y visibles del San José actual, con ejemplos de seis casos particulares. Estas distintas ciudades del fragmento se llaman: in situ, de fantasía, adherida, antinómica, de imaginarios y semiocrática. La importancia de esta investigación tiene que ver con la amplitud del discurso teórico, que permite una interpretación de la ciudad basada en las metáforas, tanto de la discursiva teórica como de la vivencial, obtenida a través de entrevistas a distintos usuarios de la ciudad. A través de este acercamiento, se permite flexibilizar la definición de la ciudad, convirtiéndola en un espacio de fenómenos múltiples, donde se pueden leer más libremente sus partes.
- *Método de análisis para textos visuales, lectura de la ciudad de San José como texto artístico (2006)*. Investigación del arquitecto Gilbert Vargas, que presenta una metodología para la lectura y evaluación de las formas urbanas, tomando como ejemplo la capital. Tomando elementos teóricos de los últimos 35 años de distintos profesionales, esta investigación resalta la

importancia de asignar un “alfabeto visual” y una sintaxis a las imágenes creadas por el diseño, en este caso urbano. El trabajo se desglosa en dos partes: una que se adentra en los elementos teóricos que definen la imagen visual, y otra que hace uso de esos elementos para aplicarlos a la ciudad de San José. Aunque el trabajo se enfoca en el centro de la capital, incorpora herramientas útiles para hacer lecturas menos técnicas y más perceptuales de lo que entendemos por ciudad, y del valor que esas formas tienen, por más complejas o caóticas que nos parezcan.

ii. Estudios respecto a La Carpio y la marginalidad

Antes de enumerar algunos textos importantes, se debe mencionar que la discusión respecto a la pobreza urbana ha sido abordada, en su enorme mayoría, por las disciplinas de las Ciencias Sociales, en particular por sociólogos e historiadores. La temática de la marginalidad en la ciudad no es un tema que se haya explotado mucho en los trabajos de arquitectura y urbanismo consultados, y aunque puede ser mencionado, no parece ser un eje central de investigación. Algunos textos al respecto son los siguientes:

- *La Carpio: segregación urbana y estigmatización social en una comunidad binacional en Costa Rica (2006)*. Investigación desarrollada por Mónica Brenes Montoya, Karen Masís Fernández, Laura Paniagua Arguedas, Esteban Sánchez Solano y Carlos Sandoval García. El contenido de este artículo es parte de una investigación en curso, donde explora cómo personas que habitan en la comunidad de La Carpio en San José, Costa Rica “viven la experiencia de segregación urbana, inseguridad y estigmatización social”. Entre noviembre 2005 y abril 2006, la comunidad fue invitada a escribir, dibujar o grabar sus experiencias de vida; al final se recibieron 415 trabajos. A partir de estos materiales, este artículo discute experiencias e imágenes de inseguridad entre quienes habitan La Carpio. También explora el modo en que vecinos y vecinas se posicionan frente a las imágenes de inseguridad que principalmente los medios han elaborado sobre la comunidad. Finalmente,

se discuten las repercusiones que la inseguridad tiene en términos de subjetividad para quienes habitan la comunidad. El artículo está enfocado en la apreciación de elementos socio-culturales más que urbanos, pero incorpora datos y visiones de primera fuente.

- *La Carpio: La experiencia de segregación urbana y estigmatización social (2005)*. Este es un artículo de Carlos Sandoval, que es una versión distinta y previa a la investigación citada anteriormente (con el mismo autor). En esta se hace un acercamiento similar, pero no toma como referencia los relatos de los pobladores, sino que apoya el documento en estadísticas y datos concretos respecto a la realidad de esta comunidad. El artículo plantea tres interrogantes principales que no busca, necesariamente, responder. Más bien, son las preguntas que el autor considera imprescindibles para enfrentar el problema social de la zona, y los establece como los ejes de acción para futuras investigaciones. Estas preguntas son:

1. “¿Qué dinámicas sociales conducen al establecimiento de barrios llamados “marginales” en la ciudad de San José, en particular La Carpio, a inicios de la década de 1990?
2. ¿De qué modo se han producido imágenes que describen a La Carpio como una comunidad criminalizada y racializada en donde “solo viven nicas”, la abreviación de nicaragüenses, la cual se emplea en Costa Rica de un modo despectivo?
3. ¿Cómo viven, incorporan y contestan la experiencia de segregación las personas que habitan comunidades como La Carpio?”

Una vez planteadas las preguntas, el autor formula su hipótesis de que La Carpio es un lugar geográfico de enorme valor simbólico.

- *La Carpio: notas rojas y voces claras (2004)*. Artículo de la periodista Karina Fonseca, enfocado en hacer una crítica a la cobertura periodística y mediática de esta comunidad, comparando algunos datos reales estadísticos con algunos de los reportajes relativos a la comunidad en los últimos años.

Elaborando alrededor de la desigualdad que viven los pobladores, la autora le suma todo el peso del estigma social que los acompaña por la obsesión nacional que ha hecho de La Carpio una representación caricaturizada y amarillista de los males del país. Finalmente, Fonseca insiste en la necesidad de cambiar el enfoque periodístico y discursivo respecto al sitio, por la urgencia de revisar cómo tratan en las noticias un fenómeno social tan complejo como la criminalidad, así como la necesidad de abrir un debate sobre el daño que causan a las personas pobres cuando recurrentemente los convierten en sujetos, o en objetos, de noticias negativas.

- *Voces de La Carpio (2004)*. Esta es una serie de ensayos, poemas y palabras redactadas por múltiples habitantes de la comunidad de La Carpio. Editado por la asociación Merienda y Zapatos, este volumen es una fuente primaria de puntos de vista desde el interior del objeto en cuestión. La iniciativa, evidentemente, es darle voz a un conjunto de habitantes que vive estigmatizado y rechazado por gran parte de la sociedad nacional.

VII. MARCO METODOLÓGICO

i. Estructuración general

Este trabajo pretende mostrar y analizar el caso concreto de un sector marginal de la ciudad de San José. A partir del problema planteado, se definirán una serie de rutas para explicar con la mayor claridad posible cuáles elementos son los que definen ese problema y cómo lo percibimos.

La estructura de la investigación constará de tres secciones que desarrollan la temática global del tema, que se refiere a la lectura de la barriada marginal como una versión moderna del concepto del laberinto. En cada una de las secciones se tratará un subtema que engloba una de las perspectivas de análisis, que irán desde lo teórico y perceptivo hasta lo tangible. Con el mito del laberinto de Creta como eje articulador, la historia y materialización del laberinto irá describiéndose hasta concluir con el caso de La Carpio, haciendo el respectivo estudio de su situación actual como espacio individual y, en menor medida, con respecto a la ciudad. El siguiente gráfico muestra un acercamiento a la estructura del trabajo:



Gráfico 3: Estructura de investigación

Cada una de las secciones puede entenderse como un capítulo en específico. Queda claro que cada una de las tres partes asume un tono particular, que evoluciona a partir de lo teórico y conceptual (*mito*), sucede a lo interpretativo y práctico (*rito*), y se concluye con el caso concreto (*simulacra*). Para explicar cada uno de estos apartados, se explicará la metodología respectiva, que cambia según las necesidades de explicación que requiera cada una de las partes.

ii. Postura epistemológica

Aunque el análisis arquitectónico se nutre de múltiples posiciones teóricas, existen versiones de la aplicación del conocimiento que resultan más prácticas. Como se discutió anteriormente, en el marco teórico, la arquitectura puede someterse a interpretaciones diversas y libres. La teoría del caos, aunque práctica para comprender y explicar cierta fenomenología, no es suficientemente extensa para englobar algunos aspectos que eluden su origen estrictamente matemático. Por esto, esta investigación tendrá como postura el **constructivismo epistemológico**, enfatizando su aspecto social (el denominado *constructivismo social*).

El constructivismo es una perspectiva filosófica-social que supone que todo el conocimiento que se posee ha sido “construido”, asumiendo como sus parámetros fundamentales la convención, la percepción humana y la experiencia social. El origen del constructivismo puede advertirse desde siglos atrás, pero fue denominado como Epistemología Constructiva por primera vez por Jean Piaget en 1967, en un artículo incluido en un trabajo seminal para la epistemología: *Lógica y conocimiento científico* (Encyclopédie de la Pléiade, 1967). El hilo común entre las distintas formas del constructivismo es que la realidad se ha construido y no existe por sí sola, pues no hay manera de verificar cómo se ha determinado cuál es la noción definitiva de realidad. La realidad, siguiendo con este ejemplo, debe ser un conocimiento adquirido, y el sujeto tiene ya una noción de lo real para poder interpretarla. Esto quiere decir, que ha construido de previo las fundaciones que le permiten discernir qué es real y qué no. Así, en cierta forma, en la comprensión constructivista no existen realmente principios absolutos, sino que todo forma

parte de una interpretación de las expectativas o las esperanzas que se tengan, las cuales son reducciones arbitrarias de la circularidad del razonamiento humano, que busca validarse con fundaciones más seguras pero artificiales.

En el caso más puntual, el constructivismo social es aquella versión del constructivismo que explica que tanto el conocimiento como la realidad se crean activamente producto de las relaciones sociales y de las interacciones. Estas interacciones alteran, en consecuencia, la forma en que el conocimiento es organizado. Las relaciones y actividades sociales suponen que los humanos comparten ciertas formas de vida, y en este caso, crean un lenguaje que construye esa realidad a partir de la semiótica (con significados y significantes). De esta forma, el lenguaje, que puede ser arquitectónico, se va construyendo a partir de lo que se entiende por realidad (lo convencional), por expectativas (la percepción) y por conocimiento (experiencia social). La utilidad del constructivismo social ha sido reconocida por su capacidad de reconocer y estructurar los estudios relativos a la cultura, pues acepta que el conocimiento y la realidad son producto del contexto cultural, significando que dos culturas independientes pueden desarrollar diferentes metodologías de observación ante situaciones idénticas. Por ejemplo, la cultura occidental actual suele basarse en los *objetos* para las descripciones científicas, mientras las culturas indígenas que habitaban el continente se basaban en *eventos* para hacer sus descripciones.

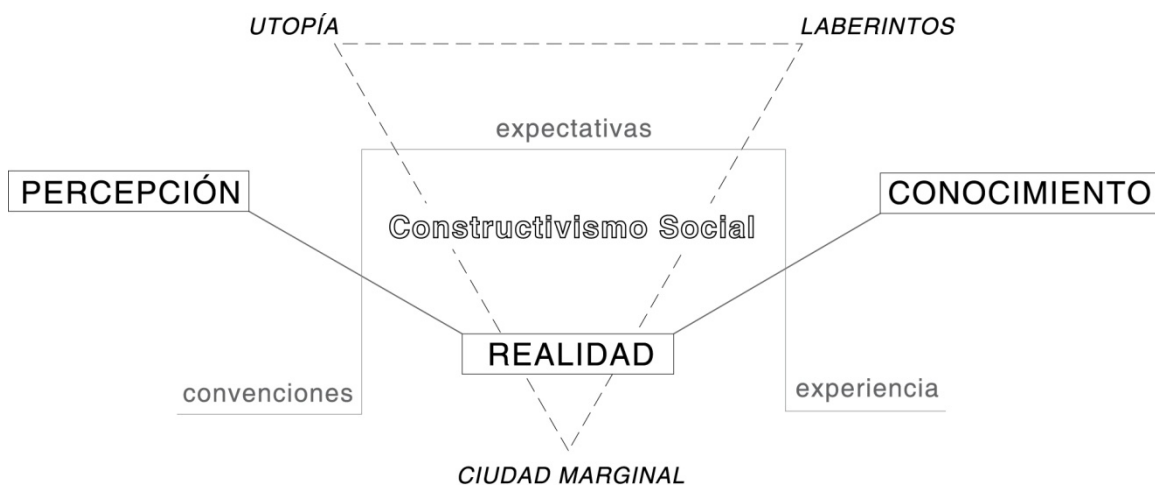


Gráfico 4: Constructivismo social y desarrollo del proyecto

En el caso del tema de esta investigación, se discute la posibilidad de leer un espacio particular de la ciudad a partir de un mito, el laberinto. Alusivo a la barriada marginal, el significante del laberinto trasciende en este caso su historia original para servir de representación, de alegoría moderna. Como muestra el Gráfico 3, el Constructivismo Social se apoya en los parámetros de la convención, de las expectativas y de la experiencia. Estas tres responden, a su vez, a los tres elementos que, como supone el Constructivismo, se van construyendo socialmente: la percepción, la realidad y el conocimiento. De esta forma, se permite la incorporación de un imaginario construido, en este caso espacial-arquitectónico, que va enriqueciendo los temas que se discuten respecto a la ciudad, ya sea utópica, mítica o real.

iii. Estrategia metodológica capitular

Para el desarrollo de los capítulos de la investigación se elaborará un esquema metodológico particular, puesto que cada apartado requiere un acercamiento ligeramente distinto de los otros. Dado que esta investigación es de **carácter cualitativo**, donde se busca elaborar un diagnóstico conceptual más que un proyecto en específico, el éxito de los objetivos depende de una amplia consulta bibliográfica, que permita fundamentar la elaboración del argumento. Similarmente, debe realizarse una investigación gráfica de imágenes y mapas conceptuales que permitan un proceso de comparación y análisis visual de ciertas morfologías urbanas. Finalmente, se realizarán esquemas gráficos propios que ayuden a describir la situación actual del caso de estudio, y relacionarlo con los elementos de la investigación explicados anteriormente.

De esta forma, cada uno de los capítulos contiene una secuencia metodológica particular, que se explica en el Gráfico 4. En cada una de estas etapas se elaboran áreas de investigación, análisis y ejemplos, para mantener una organización unitaria y un esquema de información más práctico. La sección de investigación está basada en bibliografía diversa, en especial de fuentes generales respecto a los temas tratados.

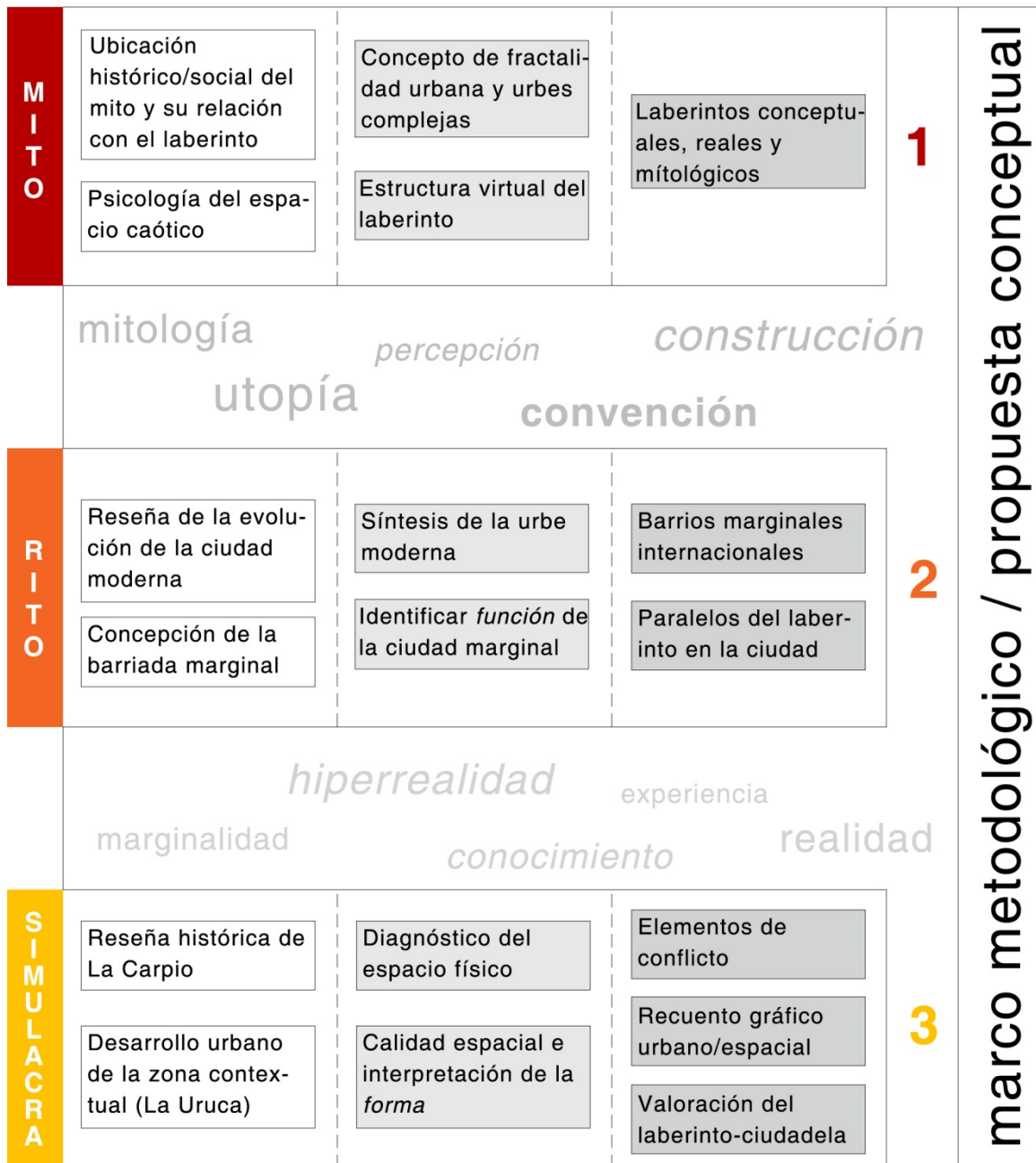


Gráfico 5: Estrategia metodológica

Las secciones de análisis y ejemplos servirán para confirmar y discutir los elementos anteriormente referidos por la sección de investigación. Cabe aclarar, como indica el mapa conceptual anterior, que existirán términos y conceptos que son recurrentes y fundamentales a lo largo de la discusión general del problema. Existirán además, distintos procedimientos para enfrentar la temática del trabajo, los cuales se hacen evidentes conforme se vaya desarrollando el texto. Sin embargo,

existen una serie de definiciones básicas para el resto del documento.

Así, en resumen, los capítulos se pueden descomponer en de la siguiente forma:

1. Uso de bibliografía para desarrollar el ideario del mito. Incorporación de imágenes artísticas y gráficas para ilustrar la temática.
2. Uso de bibliografía para desarrollar los criterios urbanísticos que enmarcan las ciudades y los sectores marginales. Utilización de fotografías de sitio y fotografías aéreas para ilustrar la temática.
3. Recopilación y conjunción de algunos principios de los capítulos anteriores combinados con gráficas que ilustren el fenómeno de la ciudadela marginal en San José, acompañada por fotografías en sitio y aéreas del sitio.

CAPÍTULO 1

SENDEROS QUE SE BIFURCAN

No habrá nunca una puerta. Estás adentro
y el alcázar alcanza el universo
y no tiene ni anverso ni reverso
ni externo muro ni secreto centro.

Jorge Luis Borges

La imagen de las metáforas

Comprender el alcance del significado de *mito* es sumamente complejo. Por sí sola, la palabra emplaza una irrealidad incontrovertible, pues parte de una fantasía tradicionalista que explica, en forma simplificada e hiperbólica, un hecho o suceso de cierto valor cultural. Por lo mismo, representa una alegoría, un mecanismo de sintetizar a través de la interpretación más libre una historia que posea un significado importante.

Si bien esto puede entenderse simplemente como *mentira*, la humanidad se ha nutrido de mitos para acompañar los hechos históricos, para engañarse, si se quiere, con conocimiento de causa. El mito ha sido útil, por cuanto hace más memorable una circunstancia, porque suscribe con intensidad y vigencia un relato, y porque no se rigidiza, como la historia, mediante el dato exacto y comprobado. En este sentido, Carl Jung afirmaba en su obra seminal *Los Símbolos de la Transformación* (1912) que la mitología no podía ser excluida de la vida humana puesto que surgía de una necesidad.

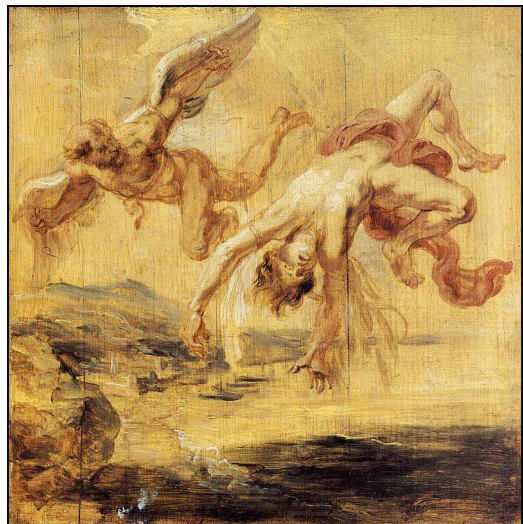
Podemos quitarle a un niño el conocimiento de mitos previos, pero no podemos arrebatarle su necesidad por la mitología. (Jung 1912)

La construcción de una serie de mitos, de una mitología, emana naturalmente de las culturas. Si bien son narrativas que recuentan hechos o sucesos pasados, los mitos suelen incorporar elementos sobrenaturales, que exceden la lógica de la racionalidad humana. Sin embargo, esto no implica que sean falsedades abiertas; las mitologías son un mecanismo de la humanidad para interpretar su existencia. Según lo veía el poeta británico D.H. Lawrence (1923):

El mito es un intento por narrar toda una experiencia humana, de la cual su propósito es muy profundo, tan profundo en la sangre y en el alma, como para explicaciones mentales o descriptivas.

Así, los mitos configuran a los pueblos y las civilizaciones como engranajes ocultos en su compleja maquinaria, haciéndola funcionar desde sus ejes fundamentales a través de la riqueza de los significantes que componen su identidad.

La sumatoria de mitos que comprenden la mitología griega es, sin duda, parte fundamental de la identidad occidental. Estas historias se han incorporado a lo largo del tiempo como recursos indispensables para describir o identificar situaciones o comportamientos vigentes. Es común encontrar constantes referencias a estos mitos para explicar ciertos comportamientos o conductas. Freud, por ejemplo, denominó una de sus postulados más reconocidos como el Complejo de Edipo; Camus nombró uno de sus ensayos existencialistas como el Mito de Sísifo; y Borges dedicó gran parte de su obra a interpretar dichas historias en sus ensayos y cuentos. También hay una importante cantidad de pinturas que relatan en imágenes las historias de algunos eventos fantásticos, y hoy valen como testamento de su influencia e importancia en ciertas manifestaciones culturales. Para muchos pintores, como Bosch, Rubens (Imagen 1.1), Miguel Ángel, Dürer y muchos otros la pintura de los relatos míticos era una posibilidad para expandir su interpretación visual de la condición del hombre en la



[Imagen 1.1. El vuelo de Ícaro, Peter Paul Rubens, 1636](#)

Tierra y los efectos que su comportamiento podía tener.

La presencia de la mitología griega no es exclusiva de la academia o las artes, pues también es referenciada constantemente en el lenguaje diario, con alusiones ya comunes como el caballo de Troya para referirse a un ingreso sorpresivo o el talón de Aquiles para aludir una debilidad. La mitología griega es parte de nuestra construcción cultural, un recurso que nos identifica como grupo social y que sobrevive por sintetizar en alusiones e imágenes lo que se quiere explicar.

En este sentido, como ocurre con las mitologías occidentales, comparte el poder comunicativo de las historias del cristianismo y de sus personajes. Sin embargo, los mitos griegos no se circunscriben a lo religioso y asumen, quizás, un carácter más universal. Por eso se prestan para interpretaciones más libres y osadas, que pueden ir desde una serie de animé japonés (*Saint Seiya*) hasta el cine de Woody Allen (*Mighty Aphrodite*), sin provocar el rechazo que tales versiones causarían si fueran de significantes netamente religiosos. La mitología griega se ha mantenido viva, justamente por esa cualidad de su metáfora intrínseca, que ha provocado que artistas de todas las épocas revisen sus significados a través de sus mecanismos de expresión, ya sea en pintura, música, danza, etc.

En los círculos académicos se da un caso similar. Las ciencias sociales hacen un uso casi indiscriminado de la mitología para titular algunas obras o ensayos, particularmente en psicología y filosofía. En la astronomía, es frecuente que los físicos nombren cuerpos celestes con los mismos nombres que la cultura griega les había otorgado, todos ellos parte de la cosmología mítica de su civilización. Esto explica que la mitología no es sólo un modelo para ilustrar eventos sino que funciona también como una plantilla para identificar ciertos comportamientos y algunas preconcepciones de nuestra cultura. Es una herramienta expresada en el imaginario, pero apoyada en la humanidad más elemental.

El poder de la imagen, es justamente, lo que empieza a marcar diferencia entre lo mítico y lo histórico. Nuestra fascinación por los mitos puede explicarse en que, finalmente, responden a sueños o percepciones comunes. La obra del escritor Joseph Campbell describe ampliamente el poder e importancia de los mitos para la evolución histórica de los pueblos. Él discutía en su obra principal, *El Héroe de las*

Mil Caras (1949), cómo los mitos debían identificarse como “metáforas de alta utilidad”, donde las metáforas asumían la forma de deidades, historias y objetos de valor espiritual para alguna cultura.

Campbell argumentaba que las historias descritas en mitología antigua no deben tomarse por descripciones literales de eventos reales; más bien sus significados poéticos y metafóricos deben examinarse como claves concernientes a las verdades universales y a nuestra propia existencia. Esta posición guarda alguna relación con los postulados más generales de la obra de Carl Jung, quien utilizaba el concepto de arquetipos fundamentales para explicar la idealización que inevitablemente se realiza de ciertas personalidades, objetos o conceptos. Si bien Jung se enfocó en el ámbito de las personalidades humanas, ciertamente el principio de los arquetipos supone que existen principios o ideales que acaso no se explican por razonamientos lógicos, pero que provocan valores y estímulos identificables para la mayoría de las personas, pues les evocan esas imágenes unívocas e incontrovertibles para su sensibilidad.

Bajo esta lógica, se puede inferir que toda aquella imagen con significantes dentro de un mito se presta para la interpretación en otros ámbitos culturales; esa gran cantidad de personajes, sitios, momentos y escenas pueden transformarse en conocimiento universal y permiten su uso para convertirse en la referencia de elementos que, quizás, no parecerían asociados. Los campos del conocimiento, de la academia y del aprendizaje no escapan de esta posibilidad.

Tomando esa flexibilidad que permite la mitología, como una suerte de mapa de códigos, es inevitable hacer la lectura desde la postura arquitectónica. Así como la mitología explica con ingenio características universales de los humanos, igualmente lo puede hacer para la disciplina de la arquitectura. Existen obras arquitectónicas que desempeñan papeles fundamentales en ciertas historias o mitos, jugando un papel que va más allá de lo escenográfico. Sitios como las pirámides, los templos y los laberintos, siempre irán acompañados de poderosas imágenes que remiten al mito, pues están presentes en ellos. Hay numerosas obras que poseen significantes poderosos: la torre de Babel, Stonehenge, la Kaaba y Machu Picchu son solo algunos ejemplos. Esta investigación, por su parte, se

enfocará en la obra mítica de Dédalo, el arquitecto e ingeniero ateniense autor del laberinto del minotauro.

Dédalo y el diseño del mito

Aunque existen distintas versiones sobre el mismo mito, las diferencias son propias de un sistema de historias y leyendas que tuvieron su transmisión de forma oral. Según lo cuenta el historiador griego Apolodoro en sus *Crónicas* (siglo II, A.C.), Minos, el rey de Creta, le ordenó a su ingeniero y diseñador de la corte Dédalo la construcción de una prisión para el hijo que su esposa, Pasifae, había tenido con un toro blanco enviado por Poseidón. La prisión retendría allí al monstruo, “mitad bestia, mitad hombre, una morosa y grave criatura”, según lo describe el relatista romano Ovidio en sus *Metamorfosis* (8 A.C.), alimentada con los cuerpos vivos de catorce atenienses que entrarían por temporadas. Minos tenía preso al minotauro, pero no lo mataba pues le servía en su propósito de infundirles temor a los atenienses. Así, temporada tras temporada, los atenienses morían entre las paredes del reducto. El final del monstruo ocurre gracias al amor que surge entre Teseo, uno de los atenienses, y Ariadna, la hija de Minos. Tras consultar con Dédalo, Ariadna le dice a Teseo que la única opción es entrar con un hilo, herir al minotauro y luego seguir el hilo para regresar y no morir perdido en el interior. Así, tras tres temporadas de nueve años, el minotauro muere a manos de Teseo, quien se vale del un hilo para regresar al punto de entrada y lograr la hazaña.

Borges afirmaba en su *Obra poética* que la sola concepción de una casa hecha para perder y retener por completo a sus habitantes era, quizás, más rara que la idea de un hombre con cabeza de toro. Sin embargo, la unión de ambas imágenes produjo uno de los mitos más memorables de la mitología griega. Asterión, el minotauro (ver imagen 1.2), nacido de la más abigarrada perversión, acaso suponía la rareza de su entorno, la anormalidad de aquel espacio de paredes ciegas, de caminos irregulares, de existencia atemporal. “Queda bien que en el centro de una casa monstruosa hubiese un habitante monstruoso”, concluye Borges. En su opinión el

laberinto es una pesadilla; Asterión su razón de ser.



[Imagen 1.2. El minotauro, George Watts, 1896](#)

Aunque el origen de los laberintos y su presencia en diferentes culturas cambian ampliamente, en el imaginario de la mitología griega su creación es obra de Dédalo. Su participación en la mitología es relatada desde distintas perspectivas por autores clásicos como Apolodoro, Ovidio, Diódoro y Pausanias, quienes esbozan su personalidad y carácter. Dédalo es muy participativo en varias historias, aunque pasa muchas veces inadvertido o es mencionado con ligereza, como un personaje secundario

recurrente. Han trascendido más sus obras, que a su vez han sido fundamentales para varios momentos obligados de la mitología griega: la aventura entre Pasifae y el toro de Poseidón; el laberinto del minotauro; el hilo que ayudó a Teseo; y la muerte de su hijo Ícaro, por citar los más importantes.

Su nombre mismo, en su etimología griega *daydala*, significa artífice ingenioso. Dédalo es, por lo tanto, una de las primeras figuras asociadas a la profesión de arquitecto; un autor complejo y mercurial, de incomparables capacidades e ingenio, pero finalmente afligido por soberbia y obsesión. Si hablamos de él como una especie de arquitecto seminal, el laberinto es su obra de autor más importante, su obra cumbre: una ciudadela de caminos irregulares e introvertidos, prisión y hogar de la vergüenza del rey de Creta. Sin proponérselo, creó un diseño universal, capaz de expresar en su historia, su forma y su función una gran cantidad de metáforas constantes en el sentir humano. Tal es el poder de esta historia y de las figuras

centrales que la componen, que en ocasiones es fácil olvidar que es parte de un imaginario cultural, y que su origen radica en hechos menos dramáticos y oníricos.

Las dos caras del laberinto

Las sociedades se nutren de su carácter, sus particularidades, para formar su identidad general. El folclor y el mito son parte fundamental de cualquier aparato social porque son representativas de una forma de actuar y pensar; son, de alguna forma, una especie de filosofía vernacular, generalmente asociada con enseñanzas y moralejas de alto contenido simbólico. Efectivamente, un mito interpreta y sintetiza acontecimientos de trascendencia. Se podría afirmar que es la culminación narrativa de un conjunto de impresiones y matices que, antes del mito, son un cúmulo acaso disociado. Borges, apasionado de los laberintos, afirmaba que el mito del minotauro probablemente estaba antecedido por el culto a la tauromaquia y a las formas humanas con cabezas de toro de las culturas prehelénicas.

Sin embargo, para entender a cabalidad el significado histórico de un objeto tan variado y complejo como el laberinto, es esencial realizar definiciones que pueden explicarse con claridad. Existen dos variantes principales que han representado al laberinto a lo largo de la historia: el laberinto multicursal y el laberinto unifilar. El laberinto multicursal es aquel que presenta opciones direccionales en el diseño de su recorrido. Claramente, esta categoría es amplia, e incluye desde algunas de las interpretaciones del laberinto del minotauro hasta los reales, que existen en parques temáticos como juegos o en jardines y parques hechos con vegetación. El laberinto unifilar es aquel que lleva inexorablemente al centro, a través de un solo camino que suele ser de alta complejidad. Como diseño, ha sido reproducido en muchas partes del mundo.

En distintas partes del mundo se ha reproducido el símbolo del laberinto unifilar, una serie de líneas concéntricas cuidadosamente conectadas. Este símbolo y su familia de derivados ha sido trazado en hasta 3500 años de antigüedad. Es curioso

que su graficación se haya encontrado en diferentes culturas, en diferentes momentos históricos y en lugares tan diversos como Perú, Arizona, Islandia, Escandinavia, Creta, Egipto, India y Sumatra. Los puntos de contacto para establecer la relación entre estos sitios son difíciles de hallar y sus orígenes todavía resultan misteriosos.

Los medios para su representación han sido muchos y variados: como un símbolo en un mito, tallado en madera o en piedra (ver Imagen 1.3), tejido en una tela o canasta, representado en el suelo con piedras, coloreado en piedras, en pisos o hechos con vegetación. Como es lógico, existen varias versiones, pero por lo general el símbolo del laberinto es uniforme (un único camino de alta complejidad) y ha sido empleado sin variaciones significativas. El historiador de laberintos Jeff Saward explica que el diseño del laberinto es sencillo de construir como imagen, pero expresa inmediatamente una gran complejidad (Saward, 2000).



[Imagen 1.3. Laberinto tallado, Italia](#)



[Imagen 1.4. Representación de Jerusalén](#)

Con el paso del tiempo el laberinto adquirió múltiples significados, según los contextos sociales que pudieran intervenir en su representación. Muchas veces el laberinto ha sido utilizado como representación del *omphalus* (ombligo) del mundo o la ciudad sacra. Varios mosaicos romanos muestran laberintos rodeados por muros, protegiendo ciudades del imperio. En restos arqueológicos en Arizona, se muestran como el camino que lleva a la cima del Baboquivari, una montaña sagrada, según la mitología de los indígenas locales; mientras en la India era el camino previo al portal de ciudades. En Europa el laberinto unifilar también fue asociado como una interpretación de la ciudad de Troya, o los muros de la misma, y de Jerusalén (ver imagen 1.4) en el contexto cristiano (Saward, 2000).

Durante la era medieval en Europa, el laberinto se reforzó en el simbolismo de la fe cristiana, como el camino penitente hacia la salvación. Iglesias y catedrales eran el sitio perfecto para ilustrar en el piso esos recorridos alusivos. Una de las más famosas es la catedral de Chartres, en Francia, que tiene el laberinto más grande representado en una iglesia católica (ver imagen 1.5). En muchas culturas, el laberinto fue utilizado como un camino ceremonial y como sitio para ejecutar danzas y tributos a dioses paganos. Los complicados y tortuosos caminos se han visto como un resguardo de los centros finales, para evitar la penetración directa.



[Imagen 1.5. Laberinto en la nave principal de la catedral de Chartres](#)

La mayoría de estas historias provienen de mitos locales y, en casi todas, el laberinto parece simbolizar el camino a seguir, sin importar lo largo y complejo de su recorrido, para alcanzar una meta, un objetivo al centro. Estas historias y tradiciones han sido expresadas tanto en un marco espiritual como en uno secular, reforzando esa universalidad en la concepción de un espacio con tan fuerte significado cultural.

Esta variedad de laberintos se debe a descubrimientos arqueológicos que fueron dándole imagen y forma a lo que originalmente se concebía como un espacio imaginario en un mito. Justamente, las primeras muestras de piezas que contenían los dibujos del laberinto y que pueden ubicarse históricamente, fueron descubiertas en las costas del Mediterráneo. Un trozo de arcilla con el dibujo de un laberinto encontrado en Pylos tiene cerca de 3200 años; un dibujo similar se encuentra en una vasija de la época, y muestra un laberinto con la inscripción Truia (Troya) debajo del dibujo.



[Imagen 1.6. Teseo y el minotauro, mosaico romano](#)

El poder del mito del laberinto del minotauro fue tal, que existen famosas monedas de la misma zona de Cnosos (el sitio de la historia) que datan de 3 siglos A.C. y que están decoradas por un laberinto unifilar. Es justamente aquí donde empieza la discusión respecto a la representación del laberinto del mito, pues mientras el relato alude a un sitio para perder al que ingresaba, muchos dibujos lo

ilustran como un solo camino que llevaba al minotauro. Sin embargo, todo parece indicar que el símbolo unifilar de las monedas no era el laberinto real, sino más bien un palacio o templo altamente complejo y subterráneo, que fue destruido tras varias guerras locales. Ante su destrucción, no existen representaciones simbólicas de este sitio. Los artistas romanos fueron particularmente activos en representar la imagen del minotauro y Teseo en distintas formas, tanto en laberintos unificables como en laberintos multicursales, haciendo más confusa su interpretación (ver Imagen 1.6).

Del orden al caos

Platón mencionaba en su *Cronos* que “los patrones de laberinto ilustran el estudio de verdaderas realidades”. Esto significa que el laberinto era reflejo del pensamiento humano, un producto de un determinado tipo de raciocinio y enfrentamiento ante la búsqueda incesante de la estimulación y las interrogantes del conocimiento. En su estructuración, el laberinto parece reflejar esa complejidad de la lógica; detrás del caos aparente, yacen relaciones y correspondencias que reproducen aspectos de la vida del ser humano y viceversa. El aislamiento, la duda,

la toma de decisiones, la desorientación, el instinto, y muchas otras condiciones pueden ser aludidas a través de imágenes relacionadas al laberinto. Evidentemente, las interpretaciones son numerosas.

La confusión o divergencia respecto a cuál laberinto es cuál no tiene una solución concreta. Sin embargo para efectos de esta investigación, es necesario hacer una clasificación un poco más concreta. Las dos versiones que existen son, en esencia, el mismo concepto con representaciones distintas. El laberinto multicursal es, evidentemente, ejemplo del caos y el conflicto direccional, mientras el unifilar ve la complejidad en la penitencia de un único camino con un destino definido.

Siendo que ambos laberintos representan un mismo concepto, complejidad, la diferencia radica en el camino. Como símbolo, el unifilar es más universal, pues es un juego geométrico que da resultados idénticos, y de ahí se puede explicar la similitud de sus diseños en varias partes del planeta. El laberinto multicursal es el caos hecho espacio, y la complejidad hace que una representación única sea imposible. Por eso, ambos pueden verse como polos de un mismo concepto, con una serie de variables entre ambos que engloban la totalidad de los laberintos.

En la novela *El Nombre de la Rosa*, Umberto Eco (1983) explica, a través de uno de sus personajes, las escalas que sufrió la lectura de los laberintos. En la historia, ubicada en una abadía italiana durante el Medioevo, surge un conflicto por la existencia de un texto de Aristóteles sobre la risa. Este texto está oculto en la biblioteca, que resulta ser un laberinto. El monje benedictino que controla la biblioteca explica cómo los tipos de laberinto están divididos en tres grupos:

- 1. El laberinto griego:** en este nadie se pierde, y es la versión simplificada del mito del minotauro. Según esta interpretación el minotauro está siempre al centro, esperando, y nadie se pierde. Inclusive, supondría que el mismo Asterión tiene la posibilidad de salir, lo cual contradice el mito de que era un prisionero entre paredes. Aquí Eco sugiere que esta versión simplificaba la simbología de la historia, y hacía más fácil su representación visual.
- 2. El laberinto manierista:** segunda versión del laberinto del mito griego, que considera las bifurcaciones y la posibilidad de perderse. Eco asegura que en

este modelo sí tiene sentido el mito, pues sólo posee una entrada y salida, y que sin el hilo de Ariadna sería muy difícil escapar.

- 3. El laberinto de red o rizoma:** Así califica Eco el laberinto de la biblioteca, que no tiene inicio ni final, ni centro establecido. “Cada camino, puede conectarse con los otros. No tiene centro ni periferia ni salida, porque es potencialmente infinito. El espacio de la conjetura es espacio de rizoma”. El rizoma está derivado del griego para raíz.

Tomando esta secuencia como una lectura bastante práctica, para efectos de este trabajo se seguirá una interpretación similar. El laberinto debe ser visto como un concepto de enorme alcance semiótico, con tantas lecturas como lo permita su forma. En sus extremos tenemos las versiones más conceptuales de su complejidad y entre ellas las verdaderas manifestaciones formales. Como lo indica la gráfica de la siguiente página, se puede establecer una secuencia que cubre el espectro entre los dos opuestos, yendo desde la simplificación geométrica hasta el caos espacial sin orden aparente.

El primer laberinto del Gráfico 1.1, el cretense, representa esa limpieza geométrica que tanto fascinó a artistas antiguos para representar el símbolo. Conforme se avanza, se observan las distintas versiones que van modificando la pureza geométrica y la van transformando en nuevas escalas de complejidad, hasta terminar con el laberinto espontáneo, que no tiene estructura aparente. Este modelo de laberinto es, a grandes rasgos, el que se observa en la ciudad marginal que aquí se discute, y por lo tanto, representa la versión más adecuada para las siguientes menciones de laberinto que se hace en los capítulos siguientes.

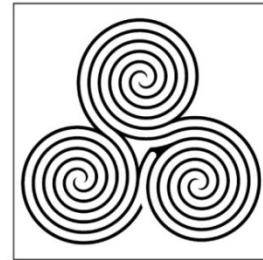
TIPOLOGÍAS DE LABERINTOS: RECORRIDOS UNIFILARES Y MULTIDIRECCIONALES



1. Cretense
Forma más tradicional y antigua de Occidente, supuesta versión del laberinto de Creta. Su forma se encuentra grabada en monedas antiguas, piedras y piezas de madera.



2. Caerdroia
Diseño galés inspirado en la mitología griega, se realizaba sobre pastizales y era utilizado para fiestas, rituales y bailes por los pastores locales.



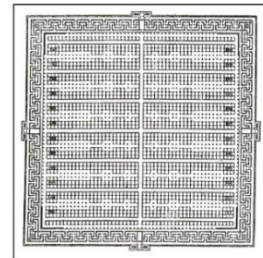
3. Triple espiral
Muestra de versiones experimentales de laberintos comunes, propuesta para recorridos de meditación.



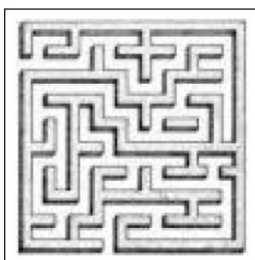
4. Romano
Los romanos llevaron el mito del laberinto a su arte y lo expresaron en versiones más geométricas y regulares, en un recorrido extenso con un centro expandido.



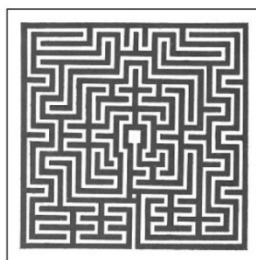
5. Medieval
Durante el gótico fue frecuente la elaboración de laberintos diseñados en los pisos y paredes de catedrales, para ser recorridos en una especie de marcha penitente.



6. Egipcio
Según Hipolodoro, este gigantesco palacio-laberinto era parte del complejo de algunas pirámides. Su complejidad de caminos y aposentos no tiene parangón.



7. Maze
Término en inglés para el laberinto complejo, de variables direccionales y posibilidades. Se popularizó como un divertimento paisajista en jardines podados.



8. Pliniano
Versión combinada del laberinto cretense y el laberinto egipcio, otra versión posible del laberinto de Creta, más afín al mito y menos a la posible realidad.



9. Espontáneo
Con secuencias algebraicas en apariencia caóticas se pueden obtener recorridos unifilares altamente abstractos, laberintos deconstruidos.

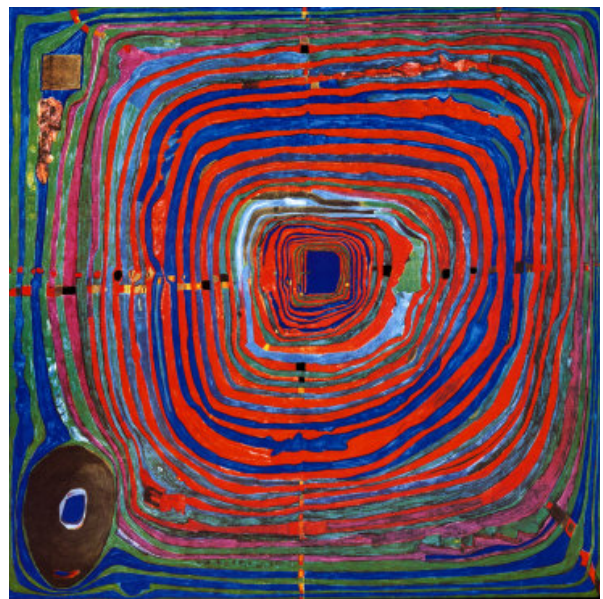
Gráfico 1.1. Tipologías de laberintos

Construyendo el mito

La fuerza cultural que ha mantenido vivo al mito del laberinto explica cómo el poder de las metáforas es proporcional al tiempo que las mantiene vigentes. Hoy en día, es fácil dibujar una planta arquitectónica con cierta irregularidad o con algún patrón alusivo para explicar qué es un laberinto. Evidentemente, cuando aquí se ha planteado la utilidad del mito del laberinto, se ha hecho por su valor casi folclórico.

El laberinto no existe a partir del mito griego ni tampoco es exclusivo de su cultura. Se ha explicado cómo los egipcios y los celtas también lo expresaron ampliamente en su arte y religión, una vez más demostrando su valor. El laberinto es la manifestación humana de una serie de interrogantes impercederas que han existido desde que articula espacios: el caos, el misterio, el temor y el camino.

Así, ese espacio alambicado que no es lineal, que desafía el facilismo espacial, deja de ser un simple laberinto y puede ser cualquier entorno alusivo, capaz de evocar esas propiedades. Resulta de tal universalidad su temática que aún hoy sigue siendo representado con frecuencia, en arte moderno (ver Imagen 1.7), en juegos de video y en caricaturas, siempre evocando la complejidad, la variación de interfaces y, en ocasiones, el morbo que despierta el sentirse perdido.



[Imagen 1.7. Laberinto, F. Hunderwasser, 1955](#)

La ciudad, como es lógico (al ser un ente portador de los más diversos entornos), posee espacios de esta naturaleza, sus propios laberintos. Si nos preguntáramos cuáles lugares de la ciudad responden a esas condiciones de caos, misterio, temor y caminos complejos, parecería acertado decir que las zonas o barrios marginales bien delimitados encajan cómodamente. Son espacios aislados, introvertidos, colapsados y desprovistos de urbanismo controlado. Son respuestas naturales,

paulatinas, espontáneas y dominadas por el principio de supervivencia.

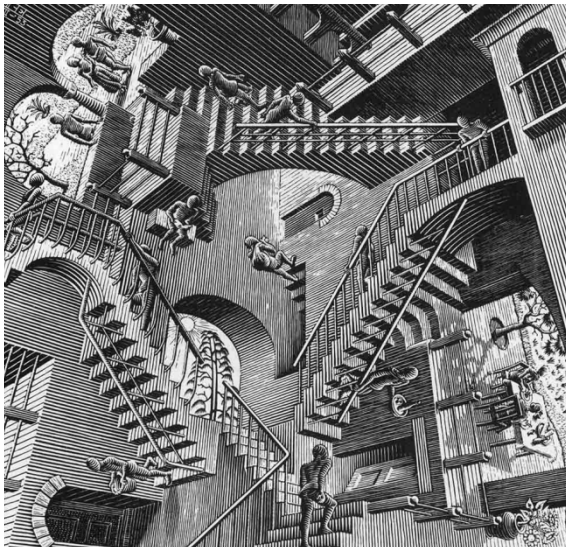
Los laberintos literales, aunque se diseñan en la actualidad, usualmente se construyen para el entretenimiento; aquellos con fines similares al del mito no se hacen por razones comprensibles. Sería condenable y atroz suponer que alguien construye este tipo de espacios para ocultar a otro ser, por la razón que sea. Por este motivo, cuando se discuten las percepciones humanas derivadas del laberinto, inmediatamente se incorporan determinantes éticas y morales. La arquitectura, en este caso, no es tanto una obra construida como un significado inmaterial, una condición muy concreta que representa el castigo, el sometimiento y el caos. Como se ha explicado, la estructura del laberinto no es, entonces, visible, ni tampoco consiste en la asociación de muros y el camino entre ellos; la estructura del laberinto reside en el pensamiento del ser humano. Representa la síntesis de un conjunto de valores, con sus respectivas causas y consecuencias, predeterminado tanto por la serie de imágenes que transmite la mitología como por su incalculable vigencia.

Sería pretencioso querer explicar fenómenos propios de la arquitectura solamente con símiles tan permisivos como la mitología. El mito del laberinto de Creta será, finalmente, una fábula milenaria. Tampoco es justo someter ámbitos tan amplios a temas tan distintos. Sin embargo, el punto de la presente investigación no es justificar un tema en función del otro, sino encontrar, a partir de las explicaciones que este mito concreto pueda ofrecer respecto a la arquitectura, alguna relación sugerente respecto a los motivos que producen determinadas formas y secuencias espaciales. El laberinto es una representación, así como la silla lo es de la acción de sentarse, o el crucifijo lo es para el cristianismo. Al ver una silla se supone no sólo su uso, sino sus partes; el crucifijo es la pasión eterna de Cristo, la penitencia de la cristiandad y sus valores. Similarmente, un laberinto es un código arquitectónico, aunque al estar relacionado directamente a un mito específico, también incorpora los códigos de la leyenda.

La obra arquitectónica sigue reglas fijadas por un código de reconocimiento y orientación (que se basa en investigaciones perceptivas, reacciones estadísticas, [...]): pero la obra sigue siendo válida y comunicable solamente desde el punto de vista que el arquitecto quiso emprender. El día que convenga integrarla en otro sistema de funciones sociales, será

preciso reducir el código de reconocimiento a otros códigos en juego, refiriéndolos todos a un código de base, común a todos, sobre el que se deberían elaborar las nuevas soluciones arquitectónicas.” (Eco, 1992)

Así, resulta ineludible la posición del análisis: un laberinto es un objeto arquitectónico y un objeto cultural. Como arquitectura se entiende por sus características ya mencionadas (función y forma), pero como objeto cultural está en constante evolución, facultado por un imaginario social y cultural.



[Imagen 1.8. Escaleras, M.C. Escher, 1948](#)

Como se menciona anteriormente, en el presente contexto, el laberinto ha dejado de ser un espacio aislado y oculto; ahora es parte intrínseca de la ciudad moderna, una señal frecuente dentro de las lecturas urbanas y de la confusión que surge en el espacio (ver Imagen 1.8). Por lo tanto, si las ciudades contienen laberintos, éstos también tienen sus autores y sus víctimas. Como el minotauro, quienes tienen al laberinto por hogar realmente no conocen una vida urbana libre, como prisioneros dentro de un entorno al que han sucumbido sin querer. E igualmente está la figura del arquitecto o urbanista, en este caso el autor indirecto de ese laberinto, que es una muestra del fracaso o la imposibilidad que tiene la disciplina por hacer una ciudad justa, legible y equitativa. Asterión era un prisionero para el resto de Creta. Sin embargo, para el minotauro aquella bóveda de pasillos ‘infinitos’ era su casa. El laberinto era la vida del minotauro, su única referencia espacial y emocional. Para el ser humano ese escenario está en la arquitectura que compone su entorno: su hogar, su ciudad.

Definiendo la estructura ausente

Como se ha explicado, la creación del laberinto de Creta es parte de la narración de diversas crónicas clásicas, las más notables de Apolodoro y Ovidio. Sin embargo, el mito del laberinto ha sido constante en la cultura occidental, interpretado y revisitado por incontables autores de las más diversas disciplinas. Esto es comprensible: el mito, como se mencionó anteriormente, permite la fácil alegoría y una interpretación laxa. La misma palabra *laberinto* es utilizada abiertamente para designar calificativos de variada terminología especializada, particularmente aquella donde se pretende señalar un alto nivel de complejidad o truculencia. Pero el laberinto sigue siendo, en esencia, un diseño arquitectónico, la concreción de un concepto con manifestaciones espaciales.

Por su parte, el diseño del espacio es, en esencia, la materialización de límites y referencias en el entorno. Sin embargo, es imposible etiquetar el rango de la arquitectura bajo una definición absoluta; más bien se nutre de la dialéctica y la contradicción. Tanto la obra individual como las ciudades han sido objeto de incontables estudios que las ordenan bajo distintos ámbitos, incluidas las características físicas y las culturales. Si se pretende contextualizar la presencia de espacios laberínticos en las ciudades, es necesario entender de dónde surge, a grandes rasgos, el modelo de ciudad actual, y qué ha provocado la creación de estas zonas marginales sin estructura urbana aparente. También es conveniente recalcar la relación directa que existe entre los modelos urbanos de ordenamiento y el pensamiento humano. Como se ha explicado, un laberinto, entendido como un concepto arquitectónico, proviene de una abstracción humana que se convierte en una metáfora, y que luego se incorpora al lenguaje de códigos propio de cada cultura. Por lo tanto, la relación del ordenamiento urbano con la psicología humana es inextricable y evidente; es necesario incorporar algunas de sus nociones para nutrir la discusión arquitectónica.

Existen distintas formas de establecer esta relación entre psicología del espacio y orden urbano, y así obtener un marco de significados válido para la lectura del laberinto que se pretende hacer. Una de estas lecturas radica en la visión matemática que Christopher Alexander y Nikos Salingaros han desarrollado a través de sus obras. Alexander distingue dos modelos de organización básicos en la morfología urbana: la estructura de **mallas** y la estructura del **árbol** (1966). En su

discusión, explica que la estructura árbol opera como un sistema jerarquizado, limitado y escalonado; contrariamente, la estructura de mallas funciona como un sistema abierto, independiente, no jerárquico y con interconexión múltiple. Es evidente que para efectos de esta investigación, la lectura del laberinto urbano se acerca espacialmente a la estructura de mallas. Para Alexander la ciudad de mallas es, probablemente, la ideal, pues parte del ordenamiento democrático y plural. Sin embargo, lograr esta etapa de malla total es difícil y complejo. Existen etapas de interconexión dentro de los espacios urbanos, y éstas definen qué tanto la estructura se ha desarrollado adecuadamente. La formación de ciudades exitosas ha surgido de un proceso más bien conflictivo, donde el orden proviene de la interacción natural y dispersa. Cuando se alcanza el equilibrio perfecto, entonces la ciudad, o su fragmento, es en consecuencia una red eficiente (Alexander, 1978):

Todo mundo es consciente de que la mayor parte del medio ambiente construido está falto de un orden natural, o sea de un orden que se pone de manifiesto por sí mismo (...) Este orden natural se realiza cuando existe un equilibrio perfecto entre las necesidades de las partes individuales del medio ambiente y las necesidades del todo.

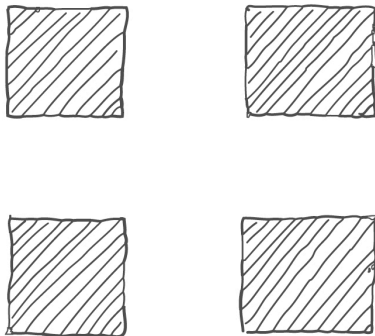
Como se ha explicado, el laberinto parte de la complejidad de sus caminos. Esto indica que el elemento que lo forma y articula es, a fin de cuentas, la calle. Regresando a la estructura, podríamos argumentar que las calles del laberinto definen el alcance de esa malla de Alexander, y el nivel de acercamiento a sus postulados. En este sentido, la ruta, el camino del laberinto está más cerca del colapso que de la democratización del espacio. Pero también posee características inherentes a la multiplicidad matemática que supone tal estructura: fractalidad, divergencia y multiplicidad. Precisamente, es aquí donde se puede establecer que el laberinto, sus calles y los espacios que esas calles acuerpan (la arquitectura del espacio urbano) representan una especie de aberración de la estructura de malla, por no tener el orden necesario para representarla. El espacio urbano colapsado es un intento arquitectónico por sobrevivir más que por funcionar, y sus justificaciones pueden ser muchísimas. Sin embargo, queda claro que esos lugares que han surgido de la espontaneidad y de la carencia pueden llevar implícito un fundamento urbano, no por alguna previsión de ordenamiento territorial (político, académico, etc.), sino por la estructura ausente que cerca los tiene de cierto grado

de éxito urbano arquitectónico. Cuando Alexander menciona que “la ciudad no es un árbol” quiere reforzar esta idea de una ciudad multidireccional y pletórica; el laberinto posee estas cualidades aunque es justamente estructura lo que carece.

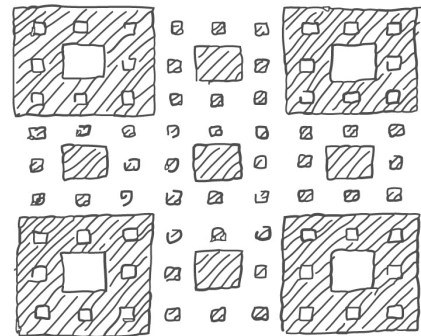
Muchos de los conceptos matemáticos aplicados por Alexander han sido igualmente desarrollados por Salingaros, quien a pesar de ser matemático ha enfocado su obra en la forma urbana y su origen. Dos principios básicos pueden desprenderse de su pensamiento: las ciudades son fractales matemáticos gigantes y funcionan como redes de comunicación gigantes (Salingaros, 2006). El asunto de escala es fundamental puesto que se establece en función de la abstracción de las matemáticas, pero a fin de cuentas su efectividad descriptiva radica en los ejemplos existentes de las urbes modernas. La ciudad fractal de Salingaros (2003) parte de un axioma fundamental:

Las ciudades vivientes tienen propiedades fractales intrínsecas, en común con todos los sistemas vivos. La presión por acomodar tanto al automóvil como a una mayor densidad de población llevaron a los urbanistas del siglo veinte a imponer tipologías geométricas anti-fractales. Las propiedades fractales de la ciudad tradicional fueron borradas, con consecuencias nefastas para el tejido urbano.

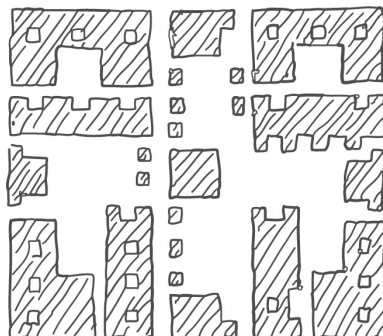
EVOLUCIÓN HACIA UNA CIUDAD FRACTAL, SEGÚN LA TEORÍA DE SALINGAROS



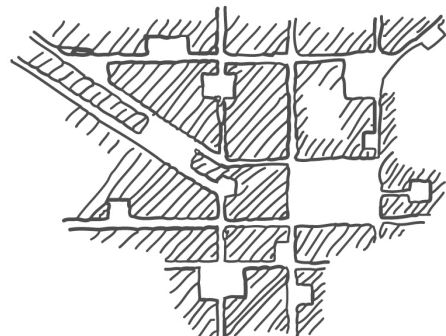
1. La ciudad no-fractal, típica del modelo modernista del urbanismo del siglo XX. Zonificación monofuncional, que previene la vida ciudadana de calidad.



2. Modelo virtual de una ciudad fractal. Si bien este ordenamiento es artificial, ya indica una relación de formas y escalas, con recorridos variados y múltiples.



3. Ciudad con geometría fluctuante, capaz de definir un espacio urbano con matices y variables propias de su entorno y las necesidades de sus pobladores.



4. Ciudad fractal orgánica, con irregularidades en sus caminos, áreas verdes y una verdadera red de organización y jerarquía a partir de la peatonización.

[Gráfico 1.2. La ciudad fractal](#)

Utilizando estos principios (ver Gráfico 1.2), se puede determinar al laberinto como un ejemplo de espacio urbano fractalizado. Si bien no es un espacio fractal eficiente, como en la ciudad fractal orgánica, sí tiene elementos de des-organización muy similares. Una barriada marginal, de la cual se hablará más adelante, mantiene ese principio de formación espontánea orgánica, promovida por sus propios

pobladores, y aunque fracasa dentro del modelo de organización del resto de la ciudad, lo hace por sus problemas socio-económicos, que derivan en pobreza, criminalidad, insalubridad, etc. Pero formalmente guarda un sesgo totalmente humano, alejado de la frialdad geométrica de las ciudades planificadas. Salinas define la ciudad fractal como aquella que funciona en todas las escalas; y la ciudad medieval como el mejor ejemplo de la ciudad fractal de escala pequeña. Esto porque nace del recorrido pedestre, del recorrido espacial más elemental. Y aunque estos caminos parecen en ocasiones confusos y complejos, simplemente siguen los patrones mentales del ser humano.

La ciudad predominantemente pedestre fue construida en el tiempo, con adiciones constantes, sobre un modelo fractal, sin que sus constructores estuvieran conscientes de ello. La mente humana tiene un modelo fractal impreso en ella, así que lo que genera intuitivamente tiene una estructura fractal (Salinas, 2003).

Cuando Borges retrata el fin de Asterión, lo hace bajo el principio de la rebelión. El minotauro decide enfrentarse a su destino dejándose morir. En el caso de estas poblaciones marginales, con cada intento por construir su caótico espacio, con cada versión empírica de su propia ciudad, se rebelan sin saberlo ante la insensibilidad de un sistema político y urbano que los redujo a esa condición patológica; sistema que, además, preferiría simplemente asumir que no existen, que no son.

CAPÍTULO 2

LA CIUDAD FUGITIVA

El recuerdo de cierta imagen no es más que la añoranza de cierto instante; y las casas, las carreteras, las avenidas, son fugitivas: como los años.

Marcel Proust

La utopía de la ciudad

La evolución de la ciudad occidental tiene su origen en dos ejes fundamentales del pensamiento abstracto: el tiempo y el espacio. Más aún, los sistemas económicos y políticos que acompañaron el crecimiento de los asentamientos urbanos, determinaron, en gran parte, el significado cultural que tendrían ese tiempo y ese espacio. La ciudad es un símbolo de símbolos, la agrupación final de un conjunto de valores, imágenes y productos. En ese ensamblaje no sólo destacan los objetos por sí mismos, sino que pertenecen a un proceso de sistematización, derivado de las estructuras con poder social. Es común escuchar que la ciudad es un reflejo de sus habitantes y sus costumbres; similarmente, los habitantes son el resultado de un sistema que los caracteriza.

La historia de las ciudades es un tema ampliamente discutido por la historiografía y la teoría arquitectónica, y este trabajo no pretende recontarla. Sin embargo, existen puntos de inflexión determinantes, necesarios de mención. Para todo grupo social organizado han existido pautas figurativas del espacio: el modelo económico, el rigor estatal, la identidad grupal (o idiosincrasia). Evidentemente, este último concepto es inconmensurable y subjetivo pero, curiosamente, el que más se acerca a la búsqueda intangible del orden espacial. Cuando hablamos de utopías

necesariamente nos permitimos licencias acaso fantásticas; el sueño, la ambición de un escenario ideal no puede ser más que una visión platónica irrealizable. Pero del modelo e la idealización, es que han surgido los grandes avances en la concepción de la ciudad, particularmente a partir del siglo dieciocho.

La República y el Imperio Romano plasmaron un modelo de estado que hasta la fecha incide en el modelo social occidental. Sin embargo se deben aclarar las diferencias del caso. La monumentalidad política y las ambiciones territoriales del modelo romano no tienen parangón en la sociedad contemporánea. Además, en lo correspondiente a la ciudad, no existía un estudio o propósito establecido aparte de la expansión desaforada que cubriera las necesidades de la clase gobernante (que eran, por demás, desproporcionadas). No fue hasta la constitución de una estratificación social más clara y de una homogenización en el intercambio del conocimiento que realmente despertaron las utopías del modelo de urbe, y la ascensión final de la arquitectura como un arte trascendental tanto en el plano social como en el avance tecnológico.

El estudio de la historia de la arquitectura, y más aún de sus componentes, es relativamente reciente. El modernismo, originario de la era renacentista, trajo consigo la consolidación de las universidades y la generalización del conocimiento, más allá de los muros de las abadías y el poder de la iglesia. La historiografía arquitectónica inició como disciplina entonces, haciendo las veces de crónica y de repaso de los ideales de épocas anteriores, así como la herramienta para documentar el presente que se construía. Pero además la revolución cultural que se avecinaba suponía la asociación de conocimientos. La arquitectura, como nunca antes empezó a nutrirse de otros elementos culturales, ajenos a la rigidez de las directrices clásicas. El logro más importante fue la asimilación del concepto de *espacio* como parte integral en la noción de arquitectura. Según describe Peter Collins (1999):

La palabra espacio rara vez se usaba y no empieza a estar de moda con su sentido tridimensional preciso hasta mediados del siglo XIX.

La evolución terminológica, más allá de engrosar la semántica arquitectónica, impulsó una mayor intimidad entre el arquitecto y su labor, emancipándolo de las

reglas estrictas de los órdenes precedentes. Esto es notable en los riesgos que empieza a asumir la labor arquitectónica en la segunda mitad del siglo XIX, cuando, gracias al avance tecnológico industrial, nuevos materiales permitieron el levantamiento y la constitución de infraestructuras inéditas. Similarmente, el desarrollo de las ciudades, aunado al impresionante crecimiento demográfico que impulsaba la nueva sociedad capitalista, tomó rumbos inesperados, especialmente al nivel de la escala. Los ejemplos más representativos de esa nueva corriente son el Palacio de Cristal de Joseph Paxton, la Torre Eiffel de Gustave Eiffel y el nacimiento de la incipiente Escuela de Chicago; en los tres casos, la mancomunidad de la ingeniería metalúrgica (previo desarrollo del acero) y el diseño independiente produjo el molde que habría de culminar durante el siglo XX. Patrick Nuttgens (1997) lo sintetiza de la siguiente forma:

El cambio de siglo produjo una arquitectura que era internacional en su concepción, pero altamente personal e idiosincrásica en sus manifestaciones nacionales. Fue la última vez que los arquitectos tendrían la oportunidad de expresar tal individualidad en sus trabajos.

Se puede discutir sobre la variabilidad de la estética arquitectónica, su funcionalidad y su percepción por parte de la sociedad. Ciertamente el cambio ha sido una constante en el estilo arquitectónico, pero también hay patrones que perduran y se mantienen desde el inicio mismo de las sociedades organizadas. Es el caso de la estructura: no existe mucha diferencia entre las concepciones del término que manejaba la Bauhaus y el que manejaba Vitruvio. Existe una dimensión de aquello que compone la arquitectura que es intercambiable, sujeta a la voluntad y el cambio, al desarrollo y a la idiosincrasia; pero también hay una matriz subyacente, una esencia casi platónica, que pertenece a un orden aún más primario: el del pensamiento humano.

Como se mencionó anteriormente, con el surgimiento de la historiografía moderna, inició una crónica de los procesos que conformaron la arquitectura, sus características y precedentes. Esta época, coincidente con el desarrollo industrial, también introdujo las primeras corrientes teóricas de la arquitectura, aquellas que buscaban darle una ideología a la finalidad de su conjunción. Como menciona Manfredo Tafuri (1969), la sociedad burguesa (principal usuario de la ciudad), a partir de la Ilustración, buscó desesperada los recursos para definir la ciudad

dentro del marco de la arquitectura y su naturaleza:

En su variedad, la naturaleza llamada para formar parte de la estructura urbana suplantó la retórica conformista y el naturalismo didáctico que había dominado la narrativa episódica del Barroco a lo largo del siglo diecisiete y la primera mitad del siglo dieciocho.

El utopianismo de la historiografía moderna puede prestarse para la confusión: en realidad no se trataba de un conglomerado de fantasías irrealizables, sino un rompimiento de los esquemas canónicos de la arquitectura. Claros ejemplos son los proyectos ya clásicos de Viollet Le-Duc y E.L. Boullée, como el cenotafio esférico diseñado en memoria de Newton; más que sueños descontrolados eran modelos experimentales de una nueva metodología en el diseño (Collins, 1999). La teoría buscaba respuestas en la arquitectura para lograr una ciudad ideal; no la que proponían con cierta ingenuidad algunos teóricos del medioevo (basadas en simples congruencias geométricas), sino dilucidar la totalidad y la unidad que interactuaban para establecer un organismo equilibrado y sostenido.

Nuevas ciudades, nuevos ideales

La ciudad que proponía la era industrial estratificada no era clara en sus fines concretos, pero sí dejaba claro la necesidad de establecer un orden ideológico claro. Ese orden, que luego sería perfeccionado quizás al máximo por Le Corbusier en su *Ville Radieuse*, y más en concreto con la publicación de *La Carta de Atenas*, no fue, necesariamente, el más adecuado, pero sí estableció al siglo XX, gracias al movimiento moderno, como el período de mayor desarrollo conceptual alrededor de la arquitectura y su papel en la ciudad o metrópolis. Ciertamente, toda esta revolución de propuestas llevó al urbanismo hacia el frente de la discusión política contemporánea, al punto de convertirlo en herramienta esencial de los planes gubernamentales y sociales. Pero esa visión tan impositiva del modernismo también trajo una serie de patologías para la ciudad que aún hoy se pueden sentir.

ORDENAMIENTO URBANO MODERNISTA DEL SIGLO XX

1. TEORÍA



Plan Voisin, le Corbusier
PARIS EN MEGA ESCALA, SERIADA

2. APLICACIÓN



Brasilia, mega-cuadras
GRAN VOLUMETRÍA EN EXTENSIÓN

3. EVOLUCIÓN



San José, actualidad
DISPERSIÓN VOLUMÉTRICA EN RETÍCULA

4. RUPTURA



Almeres, OMA
EL CENTRO DE CIUDAD POLINUCLEAR

[Gráfico 2.1. Esquemas urbanos a partir del modernismo](#)

Las décadas del sesenta y setenta consolidaron, en el pos-modernismo, la primera gran ruptura con el modelo modernista de la ciudad. Los modelos urbanos como el Plan Voisin o la misma Brasilia parecían obsoletos o al menos ineficientes (ver Gráfico 2.1) Tras varias décadas de consolidación, muchas ciudades del mundo

habían uniformado un esquema rígido y mecanizado del espacio urbano, trayendo consigo grandes problemáticas que, en resumen, pueden describirse en dos ideas: la imposición del vehículo sobre el peatón, y la desproporción del rigorismo geométrico en las formas edilicias (en Jacobs, 1993, Jencks, 1977 y Frampton, 1992). La feroz crítica hacia el modernismo venía acompañada por las gruesas dificultades sociales que atravesaba el mundo entero, donde los modelos completo de producción, de generación de energía, de seguridad social y del planeamiento urbano resultaron en asimetrías ineludibles, con enormes brechas en cada uno de ellos. Y a partir de entonces, se hace un análisis del estado de las ciudades, de sus conflictos y de los daños que ese modelo había tenido sobre ellas.

La ciudad modernista tuvo un alcance masivo, que coincidió con una explosión demográfica incomparable en otras épocas. La población mundial creció aceleradamente, lo cual produjo un crecimiento urbano de proporciones insospechadas. Las migraciones de personas de zonas rurales a la ciudad se convirtieron en un mecanismo frecuente en todo el mundo, ante el poderío y el centralismo que ejercían esas ciudades. El planeamiento urbano, que consideraba el crecimiento como un esquema relativamente proporcional, comenzó a padecer graves problemas al no prever estos hechos: la migración a las ciudades produjo un desequilibrio de oportunidades sociales, pues no estaba preparada para recibir el flujo de trabajo y necesidades que trajo el crecimiento poblacional. Y la ciudad del modernismo era, por naturaleza, exclusiva, obsesionada con su artificialidad (la forma de sus edificios, la dimensión de sus espacios) y desenfocada de la necesidad humana. Esto provocó la división espacial de las urbes, con ciudades divididas según su capacidad de respuesta. Donde había zonas cubiertas por redes y servicios, había extensiones de pobreza y rechazo, donde no sólo se reflejaban espacios incapaces de complementarse con las ciudades originales, sino que albergaban a todo un grupo de pobladores desplazados e igualmente rechazados.

Debe recalcar que la existencia de zonas marginales, barrios o ghettos no es exclusiva de la ciudad moderna. Existen numerosos relatos de cómo la capital del Imperio Romano tenía una periferia abigarrada de barriadas de pobreza extrema. Igualmente, las principales ciudades de Europa y Estados Unidos han tenido focos de pobreza adheridos a sus centros de ciudad en todas sus fases históricas. Sin

embargo, el caso aquí es demostrar que la ciudad moderna no pudo revertir estos procesos de desigualdad, y más bien los acentuó incorporando nuevos conflictos. Se han mencionado ya el culto al automóvil y el edificio habitacional desproporcionado. Estos elementos produjeron una ciudad, que por estas nuevas necesidades impuestas es, en comparación con las previas, mucho más extensa, dividida y desigual. El crecimiento económico, a su vez, ha facultado la creación de espacios artificiales vacíos de contenido urbano, esos no-lugares sin referencias culturales algunas, con motivaciones de tránsito y consumo efímero, sin identidad alguna (Augé, 1995). Y por otra parte están los nodos aislados de pobreza, ciudadelas casi independientes que no tienen forma alguna de incorporarse al resto de la ciudad y, sobre todo, a su esquema de ordenamiento territorial. En suma, el urbanismo se encuentra en un estado de descontrol, que bien resumen Leonardo Benévolo (1992):

Todavía en la actualidad la técnica urbanística se encuentra, en general, retrasada respecto a los acontecimientos que debería controlar, y conserva el carácter de un remedio aplicado a posteriori.

La esfera y el laberinto

Uno de los relatos más sugestivos de Edgar Allan Poe es *El Hombre de la Multitud*. En él, su protagonista hace un análisis de la multitud que pulula la ciudad, y tras seguir a un extraño personaje, se da cuenta de cómo este hombre (que representa a todos y a ninguno en particular) es simplemente un componente más del grupo, inseparable del conjunto e imposible de entender como individuo. Ese Londres oscuro, sucio y gris que escenifica una especie de infierno sin salida y cíclico, es para Poe la irreductible condición de la ciudad moderna: saturada de gente, colores, tamaños y formas; olores, ruidos y texturas, todos ellos diluidos en la gran masa espacial que, simultáneamente, les impide dissociarse unos de otros. Esta ciudad no es más que la pérdida de la individualidad, y sin embargo tiene un encanto fascinante; entre callejuelas sinuosas que vuelven al mismo punto, en medio del

desorden imperante, parece haber un plan mayor, que ya preveía la contradicción de los seres que allí la habitan. Poe concluye afirmando que esa presencia casi escenográfica de los individuos en el espacio que habitan es precisamente el crimen que cometen: no saben estar solos y al mismo tiempo son inescrutables para el resto, inaccesibles.

La ciudad moderna, codificada hasta cierto punto en los CIAM, buscó una concepción racional del espacio, un sistema de organización que trascendiera los impulsos anémicos de las políticas de infraestructura locales. Ejemplos de esto fueron Algiers y Chandigarh (por Le Corbusier) y Brasilia (Lucio Costa y Oscar Niemeyer). Bajo numerosas premisas de la composición arquitectónica se idearon espacios urbanos más sofisticados y, en principio, “más adecuados” para el habitante. El fracaso de estas iniciativas puede criticarse con un menosprecio superficial; si bien estos planes no funcionaron, su principio ideológico fue serio y loable. Existen numerosas posibles razones para explicar la caída de estos planes urbanos, aunque a escala general se puede afirmar que mucho obedeció al fracaso en la construcción de puentes de información entre los diseñadores y los usuarios. La disparidad entre la sofisticación del planteamiento y la poca proximidad con las idiosincrasias de los habitantes pudo interferir en un plan que, de otra forma, parecía una opción más equitativa y prometedora que las ciudades que existían hasta entonces.

Mucho de la problemática e incertidumbre que produce la organización espacial viene del entendimiento de las partes y el orden que deberían seguir. Una de las búsquedas de la arquitectura ha sido uniformar la unidad con la totalidad. En sus versiones más elaboradas y técnicas, estas unidades, como el *Siedlung* y el *Modulor*, intentan adaptarse y conjugarse consigo mismas para construir el conjunto. Sin embargo, existen problemas de concepción aún más subjetivos, propios de las conductas del ser humano. Haciendo una alegoría escalonada, se puede decir que el ser humano es un punto en el espacio, el camino que recorre una línea, sus límites de territorialidad un plano, y el espacio que modifica y altera un volumen final. Apoyándose en los principios cartesianos de la razón, propios del movimiento moderno, la síntesis de la anterior descripción bien puede ser un cubo, cuyo vértice es el individuo y cuya totalidad es su universo. Y es precisamente allí donde reside

la complejidad y la dicotomía del problema arquitectónico aquí tratado: ¿cuál debe ser la representación espacial de la ciudad?

Las formas geométricas puras pueden ser vistas como la base de toda obra artística; Esto es particularmente cierto para el movimiento moderno, que lo tuvo como principio medular de su posición ante el diseño de las formas; Le Corbusier (citado en Curtis, 1986) afirmaba que esto ocurría porque eran las formas mismas de la naturaleza:

Nuestros ojos están hechos para ver formas en la luz... cubos, conos, esferas, cilindros o pirámides son las grandes formas primarias que la luz revela con ventajas.

Sin embargo, mantener esa línea como el eje de la abstracción arquitectural puede ser engañoso. Ciertamente que las formas puras son recurrentes, pero nunca dejan de ser ideales. La naturaleza desarrolla sus formas por estrategia ante su entorno, y se reforma con minucias y variaciones en ocasiones imperceptibles. Una hoja puede desarrollar una desproporción aparente en uno de sus costados para mantener su equilibrio ante la caída de lluvia; una roca toma forma con el tiempo según se dirijan las pequeñas corrientes de aire que la impactan. Similarmente, los asentamientos urbanos espontáneos se adaptan con irregularidad al entorno, como estrategia para sobrevivir en él.

Existen claros ejemplos de modelos urbanos que no siguieron estructuras de un orden racional geométrico: las medinas árabes son una irregular acumulación de caminos peatonales, resguardados por telas que los protege del sol. La cultura del comercio y el intercambio económico produjo una sistematización del espacio que nada tenía que ver con líneas rectas amplias y ortogonales; además, el sistema espacial de la medina es tan eficiente que se mantiene casi inalterado hasta la fecha. Otro ejemplo son varias ciudades europeas: las villas medievales como Londres, París y Praga, mantienen la irregularidad en sus vínculos, lo cual es parte de su encanto y, sobre todo, de su éxito urbano universal. Estas ciudades son un caso especial, porque entre los sectores irregulares suelen destacar zonas con vínculos más bien lineales y ortogonales, por lo general aquellos caminos que conducían de las entradas de la ciudad hasta los castillos o palacios. En París existen una serie de grandes avenidas, según el plan de Hausman (a inicios del siglo XIX), determinantes

para la imagen que se buscaba proyectar de la ciudad: la capital del poder Napoleónico. Sin embargo, en medio de esos ejes de relaciones las grandes barriadas o *quartiers*, intactas hasta hoy, siempre mantuvieron esa lógica laberíntica de la ciudad medieval anterior a la intervención. En ese sentido, si se toma la ciudad medieval como un modelo de ordenamiento, es posible observar dos escenarios particulares: el de los vínculos con recorridos amplios y abiertos para la clase dominante, y el de los espacios irregulares, contraídos y sinuosos de la clase obrera. Esta clase obrera, justamente la burguesía, fue quien dio forma a la ciudad moderna occidental, a sus matices e incertidumbres.

La discusión respecto a los orígenes de ciertos modelos de ciudad es obligatoria, aún más si se pretende relacionarla al laberinto. Según lo explicado con anterioridad, existen elementos claves que serán fundamentales para hacer efectiva esa relación de ciudad-laberinto:

1. La ciudad moderna, entendida bajo los amplios esquemas del Modernismo, supone una organización y un planteamiento teórico. En su sistema están previstos los parámetros que definen su escala, compuesta por una unidad básica o matriz que antecede a la totalidad.
2. La ciudad es un organismo viviente que busca su supervivencia a través del conglomerado de estrategias de sus partes (arquitectura y habitantes). La historia ha probado, en varios casos, que esas estrategias pueden reflejar en el espacio una contradicción con la lógica del pensamiento abstracto del diseño arquitectónico.
3. La ciudad busca, en su intento por el equilibrio, un estado de pureza y perfección utópico. Éste fin es, por lógica, inalcanzable, pero en su proceso la ciudad va evolucionando y produciendo mejores mecanismos que optimizan su funcionamiento.

El asunto medular de este trabajo es relativo al orden. Manfredo Tafuri menciona una forma de analizar el estudio de la ciudad. En sus obras, Tafuri define los dos polos opuestos del ordenamiento: el modelo perfecto y puro (la esfera) y el modelo caótico (el laberinto). La esfera es la forma más equilibrada del universo porque

todos los puntos de su superficie son equidistantes del centro. Si suponemos ese centro como un componente arquitectónico (un individuo o un objeto), todo a su alrededor será visible inmediatamente, todas las imágenes están en línea recta con respecto al origen. La esfera es la perfección de la geometría euclidiana, la forma culminante del orden y la sencillez. No es casual que muchos modelos urbanos, en especial las propuestas teóricas del renacentismo, buscaban al menos el círculo como base para el orden; la esfera, sin embargo, parece aún un esquema urbano difícil de materializar. La propuesta de Tafuri no es tanto proponer la esfera como la solución arquitectural definitiva, en oposición al caos del laberinto, sino en conjunto, sugerir una verdadera dialéctica del espacio. Por lo mismo, el laberinto es el extremo opuesto, la acumulación de la incertidumbre y el conflicto espacial. Es lógico suponer que si la esfera es una idealización del orden más eficiente, el laberinto, lejos de ser una realidad absoluta, es una idealización del caos; ninguno de los dos casos puede tomarse como una representación más allá de la utopía.

El laberinto es, entonces, un concepto de gran utilidad en el análisis arquitectónico. Esto no es casual: se puede afirmar que esa dialéctica de la que habla Tafuri en la arquitectura es un reflejo directo del proceso de pensamiento del ser humano. Varios especialistas, desde Freud a Levi-Strauss, afirman que es lógico hacer un paralelo entre los laberintos y los procesos de raciocinio. Cuando se piensa, por más que se busque una eficiencia absoluta, el cerebro maneja numerosas variables y códigos que condicionan y “desvían” ese pensamiento. Los temores, el deseo, los prejuicios y la cultura general que posea el individuo determinan, en cierta forma, el camino que tome el procesamiento de las ideas. El pensamiento no recorre trazos rectos, de la misma forma que los recorridos de las personas en raras ocasiones son los más cortos. El laberinto, como se mencionó en el capítulo anterior, es una metáfora, que en este caso aplica tanto para el origen del pensamiento como para la materialización del espacio.

Así, queda preguntarse: ¿existen las ciudades laberinto? Con base en lo discutido existen dos respuestas distintas, con significados casi antagónicos. La primera ciudad laberinto es la espontánea, la que surge descontroladamente a partir de los impulsos y exigencias momentáneas de los distintos individuos que la pueblan. La irregularidad en ella refleja los instintos más primarios y el resultado del choque de

numerosas tendencias, puntos de vista y creencias. Esta ciudad laberinto es la consuetudinaria, aquella que de repente se vive en un sector de una metrópolis de millones de habitantes o en un barrio marginal; es la ciudad que suele identificarse y criticarse como ejemplo del crecimiento descontrolado y perdido, donde el control del diseño se vio vencido por las necesidades de los pobladores, donde la arquitectura no pudo mantener el ritmo del sistema económico y político. Aquí el laberinto adquiere sus matices más negativos y perjudiciales, porque está por encima del plan, con vida propia y sin restricciones de seguir desarrollándose en su esquema vicioso. Debe quedar claro que el problema de este tipo de asentamiento no es culpa o crimen del habitante; si quienes realizan la arquitectura (entiéndanse políticos, urbanistas, etc.) nunca entendieron que la conducta del ser humano tiende a variables irregulares y a cierto caos natural, e impusieron planes en exceso pragmáticos que con el tiempo se deformaron en sitios con niveles de complejidad alarmantes, entonces el fallo está en el modelo de diseño propuesto. Llamaremos, entonces, a este fragmento de ciudad como *arquitectura del colapso*.

La segunda ciudad laberinto es muy distinta, y más que un tipo es un modelo. Este es el espacio concebido como laberinto, que comprendido en toda la dimensión arquitectónica prevé la complejidad del comportamiento humano. Esta ciudad laberinto es en su totalidad un conjunto lo más puro posible, como sería la esfera, pero en su interior sus unidades se vinculan sin el rigor de la metodología cartesiana. Es así como se obtiene una ciudad que es irregular y no errática, orgánica y no descontrolada, eficiente y no disociada. Curiosamente, este es el modelo de ciudad que se propuso intensamente a partir de la teorización arquitectónica del siglo XVIII, y que fue diluyéndose con el tiempo. El intelectual francés M. A. Laugier escribió en 1756:

Una ciudad debe construirse con relación a su área y situación. Debe haber cuadras, intersecciones, calles. Debe haber regularidad y desorden, relaciones y oposiciones, elementos circunstanciales que le den variedad al espacio, orden preciso en los detalles y la confusión, caos y tumulto en la totalidad.

Claramente se busca proponer un tejido urbano más humano, no sólo eficiente por su idea de incorporar un caos estudiado sino porque propone un espacio que sorprenda positivamente al individuo, dándole más herramientas para estimularse

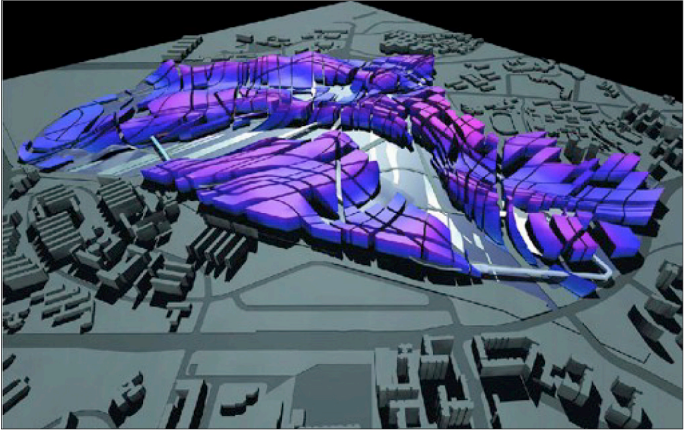
en su entorno. Aún más claro es el texto de Francesco Milicia, de 1813:

El plan debe diseñarse con gusto y tacto, y así el orden, el cambio, la eurytmia y la variedad puedan coexistir en igual medida: aquí las calles serán radiales, allá serán una pata de ganso, en un lado serán una herradura, en el otro un abanico; más allá serán paralelas, con intersecciones variables en distintas posiciones, una multitud de cuadras con distintas formas, tamaños y decoraciones. (...) Uno nunca encontrará los mismos objetos, y al recorrer los extremos, uno encuentre siempre algo nuevo, algo singular y sorprendente. El orden debe reinar, pero en medio de cierta confusión...y esta multitud de partes regulares deber crear, en el conjunto, un sentido de irregularidad y caos, del tipo que tanto beneficia a grandes Ciudades.

Luego de varios siglos, pensamientos como este acaso sorprenden por su vigencia. Existen numerosos ejemplos de enfoques actuales en el urbanismo para desarrollar modelos de un crecimiento ciudadano más humanos, alejándose cada vez más de la macro-escala y concentrándose en proyectos menores, más económicos y de impacto inmediato. Uno de los ejemplos ya clásicos es el de Curitiba, que bajo la dirección político-urbanística de Jaime Lerner dio los pasos para convertirse en una ciudad ejemplar por su manejo de la escala humana y de su armonía con el ambiente. Sin embargo, volviendo a la pregunta original, esta segunda clase de ciudades laberinto que la teoría ha descrito y propuesto, hacen muestras cada vez más fuertes por desarrollarse con regularidad. Muchos de los grandes proyectos de macro escala proponen espacios ciudadanos de alta complejidad, inspirados tanto por el avance tecnológico como por la comprensión de que las ciudades no pueden ser simples ejercicios geométricos.

Los avances tecnológicos, la amplitud de materiales disponibles, y las nuevas facilidades que existen para representar e idear proyectos arquitectónicos han provocado a arquitectos y urbanistas a “complicar” sus diseños, rompiendo con los moldes rígidos y tomando visiones más desarticuladas y complejas. Algunos de estos proyectos (ver Gráfico 2.2), introducen un poco de ese caos visual aparente, pero sugieren que el ordenamiento urbano puede parecerse un poco más al desorden y al caos que a los cuadrantes y a la geometría tradicional.

PROPUESTAS URBANAS CONTEMPORÁNEAS: LABERINTOS MODERNOS

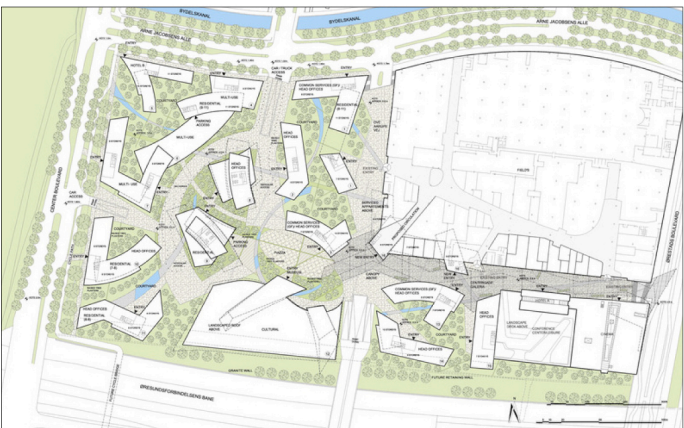


**Zaha Hadid
One North Hub,
Singapore**

La propuesta de esta reconversión urbana apuesta por una interpretación moderna y tecnológica del espacio de la ciudad. Los recorridos pretenden enlazarse como circuitos en un organismo.

**Peter Eisenman
Holocaust Memorial,
Berlin**

A través de un sólo elemento formal (el bloque de hormigón) se plantea un espacio de reflexión, donde el recorrido es desconocido y pleotórico, donde es fácil perderse.



**Daniel Libeskind
Orestad Masterplan,
Copenhague**

Este proyecto inserta dentro de una ciudad típica del modernismo un barrio más orgánico, donde se busca crear un barrio con flujos en apariencia descoordinados, pero con un mayor carácter social.

Gráfico 2.2. Proyectos contemporáneos

La gramática de la pobreza

En el caso de América Latina la ejecución de la ciudad tiene sus matices particulares. Las ciudades latinoamericanas presentan una enorme conflictividad, derivada de una mayor pobreza, de menores recursos urbanísticos y de una lentitud lógica para revertir modelos sociales ineficientes. Esto se transmite en su tendencia por tener gran cantidad de zonas excluidas y marginales, en una gran descoordinación urbana afín con el conflicto de sus procesos políticos y sociales. La historia misma del continente surge del choque entre poderosos y desplazados, de la batalla constante por la imposición del grupo más fuerte o solvente sobre una mayoría oprimida por alguna circunstancia. Esta inequidad social es tangible en los espacios, presente en los contrastes violentos que suceden de un sitio a otro, donde se pasa de burbujas de riqueza (constructiva, cultural) a otras de caos y olvido.

Es bien sabido que la gran mayoría de las ciudades latinoamericanas son producto de un sistema urbanizador originado en la colonia española, donde se ejecutaba el ordenamiento en damero o retícula indiscriminadamente, como parte de la manifestación colonizadora de una cultura sobre otra. Así, de entrada, el principio de estas ciudades tiene que ver con un principio de poder y control, una suerte de advertencia ineludible que manifiesta la culminación de la conquista con un orden urbano capaz de sepultar las ciudades originales, como Tenochtitlán. Alberto Nicolini (2001) lo describe de la siguiente forma:

Un detalle material distingue a la ciudad política (americana) de la ciudad natural (europea): la primera es simétrica como un edificio o un jardín, la otra es sinuosa como un río o enmarañada como una selva.

Cuando la ciudad es el modelo de control sistemático, no quedan dudas: el espacio ha sido tomado y su reordenamiento parece irreversible. Por siglos, este modelo reticulado ha marcado toda una ideología urbana, un paradigma de soluciones y esquemas que ha costado superar. Además, el modelo en damero, que era práctico en pueblos y aldeas, reforzó el culto a la centralidad, a la concentración del poder en el centro mismo de la retícula, donde estaban la iglesia y la gobernación. Por siglos,

este modelo más bien se perfeccionó, generando una curiosa uniformidad en las ciudades del continente, donde elaboradas catedrales yacen estoicas frente a un parque o plaza rectangular, con un palacio de gobierno cercano. Es natural que los colonizadores concentraran el poder en los centros pero, eventualmente, la estructura reticulada cedió ante variables que empezaban a alterar la eficiencia de la misma. Los españoles trataron de imponer un sistema que les permitía ejercer su dominio en forma eficiente, amenazados por la insurrección latente de sus detractores; la retícula era la herramienta y la centralidad su razón de ser. Sin embargo, mucho de este modelo geométrico simplista también ocurre por la paranoia implícita del pensamiento occidental.

La desconfianza occidental hacia su propia cultura que —por poner un ejemplo entre los innumerables iniciados en el existencialismo —llevó a Foucault a asimilar irónicamente el orden social ideal con el panóptico, con la prisión y con el manicomio, alegoría final de lo que una vez fue el sueño del orden, zonificación e higiene. (Eduardo Bru, citado en Ocampo Failla, 2002).

En Latinoamérica, de alguna forma el damero impuesto fue la versión española del panóptico que tanto estimuló en Foucault su discusión sobre el poder y el espacio. Siglos después, las antiguas catedrales siguen idénticas, rodeadas por las mismas calles. El asunto urbano, entonces, es qué pasó más allá de esa estructura, adónde terminó la retícula y empezó la ciudad espontánea. Según explica Michael Janoschka (2002), las formas urbanas actuales en los países del Tercer Mundo poseen un carácter insular, con características que no aparecen en los modelos tradicionales de la ciudad latinoamericana derivada de la colonia. Estas formas se han convertido en los factores dominantes de crecimiento y construcción urbanos y, con base en lo expuesto por Janoschka, se explican en los siguientes puntos:

1. La aparición cada vez más común de complejos habitacionales vigilados para las clases acomodadas (de la clase media en adelante) en el espacio metropolitano. Estos desarrollos se ubican en la cercanía de ejes viales principales, o con accesos y redes inmediatos que no pasan a través del tejido urbano de menor escala. Esto provoca una distribución dispersa en el espacio suburbano de la metrópolis, en contradicción a la concentración anterior a través de un eje que se extendía a lo largo de las áreas de clase alta.

Anteriormente, los espacios suburbanos era ocupados masivamente por las clases bajas; ahora han sido apropiados también por las clases media y alta a través de complejos habitacionales vigilados, lo cual rompe con los modelos anteriores, y ahora crea ambientes de contraste mucho más evidentes, aún en áreas muy específicas.

2. La aparición masiva de centros comerciales basados en el modelo estadounidense, llámense *Malls* o Plazas, en la totalidad del espacio urbano. De esta forma se ha creado una nueva división espacial de cultura y consumo, que conduce a una descentralización de las funciones de la ciudad tradicional, donde las actividades comerciales y de intercambio se sucedían homogéneamente.
3. La instalación de escuelas y universidades privadas en cercanía a las nuevas áreas residenciales privadas. De este modo, se traslada una función básica de un lugar central a otro no integrado a la continuidad ciudadana.
4. La tendencia a construir complejos habitacionales vigilados cada vez más grandes y extensos. Aunque en ocasiones no es necesariamente un solo complejo, sí resultan de barrios o zonas con redes de alta calidad que se auto-secuestran del resto de la ciudad hasta hacerlos parecer pequeñas ciudades. Hasta el momento, la consecuente integración de casi todas las funciones urbanas en áreas no accesibles al público es el punto más alto de exclusión y segregación social.
5. La suburbanización de la producción industrial o el nuevo asentamiento de empresas industriales y logísticas en la periferia. Gracias a la inversión externa y los bajos costos se han instalado nuevos parques industriales suburbanos en cercanía a las autopistas. Esta suburbanización industrial se da en el marco de una acentuada decadencia de los lugares de producción originarios de la época del modelo de industrialización substitutiva de importaciones. Sólo en casos excepcionales estos espacios son reciclados o reutilizados.
6. El creciente aislamiento y accesibilidad de los barrios de la clase baja. En la

práctica esto representa una pérdida territorial para el Estado, que en los últimos años se ha agudizado. Por otra parte, la clase media-baja se aísla por miedo a la criminalidad de los barrios marginales.

Este desarrollo de fragmentos urbanos no integrados entre sí debe ser tomado como un corte con la ciudad latinoamericana tradicionalmente abierta y signada por espacios públicos. Desde este punto de vista, la ciudad latinoamericana se ha transformado lentamente en una forma urbana más cercana a la ciudad norteamericana. Si bien los nuevos desarrollos no muestran un paralelismo con otros procesos observados en los Estados Unidos, sí poseen numerosos puntos en común. Sobre todo en los procesos de privatización, que involucran a todas las capas de la población, así como en las inversiones urbanas realizadas por actores privados. Explica Janoschka (2002):

Estas características subrayan la tendencia hacia una ciudad extremadamente segregada y dividida. La metrópolis latinoamericana actual se desarrolla hacia una "ciudad de islas". Esto resulta tanto del asentamiento insular de estructuras y funciones en su construcción como también del posterior aislamiento de espacios urbanos preexistentes mediante la construcción de rejas o muros.

Estas estructuras insulares de la ciudad latinoamericana, que se han convertido en elemento determinante de la transformación y el desarrollo del espacio urbano, abarcan cuatro dimensiones. Estas se "superponen" sobre los ejes radiales y sectoriales de los modelos más antiguos, o se desarrollaron a partir de ellos:

Islas de riqueza: Es común observar en todas las ciudades latinoamericanas como existen condominios urbanos y de varios pisos para las atraer clases medias y altas. Esto es muy evidente en San José, en los nuevos desarrollos inmobiliarios y constructivos. Según Janoschka, en el espacio suburbano se pueden distinguir tres sectores: el Barrio Privado como lugar de residencia principal, el Barrio Privado como lugar de residencia secundaria, así como también los megaproyectos, como Forum I y II, que contienen más funciones urbanas.

Islas de producción: existen dos clases generales de áreas industriales. Por un lado, las áreas industriales nuevas, desarrolladas y comercializadas en forma privada. Frente a esto, áreas industriales ya existentes, cuya reforma parcial y revalorización

producen islas industriales con uso individual en grandes ejes industriales tradicionales.

Islas de consumo: se distinguen centros urbanos de compras recién construidos y centros que reciclan la infraestructura edilicia previamente existente. También se toman en cuenta los templos suburbanos del consumo y el tiempo libre, como centros comerciales, estadios y clubes privados.

Islas de precariedad: el modelo muestra barrios informales o precarios centrales, barrios informales o precarios en el borde de la ciudad (de los cuales algunos se han consolidado a lo largo de las últimas décadas) y los barrios de vivienda social.

Esta última clasificación de isla es, precisamente, aquella que supone la fragmentación más dolorosa y costosa para la ciudad, pues surge de la pobreza extrema y no de la riqueza. La fragmentación de la ciudad se manifiesta de muchas formas. La ruptura puede ser natural (un río) o artificial (una autopista), o puede surgir de una incompatibilidad en el tejido urbano. Aunque es fácil advertir estos cambios, su razón de ser es más compleja. Como se mencionó, la grave división social de las ciudades latinoamericanas ha generado una serie de urbes esclerosadas, tan heterogéneas como colapsadas.

La pobreza es, sin duda, la realidad que sustenta los modelos de crecimiento económico de los países, en su intento por aplacarla o revertirla. Según informaciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), hasta un 44% de latinoamericanos viven en barrios marginales (CEPAL, 2005). Esto explica que la pobreza ciudadana es gigantesca, presente en casi la mitad de las poblaciones urbanas; además, supone una reversión en el concepto errado de que la pobreza es más común en las zonas rurales. Los datos también arrojan que en esa totalidad de barrios marginales, un 76% presenta problemas en la calidad de su construcción y de sus servicios básicos, además de seguridad en su tenencia (permisos municipales, posesión de terrenos, catastros, y otros). Estas cifras muestran como la informalidad urbana es una característica inherente al modelo de ciudad de estas ciudades: “En las urbes metropolitanas ha ocurrido una consolidación material de la informalidad”, señala el informe.

Estas tendencias se ven soportadas por informes de las Naciones Unidas. En el 2007, por primera vez, más de la mitad de la población mundial vive en las ciudades que en las áreas rurales. Esto implica un incremento de la pobreza pues la mayor parte de esa proporción es de estratos sociales bajos, por la evidente brecha de clases que es generalizada alrededor del mundo. Estos espacios, llamados asentamientos precarios, se han multiplicado ya no como una masa uniforme que contrasta la ciudad de calidad, sino como numerosas manchas dentro del tejido urbano. UN-Habitat, la agencia de la ONU responsable del informe define como asentamiento precario un grupo de personas que viven bajo el mismo techo en una zona urbana con algunas de estas características: carecer de protección contra condiciones climáticas adversas, de espacio vital suficiente, de acceso fácil al agua potable, de acceso a saneamiento adecuado o con perspectiva de desalojo forzado. El crecimiento de los asentamientos precarios ha crecido rápidamente desde mediados del siglo XX y en la actualidad acogen a la tercera parte de la población urbana del planeta, unos mil millones de ciudadanos. Los barrios marginales amenazan con convertirse en el tipo predominante de viviendas en el siglo XXI si no se toman medidas, especialmente en África Subsahariana y Asia Meridional (ver

CONCENTRACIONES Y DENSIDAD DE ZONAS MARGINALES EN EL MUNDO

Según datos del libro *Planet of Slums*, de Mike Davis

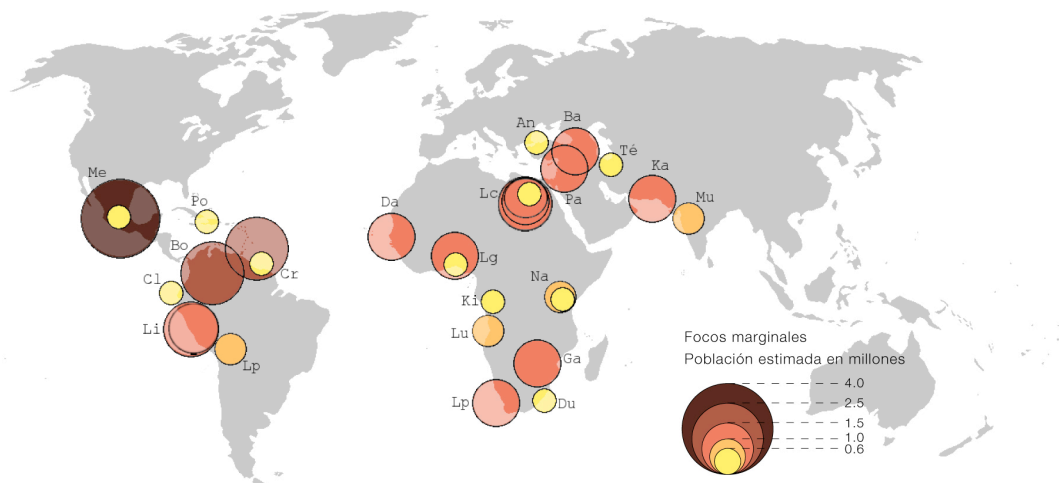


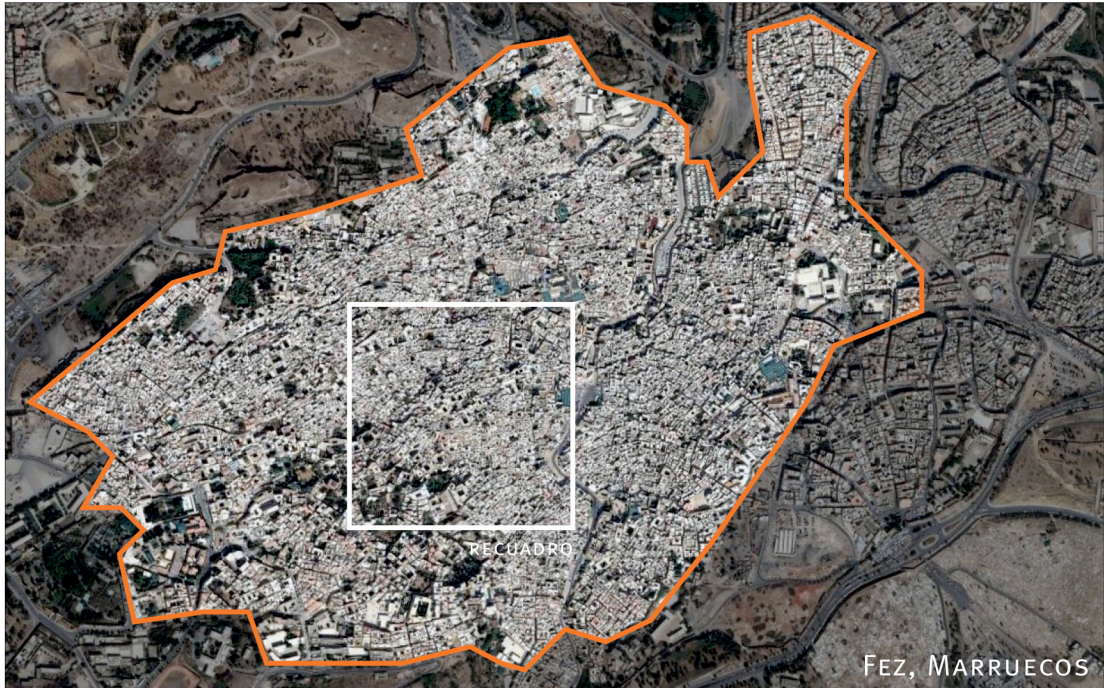
Gráfico 2.3. Focos marginales

gráfico 2.3). Aunque el caso del continente americano no llega todavía a los niveles alarmantes de otras zonas del mundo, como ya se mencionó, las poblaciones afectadas son igualmente cuantiosas. La desigualdad creciente en nuestro continente ha provocado una asimetría que no tiene comparación en ninguna otra parte del mundo, lo que provoca focos de pobreza gigantescos, que al estar alejados o aislados según la forma de la ciudad donde existen, viven y crecen como organismos rechazados que, sin embargo, siguen creciendo y extendiendo sus formaciones.

Laberintos urbanos: casos

Con el fin de ilustrar distintas manifestaciones del laberinto en las ciudades actuales, a continuación se muestran ocho ejemplos distintos en dos grupos. El primero, muestra tres ciudades que son altamente complejas en su organización de calles y recorridos: Fez, Tokyo y Praga (ver Gráficos 2.5, 2.6 y 2.7). Esta condición es parte de su encanto, y son muestra de cómo la complejidad y la ruptura de un supuesto orden no ha impedido una integración total de sus partes y de otorgarles una serie de cualidades urbanas que más bien las enriquecen. Por otra parte, se muestran cinco ejemplos de concentraciones urbanas marginales de gran escala: Ciudad Neza, Cité Soleil, Rocinha, Dharavi y Kibera (ver Gráficos 2.8, 2.9, 2.10, 2.11 y 2.12). Aquí las calles y los recorridos son producto del caos y la carencia, de la necesidad de supervivencia mínima y de la inequidad más salvaje de las ciudades modernas. Todas estas zonas marginales están inmersas en ciudades con sectores modernos y desarrollados, y existen totalmente descontroladas, creciendo año con año y haciendo cada vez más difícil su recuperación. En la graficación de las ciudades marginales se incorpora la secuencia de la huella y el circuito. La huella es la concentración de construcción en una escala de grises (entre más claro, menos construcción); y el circuito es la cantidad de recorridos (calles, callejuelas) que cubren ese sector.

CIUDADES-LABERINTO: TRES CASOS EVOLUTIVOS CONSOLIDADOS (1)



La ciudad de Fez, en Marruecos, fue fundada en el 789. Dominada por influencia árabe, su forma evolucionó a partir de la dinámica interna que generó un importante comercio para la zona. Como una versión árabe de la ciudad medieval europea, Fez está dominada por sinuosos caminos que confunden por su irregularidad, pero que son efectivos para darle un carácter único y eficiente a su identidad.

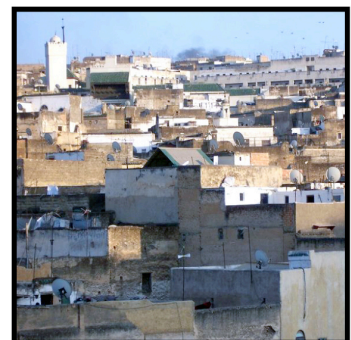
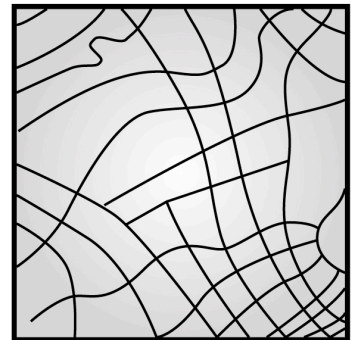
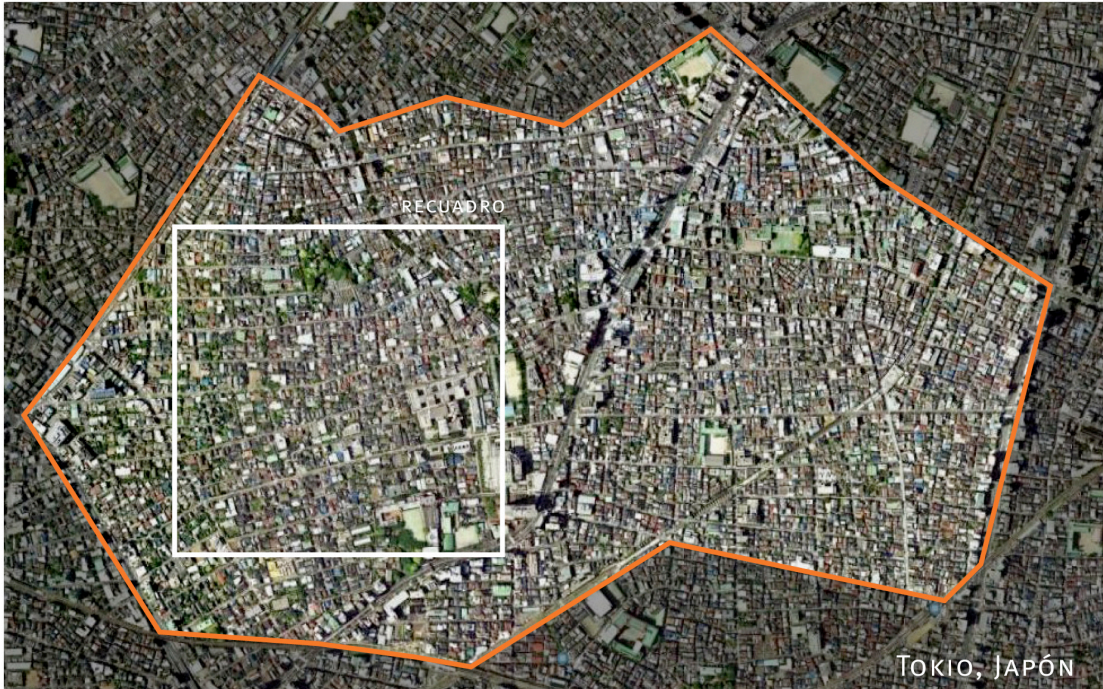


Gráfico 2.5. El caso de Fez

CIUDADES-LABERINTO: TRES CASOS EVOLUTIVOS CONSOLIDADOS (2)



A pesar de su imagen moderna, la capital japonesa tuvo desde su creación zonas de alta pobreza, acentuada tras la Segunda Guerra Mundial. Gigantescos barrios marginales le dieron su forma irregular y casi colapsada. Sin embargo, la reconstrucción respetó esas formas, dejando los principios de ordenamiento originales, y mejorando la calidad de la construcción, no así de los recorridos.

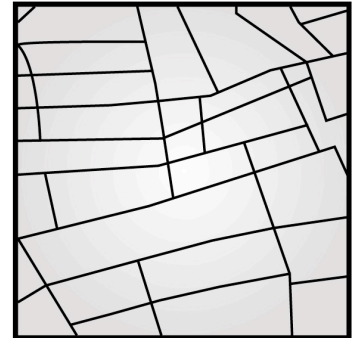


Gráfico 2.6. El caso de Tokyo

CIUDADES-LABERINTO: TRES CASOS EVOLUTIVOS CONSOLIDADOS (3)



Praga es una muestra ideal del modelo medieval de organización. Impulsada por la emergente burguesía y la clase trabajadora, el espacio urbano funcionaba en estrechos cúmulos concéntricos, aunque sin ninguna exactitud geométrica. Las calles son en esencia para los peatones y, aún hoy, mantiene el flujo de su centro histórico sólo para ser caminado. Sus irregularidad permite la sorpresa y el estímulo visual.

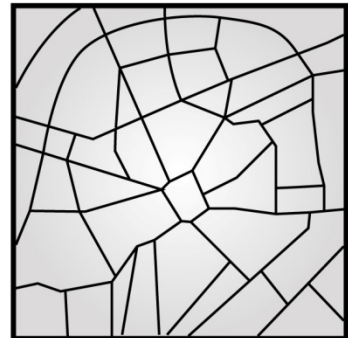


Gráfico 2.7. El caso de Praga

CIUDADES-LABERINTO: MODELOS DE COLAPSO Y MARGINALIDAD (1)



Gráfico 2.8. El caso de Ciudad Neza

CIUDADES-LABERINTO: MODELOS DE COLAPSO Y MARGINALIDAD (2)



Gráfico 2.9. El caso de Cité Soleil

CIUDADES-LABERINTO: MODELOS DE COLAPSO Y MARGINALIDAD (3)



Gráfico 2.10. El caso de Rocinha

CIUDADES-LABERINTO: MODELOS DE COLAPSO Y MARGINALIDAD (4)

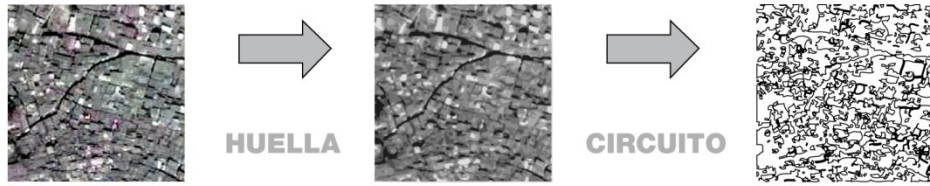


Gráfico 2.11. El caso de Dharavi

CIUDADES-LABERINTO: MODELOS DE COLAPSO Y MARGINALIDAD (5)

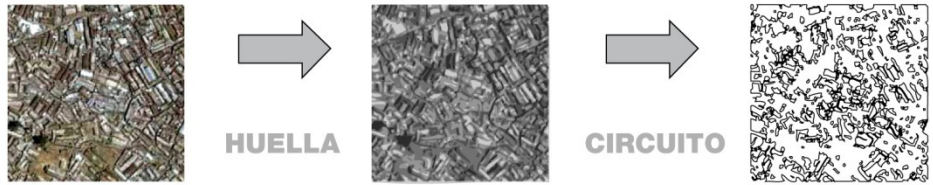


Gráfico 2.12. El caso de Kibera

CAPÍTULO 3

LA ISLA EXCLUYENTE

La ciudad no es una jungla ni la luna. De lejos, es una masa cósmica, un conglomerado de energías sangrantes. De cerca, es un circuito impreso, un laberinto de huellas bestiales, el hangar de gritos asmáticos.

Susan Sontag

Migración y marginalidad

Cuando se habla de asentamientos precarios entendemos arquitectura colapsada, incapaz de responder al mínimo de necesidades de supervivencia. En las ciudades de nuestro continente existen numerosos ejemplos, de los cuales existe amplia documentación, tanto por su significancia social como por su impacto en el contexto de la formación urbana. América Latina ha vivido, marcadamente desde la década de los 70, un proceso caracterizado por migraciones y desequilibrio social. Esta crisis estructural deteriora las condiciones de vida de amplios sectores de la población:

Los avances sociales y el crecimiento económico de los treinta años anteriores perdieron fuerza o retrocedieron, en una combinación mortal de endeudamiento, inflación acompañada de estancamiento de la economía, déficit comercial y presupuestario, así como niveles de vida que caían vertiginosamente (Edelman, citado en Brenes Montoya et al, 2005).

Este fenómeno trajo consigo efectos lógicos de desaceleración económica. Los índices de pobreza subieron, reconocidos por una disparidad enorme entre la

ínfima clase rica y la clase pobre. En Costa Rica, por ejemplo, la tasa de desempleo y subempleo se duplicó, los precios se incrementaron en un 179 por ciento, el salario real cayó alrededor de un 40 por ciento y se considera que aproximadamente el 50 por ciento de la población costarricense enfrentaba algún problema relacionado con la tenencia o el acceso a vivienda (Salas y Solano 1992). En la imagen del mapa siguiente, elaborado por el ProDUS de la Universidad de Costa Rica, se pueden identificar las principales concentraciones de pobreza que podemos identificar hoy en día en la capital (ver Imagen 3.1).

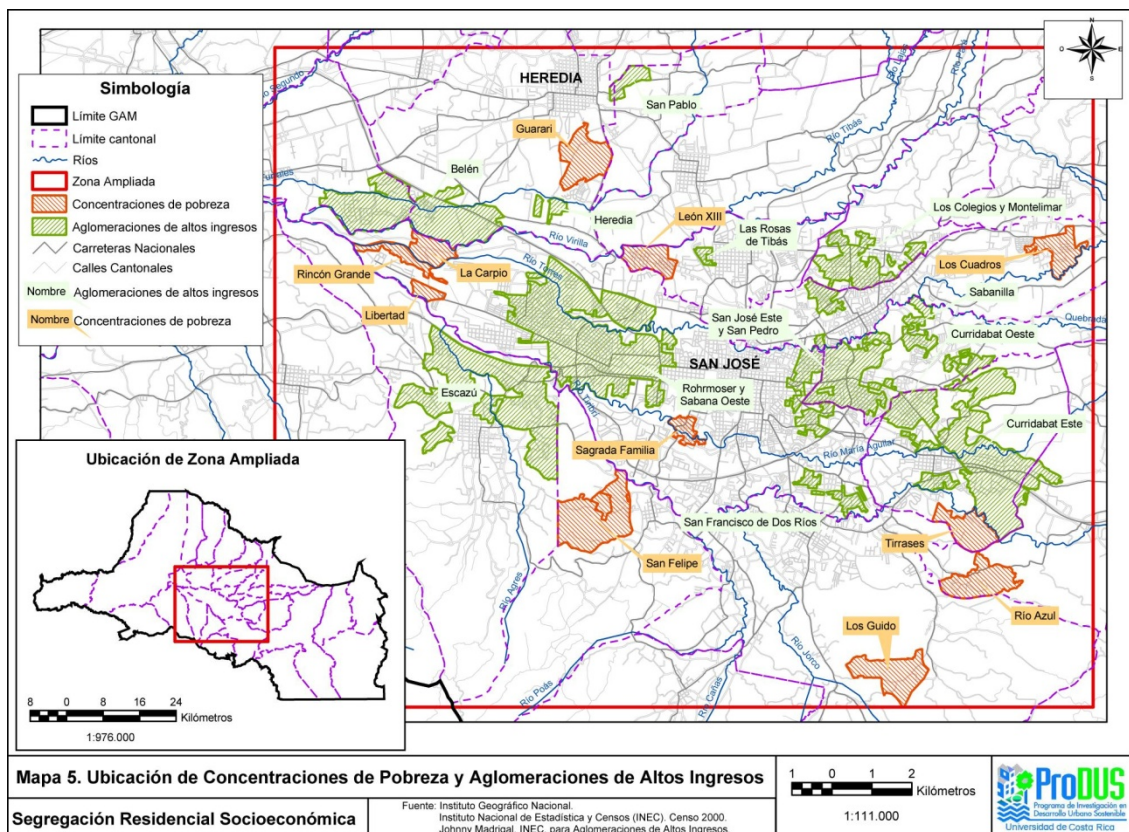


Imagen 3.1. Concentraciones de pobreza en la GAM

Estas condiciones socioeconómicas del país tuvieron como consecuencia una importante migración de personas del campo a la ciudad, así como una proliferación de sectores marginales en el casco de la Gran Área Metropolitana.

Por otra parte, Costa Rica experimentó un proceso muy particular. A pesar de los problemas propios del país, ciertamente las bases sociales del sistema político, así como la ausencia de conflictos armados, produjeron un entorno muy distinto al de los demás países centroamericanos. Esto produjo un creciente proceso migratorio

de países vecinos, en particular Nicaragua, que se vio alentada por motivos políticos, producto de la división entre sandinistas y neoliberales. Producto de tal conflictividad social, Nicaragua es, después de Haití, el país más pobre de América Latina. La migración hacia Costa Rica es cada vez más fuerte, y es claro que existe una importante parte de la población que es de origen nicaragüense.

Sin duda alguna, dentro de los códigos culturales que manejamos en la Costa Rica actual, existen una serie de significantes que han marcado la percepción que existe de los nicaragüenses en el país. Pocos fenómenos sociales generan tanta polarización como la discusión respecto a la migración y los efectos que tiene para el desarrollo y la identidad del país. Desde el apoyo y la solidaridad hacia una nueva clase trabajadora, hasta el desprecio y la xenofobia, el papel del migrante es parte de un imaginario sumamente complejo, marcado por las simplificaciones y los prejuicios.

Más allá de consideraciones sociales, la migración ha tenido un efecto evidente en la dinámica propia de la ciudad, pues supone la participación de nuevos actores, acaso imprevistos, que por su condición económica no participan en una serie de redes urbanas. Y como es lógico, ante el desplazamiento, se ven obligados a crear sus propias redes, aunque precarias y limitadas. La necesidad de vivienda, de trabajo, de salud y comida, ha llevado a la consolidación de un modelo urbano de supervivencia.

Evidentemente, existen categorías de migrantes, o diferencias sociales que determinan, de alguna forma, su rol dentro de la sociedad. La gama en el país cubre desde migrantes con alto poder adquisitivo hasta un gran número que vive en la ilegalidad. Éste último grupo es por mucho el que más llama la atención, porque introduce ese mismo elemento de la ilegalidad migratoria en su realidad socio-cultural. El sólo hecho de ser etiquetado como ilegal, convierte al ciudadano en un ser marginado, sin categoría, un participante urbano para el cual no hay cabida, ni *espacio*. ¿Qué posibilidades arquitectónicas (de vivienda, espacio público) existen para ésta persona? ¿A cuáles beneficios urbanos (de redes, de servicios) puede tener pleno acceso?

Uno de los grandes problemas sucede cuando la sociedad que sí está articulada en

el marco social convencional percibe al marginado como culpable de su condición. Esto está reflejado en la estigmatización, en la caricaturización y en la satanización de ciudadanos que si bien no cumplen con ciertas condiciones legales, de pronto aparecen como el blanco fácil para ser culpados por los males que aquejan al resto. Así, entre menos sean vistos, o aceptados, se fabrica un falso sentido de seguridad, ante un peligro exagerado que de entrada no existía.

Ciertamente, los procesos de migración descontrolada pueden tener efectos graves en el funcionamiento de un país que ya es pobre. Sin embargo, la ausencia de planes serios y consolidados para integrar y resolver este fenómeno ha producido un círculo vicioso. La migración ilegal continúa creciendo mientras su inserción dentro de la población urbana es casi fantasmagórica. En la capital existen focos de hacinamiento de viviendas populares y marginales que se saturan cada vez más: La Carpio (ver Imagen 3.2), Los Cuadros, Guararí, León XIII y Villa Esperanza son sólo algunos ejemplos de comunidades que siguen creciendo a lo interno para satisfacer las necesidades más primarias de cientos de personas que no tienen ninguna otra opción real para insertarse en el contexto social. Y en ese modelo de desarrollo marginal, estos sectores se convierten en una especie de botadero para el resto de los ciudadanos, perpetuando uno de los más grandes mitos del imaginario nacional: los pobres



Imagen 3.2. Nicaragüenses y La Carpio (La Nación)

no son costarricenses.

La marginalidad urbana es un fenómeno que no es exclusivo de los asentamientos de migrantes. Al menos en Costa Rica, todavía no podríamos hablar de verdaderos guetos, puesto que en todos los barrios marginales del país viven por igual nacionales y extranjeros, muchas veces relacionados entre ellos. El caso de La Carpio es, en este sentido, revelador, pues pese a ser etiquetado como un refugio de nicaragüenses, éstos aún son sólo la mitad de la población total. Según el último censo poblacional, un 51% de los pobladores son nicaragüenses o de otros países, mientras el 49% es costarricense (INEC, Censo 2000).

Como se puede ver, los orígenes de una comunidad como La Carpio se caracterizan por una historia de migraciones internas y externas. Es parte de su identidad. El común denominador no es, entonces, el origen de la nacionalidad, sino la necesidad por construir un espacio, un intento de ciudad cuando no quedan más alternativas.

La Carpio: simulacro urbano

Como se explicó en el capítulo anterior, el surgimiento de un modelo urbano cualquiera, viene antecedido por un ideal teórico o cultural. Hacer ciudad es un constante intento, lejano a la perfección pero intento al fin. La diferencia del éxito radica en las herramientas que se tengan, en las condiciones que permitan consumir espacios funcionales y adecuados.

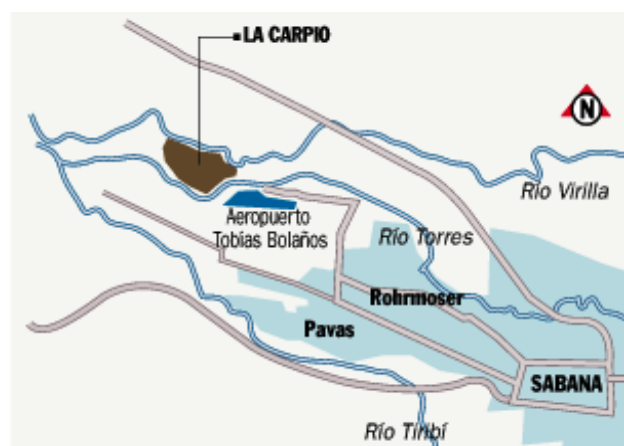
Ese ritual de la edificación de la ciudad, de construirla, puede colapsar en cualquier momento. Si las condiciones no se prestan, los elementos que generan sus idealizaciones son sacrificados a favor de la necesidad. En un espacio marginal no existe campo para la teorización y el planeamiento riguroso; se puebla conforme lo requieran quienes demandan un mínimo territorio. Al perderse esa fase anterior, la materialización de esa ciudad es más bien un atentado, o lo que Jean Baudrillard (2000) calificaba como un *trompe l'oeil*, una simulación encantada.

La ciudad marginal, en este caso, es un intento por aparentar, por reproducir una supuesta ciudad que existe fuera, en algún lugar, y que no es posible imitarla por completo. Sus elementos están ahí: las calles, las edificaciones, los lugares de encuentro, el comercio y la gente. Sin embargo, aunque funciona, no es una ciudad competente pues padece tantas patologías sociales y urbanas que resulta difícil verla como un organismo pleno y eficiente. Baudrillard, explicaba cómo esa simulación encantada es parte de la seducción que busca el ser humano ante sí mismo. Seducirse para convencerse de que posee algo, aunque sea un engaño o un acercamiento fantasioso.

Este punto ciego del palacio: ese lugar sustraído de la arquitectura y de la vida pública, que de una cierta manera rige al conjunto, por una suerte de reversión interna, de revolución, de la regla efectuada en secreto como en los rituales primitivos, de agujero en la realidad de transfiguración irónica — simulacro exacto, escondido en el corazón de la realidad, y del cual ésta depende en toda su operación: es el secreto mismo de la apariencia (Baudrillard, 2000).

A pesar de lo que pueda intentar ser o aparentar reproducir, la ciudad marginal es totalmente real. La Carpio representa un ejemplo claro de este simulacro urbano-social, una pequeña comunidad aislada espacialmente, saturada de callejuelas de tierra y de láminas metálicas superpuestas. Es la ciudadela hecha laberinto, compleja como el origen y las vivencias de sus pobladores.

La Carpio es una comunidad relativamente nueva y, sin embargo, es una referencia obligada en cualquier conversación que trate de migración, de violencia, o de pobreza (ver Imagen 3.3). Penetrada por un único acceso en el este, una solitaria calle de dos carriles, resulta irónico que el espacio que precede a esta maltrecha barriada sea un gigantesco depósito que reúne la basura de gran parte de la capital. El río Virilla es su límite directo al



[Imagen 3.3. Ubicación de La Carpio](#)

norte, mientras el río Torres lo es al sur. Y al oeste, continuando por esa única calle principal que divide en dos la comunidad, están desiertas grandes extensiones de tierra que son propiedad del estado. Como menciona Carlos Sandoval (2005), la sola ubicación del barrio es muy significativa:

La Carpio es el lugar geográfico, pero sobretodo simbólico, en donde la sociedad costarricense “desecha” aquello que no quiere reconocer como suyo [...]. La imagen pública de la comunidad se asocia con lo rechazado, con lo que se desea expulsar. Así, tanto en el plano material como humano, el significado subyacente es el mismo; La Carpio es lo que se desea expulsar. Es, por decirlo así, una especie de “frontera interna” en el imaginario de nación costarricense. Es un modo de salir de la nación sin salir del país.

El terreno actual de La Carpio era, también, parte de una finca estatal, de la Caja Costarricense del Seguro Social. Sus tierras fueron “invadidas” originalmente entre 1993 y 1994, con una segunda inmigración fuerte en 1997; su nombre, alude al apellido de uno de los organizadores de la toma de terrenos, Marco Aurelio Carpio, nicaragüense (Campos, 2006).



[Imagen 3.4. Callejuela típica en La Carpio](#)

La finca tiene un área de cobertura de 23 kilómetros 618 metros cuadrados, y en este momento está casi completamente urbanizada aunque todavía existen áreas que parecen más propias de una zona rural (ver Imagen 3.4). La comunidad actual ha ido formándose en pequeños barrios o sectores: San Vicente, Las Brisas, Central, San Martín, María Auxiliadora, El Roble, La Arboleda, La Libertad y la Cueva del Sapo o Bajos del Sapo. Durante los primeros años, los esfuerzos de la comunidad se concentraron en tener acceso a servicios básicos como agua, electricidad así como contar con una escuela. Estos servicios se fueron instaurando producto de las movilizaciones y demandas de las personas de

la comunidad; esto ha ido ocurriendo en diferentes momentos en los distintos sectores, siendo las partes más cercanas a la calle principal y a la escuela las zonas con más facilidades. La instalación del servicio de agua y electricidad, así como la construcción de la escuela, muestran el potencial organizativo de la población, pues pese a los conflictos y contradicciones entre grupos y asociaciones, se desplegó un esfuerzo colectivo que transformó a la comunidad.

Estudios recientes de las autoridades de salud que ofrecen servicios en La Carpio reportan que en el 2002 se registraron 15.083 personas y dos años después, en 2004, se reportaron 22.296 (citado en Campos 2006). La Carpio alberga a la mayor comunidad de nicaragüenses en Costa Rica y es la comunidad binacional más grande del país (Campos, 2006). Su geografía es una típica situación de segregación, en la que la comunidad está rodeada de factores físicos que le impiden su crecimiento y el vínculo con comunidades colindantes. Además, hay que recordar que tiene una sola salida convencional, y esa vía fue asfaltada hasta la construcción del botadero, con el fin de mejorar el paso de los camiones recolectores de basura que cruzan por la comunidad todos los días para movilizar una cantidad estimada de 700 toneladas de basura diarias (Fonseca 2004).

Parte de la irregularidad que padece esta zona proviene de su situación ante las autoridades municipales. Ante los distintos estudios que la Municipalidad de San José realiza periódicamente, existen zonas que han sido obviadas. Las comunidades marginales del cantón muchas veces no son consideradas dentro de los planes de desarrollo y apenas aparecen mencionados en los sistemas de información. La justificación, en ciertos casos, radica en el argumento de la legalidad, respecto a cómo calificar y medir un grupo o sector cuando es producto de una serie de causas que no se ajustan a las mediciones o datos sistematizados. Uno de los casos más evidentes es el del catastraje y el registro de propiedades.

La indolencia por parte de las autoridades estatales para enfrentar la toma de propiedades privadas y de establecer sistemas o recursos que permitan una cierta estructuración por parte de los llamados precaristas ha provocado una dinámica al margen de las leyes. En el caso de La Carpio, precisamente el problema del registro de tierras ha tenido graves consecuencias tanto en el ordenamiento territorial del área como en el manejo social de los pobladores.

El problema, desde una perspectiva social, ha generado serios conflictos entre los vecinos, tanto de organizaciones comunitarias, pandillas y otros grupos contra la acción policial (ver Imagen 3.5). Estos choques han venido acompañados por operativos para deportar extranjeros sin residencia, resultando en lamentables hechos que luego han sido explotados en la prensa.

Por ejemplo, el 31 de mayo de 2004, los vecinos de la comunidad bloquearon la única vía de acceso, aduciendo que la empresa canadiense EBI (administradora del depósito) no estaba cumpliendo con una serie de promesas, que en coordinación con el gobierno y la Municipalidad de San José, había negociado con doce organizaciones comunales de la zona (Fonseca 2004).

Los principales beneficios sociales “compensatorios” que se habían estipulado para llevar adelante el relleno sanitario contemplaban la pavimentación de las calles, un fideicomiso en el que se consignarían unos 15 centavos de dólar por cada tonelada de basura que se procesara en el relleno y la titulación de las tierras en donde los



Imagen 3.5. Disturbios (La Nación 11/6/94)

vecinos han levantado sus viviendas. Como se mencionó, la pavimentación se concretó exclusivamente en la vía por donde circulan durante el día los camiones recolectores de basura, pero no en las calles paralelas que comunican los distintos sectores de La Carpio. La mayor controversia es que la EBI ha justificado el cese de la entrega de la cuota acordada por cada tonelada de desechos aduciendo presuntos malos manejos de los fondos por los dirigentes comunales. Además, el gobierno afirma que una de las razones fundamentales para no proceder a la titulación de tierras es que al menos 2 mil familias residentes no califican para recibir las escrituras por su condición migratoria. Este choque degeneró en un enfrentamiento de gran escala:

Ante la imposibilidad de un diálogo entre las partes, la policía costarricense lanzó bombas lacrimógenas, agudizando el enfrentamiento. La medida, adoptada para “restablecer el orden”, no contempló las particularidades de la zona: una única vía de acceso y saturación de viviendas. (Fonseca, 2004)

Como resulta evidente, en La Carpio el problema social está directamente relacionado al urbano. El choque entre la negligencia política y el descontrol sobre el crecimiento de la zona produce un espacio colapsado, donde su calidad es mínima. Además, sigue siendo un sector sin análisis urbanístico por parte de la municipalidad. Lo que en esencia es un fracaso de las herramientas sociales por diseñar un espacio urbano digno, ha sido reducido a un reducto de conflictos y malestares sociales injustificados. Mientras esta comunidad siga siendo un microcosmos de estereotipos ante la opinión pública (incluida la gubernamental) su versión del ordenamiento urbano será un simulacro basado en los principios del refugio y la supervivencia ante la adversidad. Nada más.

Hiperrealidad espontánea

Conviene entonces definir la condición espacial de La Carpio. Como se ha elaborado hasta ahora, en este espacio marginal pareciera cumplirse la secuencia de evolución planteada en esta investigación: a partir de una lectura respecto a la ciudad, en este

caso un paralelo con el laberinto, el simulacro urbano que representa esta ciudad marginal resulta en una especie de laberinto. Es decir, se cumple un ciclo, en el cual un concepto que antecedió la lectura urbana, termina siendo el resultado de esa misma lectura. El laberinto espacial de la ciudadela marginal, que se definió como una simulación de la ciudad real, termina siendo concepto y resultado, lectura y concreción.

Umberto Eco (1999) y Baudrillard (2000) coinciden en calificar esos sistemas como falsedades reales, o hiperrealidad. Se puede pensar en la mayoría de los aspectos de la hiperrealidad como "realidad a través de intermediarios". En particular, Baudrillard sugiere que el mundo en el que vivimos ha sido reemplazado por un mundo copiado, donde buscamos nada más que estímulos simulados; toma de Borges el ejemplo de una sociedad de cuyos cartógrafos crean un mapa tan detallado, que se mimetiza con las mismas cosas que representa. Cuando el imperio decae, el mapa se pierde en el paisaje, y ya no existe la representación, ni lo que queda de lo real – sólo lo hiperreal.

La hiperrealidad caracteriza la incapacidad de la conciencia humana para distinguir la realidad de la fantasía, particularmente en los modelos culturales actuales. De cierta forma, la hiperrealidad es cómo decidimos percibir la realidad cuando ésta se encuentra deformada por valores y conceptos mediáticos o sociales. Algunos ejemplos típicos son la pornografía, los videojuegos de simulación, las plantas de plástico, las fichas de los casinos, etc. En todos estos casos (el sexo, la vida, la naturaleza, el dinero), aquello que exagera o distorsiona la realidad pasa a ser lo que Eco (1999) denomina "el falso auténtico".

En el caso de la ciudad el ejemplo más claro, según Baudrillard, es el de aquellos sitios que no surgen de la evolución normal y funcional de cualquier entorno urbano. Las Vegas, Disney World y Dubai, son algunos lugares que surgieron para satisfacer propósitos económicos y aceleraron artificialmente sus áreas. Baudrillard (1999) asegura que es "la simulación de aquello que nunca existió".

Entonces, ¿cómo encaja La Carpio en este escenario? Por lo general, la definición de la hiperrealidad supone una *simulacra* idealizada, una exageración con método previo. En los casos citados, por lo general está establecida una actividad de

consumo, que permite y financia la manutención de tales fantasías o anomalías, porque de ahí parte su atractivo. Sin embargo, cuando la *simulacra* es producto de un proceso natural, que no pretendió nunca evocar un escenario artificial de ningún tipo, podríamos encontrar una hiperrealidad espontánea.

Por ejemplo, la ciudadela marginal puede ser vista como un laberinto, aunque bajo una interpretación distinta a otros. Los laberintos de ciprés en algunas partes de Inglaterra sirven como un divertimento en un parque, funcionando como versiones hiperreales del laberinto del minotauro. Por otra parte, las calles de la ciudadela marginal son el resultado hiperreal del colapso urbano, de la pobreza hecha espacio. No existe un deseo expreso de hacer un laberinto, ni de reproducir una historia fantástica contenida en un mito. Pero sí es hiperreal, por cuanto termina siendo una versión alterada de la ciudad que se concibe y se planea, sólo que en la dirección opuesta del ideal urbano. Y su resultado es una metáfora viva de un artificio, un laberinto con miles de habitantes por prisioneros. La Carpio, entonces, es como una imagen en negativo del laberinto hiperreal, la hiperrealidad espontánea.

Evidentemente, no se intenta descalificar la realidad actual de La Carpio, sino todo lo contrario. Al existir tal complejidad social y urbana, hay una distrofia espacial que resiste las explicaciones convencionales, permitiendo esta lectura más flexible y vivencial. La ciudadela es el resultado de una serie de fracasos, y se presenta como una metáfora de la dificultad espacial contemporánea. Más importante aún, La Carpio es una solución urbana, tan válida como cualquier otra. Su semejanza al laberinto como mecanismo de lectura no implica, necesariamente que deba ser tachado como un espacio perdido. Más bien, demuestra que estos espacios, cada vez más comunes en el planeta, son una solución casi sistemática para resolver la necesidad de territorio. El hecho de que sean esa *simulacra* del modelo organizado de ciudad, no les resta su valor universal, ya sea como laberintos o como modelos urbanos.

Uno de los puntos fundamentales de esta hiperrealidad urbana, radica en el inherente contraste que genera. Dado que estos espacios son una especie de anomalía a la regularidad, suelen chocar o romper con su entorno. El caso de La Carpio ejemplifica bien estas características. Carlos Sandoval (2005) define la zona

como “racializada”, donde el origen del poblador es un estigma; la comunidad tiene un significado social adquirido, que sumado a sus particularidades geográficas, la ha convertido en una especie de criatura aislada, en un minotauro enclaustrado sin posibilidades de ser aceptado.

La Carpio expresa procesos de segregación material y simbólica y los modos en que estas modalidades de segregación son vividas por vecinos y vecinas de la comunidad tienen altos significados urbanos. La comunidad es un punto de encuentro, por una parte de migrantes internos (zonas rurales de Costa Rica) e internacionales (aunque a menudo los primeros no se asumen como migrantes), y, por la otra, de discursos sobre inmigración, pues si bien, como se apuntó antes, la mayoría de la comunidad no es nicaragüense, es asumida como si lo fuera. La Carpio, tanto espacial como simbólicamente, es vivida de diferentes maneras y adquiere significados diversos.

Perspectivas urbanas

Para algunas personas, La Carpio se asocia con la posibilidad de tener casa propia y vivir relativamente cerca del sitio de trabajo; para otras La Carpio se asocia con la planta de tratamiento de basura. En un plano más simbólico, La Carpio remite, para algunos, un sentido de comunidad, pero para otros es donde habitan migrantes y criminales, términos que a menudo se asumen como intercambiables. La Carpio, pues, puede remitir a lo familiar, pero también a lo ajeno; se trata de un espacio que articula y moviliza significados diversos.

Sin embargo, esta investigación pretende hacer una lectura del espacio construido y de los elementos que lo articulan. En función de trazar el paralelo del mito del laberinto con esa comunidad marginal, se hace el posterior análisis gráfico de las condiciones espaciales-urbanas más importantes de este espacio.



Gráfico 3.1. Generalidades de La Carpio

Uno de los elementos que definen a La Carpio espacialmente es su aislamiento. Sin embargo, los contrastes son radicales, y van desde el depósito de basura más utilizado en la GAM hasta la mayor cancha de golf de la ciudad capital, todo en medio de dos ríos de gran importancia geográfica (ver Gráfico 3.1).

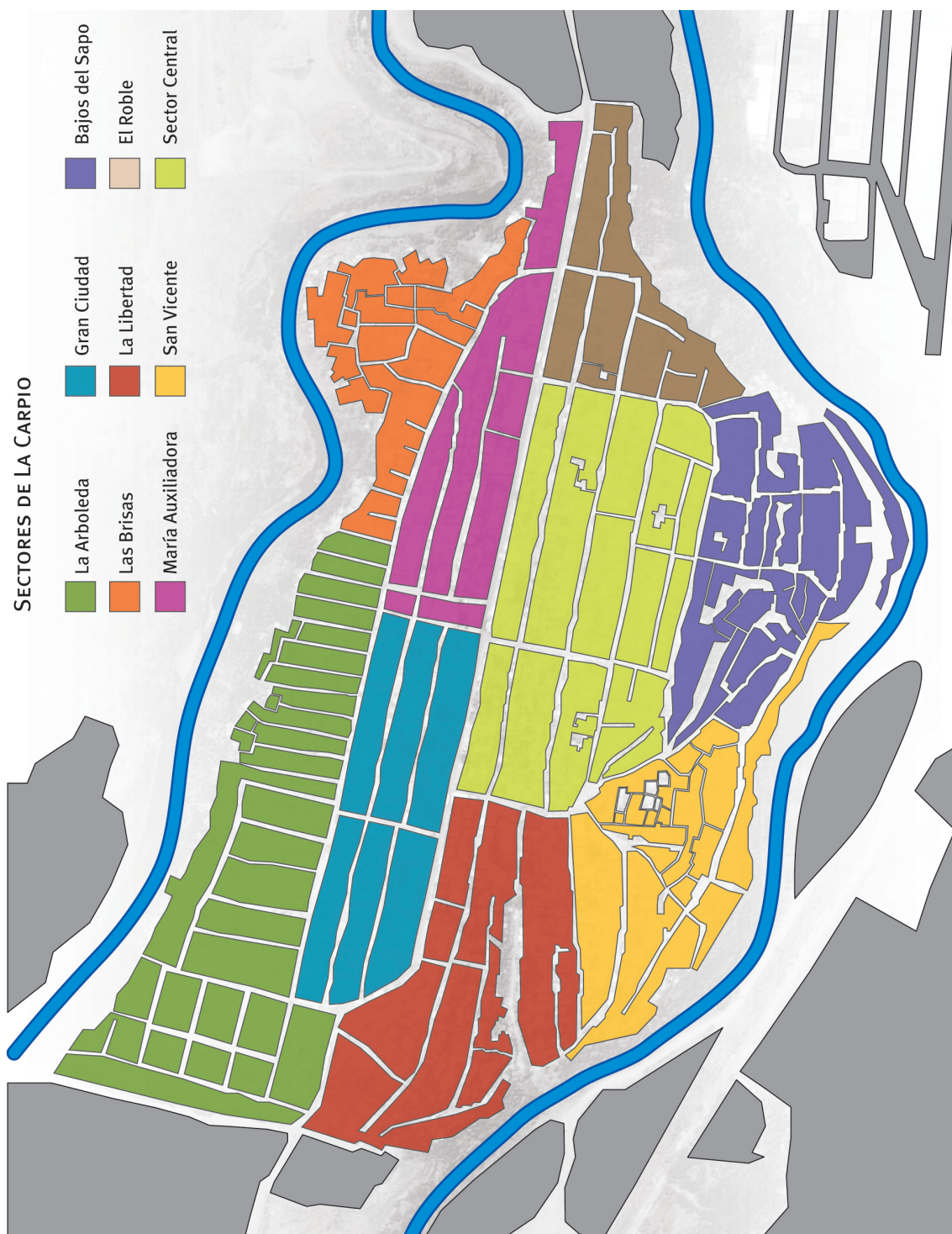


Gráfico 3.2. División espacial por sectores

Los barrios o sectores de La Carpio han ido denominándose según distintos criterios, dado que no existe un registro real. Con base en la información de autoridades comunales, las zonas aquí definidas son un esquema general donde las dinámicas sociales se extienden entre los sectores (ver Gráfico 3.2).

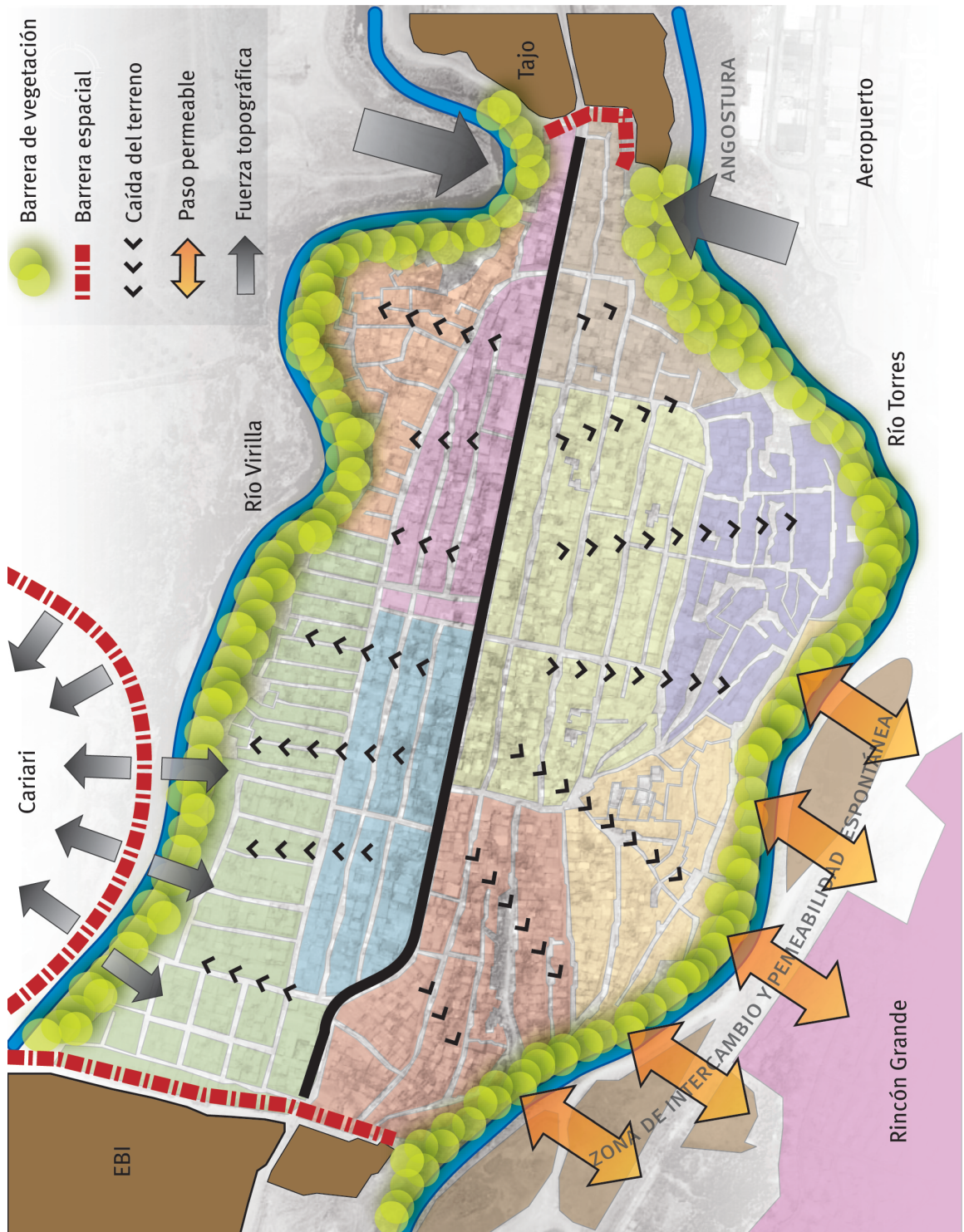


Gráfico 3.3. Barreras y limitaciones de la periferia

La ciudad marginal guarda relación con el modelo de la ciudad medieval, que crecía introspectivamente a partir de los fuertes perímetros que la resguardaban. En este caso, el perímetro es una condición ineludible, pero finalmente es el factor físico que condiciona el ordenamiento territorial del interior (ver Gráfico 3.3).

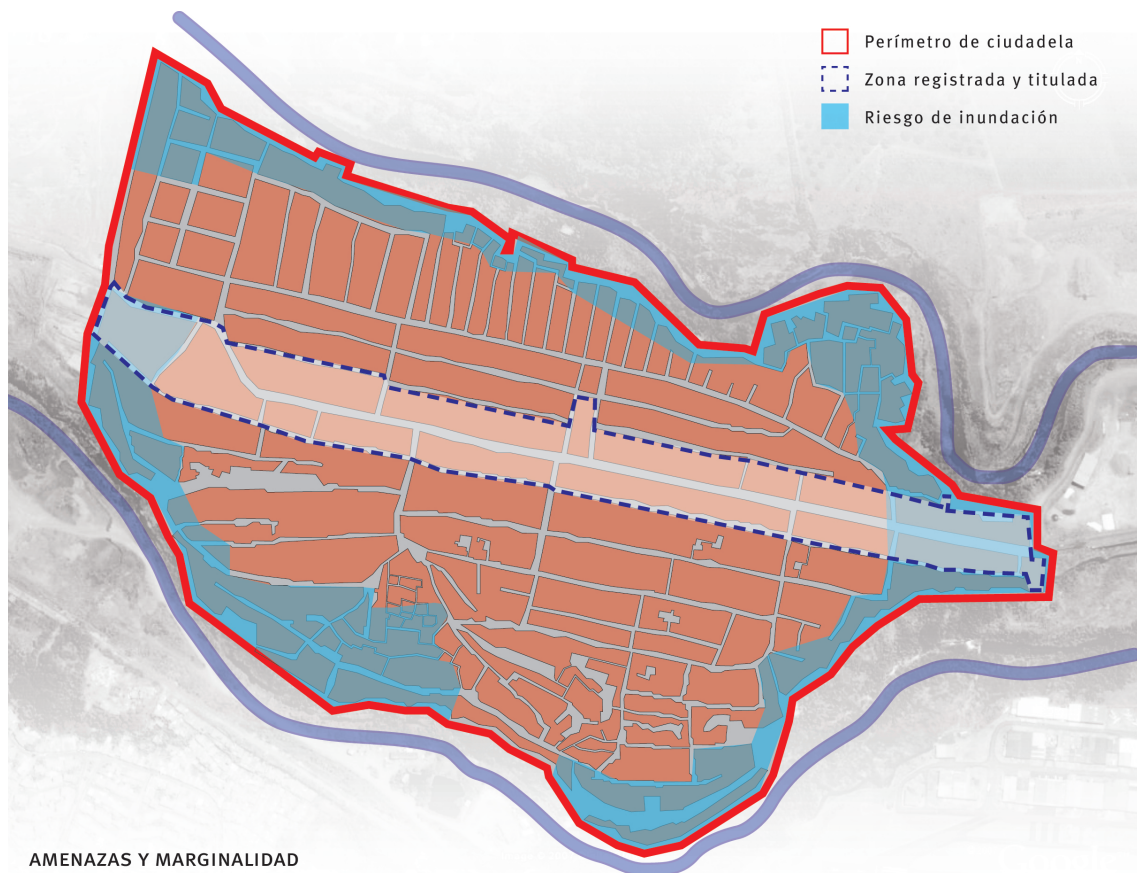


Gráfico 3.4. Amenazas y riesgos en la comunidad

Al hacer un análisis de la información oficial que existe respecto a La Carpio, se puede observar cómo ha sido estudiada bajo el contexto del Plan de Desarrollo Urbano que impulsa la municipalidad de San José. Si bien, como se ha mencionado, el sector no es calificado en una serie de estudios, sí pueden observarse los factores de riesgo más importantes (ver Gráfico 3.4). Según el Plan, sólo las cuadras inmediatas a la calle central principal aparecen registradas. En esas cuadras están los comercios principales, la iglesia católica y la escuela primaria Finca La Caja, quizás el sitio de más valor para los pobladores. También hay una importante zona de la ciudadela sensible a las amenazas de inundación, aunque no es calificada como zona de alto riesgo. Esto ha permitido que las viviendas se haya esparcido hasta los márgenes mismos de ambos ríos, sin que hasta ahora hay habido una inundación importante. De todas formas, la informalidad territorial sigue creciendo en los puntos más sensibles.



Gráfico 3.5. Estado y formación de las calles de La Carpio

Las calles del laberinto

En la definición de laberinto, el elemento compositivo más importante yace en la interrelación de sus caminos. En el caso de la ciudadela marginal, y de La Carpio como el caso de estudio, las calles son las que conforman este laberinto moderno.

Justamente, a partir de los elementos analizados anteriormente (su estado perimetral, los riesgos de la zona, la división interna, etc.), encontramos un modelo de organización espacial altamente caótico, con una degeneración progresiva de las calles en función de su ubicación (ver Gráfico 3.5). Así, se hace necesario analizar las distintas calles que integran el laberinto de La Carpio:

1. El elemento articulador está en la calle principal. Esta ruta es de interés municipal por el basurero, y literalmente divide en dos a la comunidad. La calle es tan significativa que de ella se desprenden las orientaciones de los sectores internos; las direcciones se dan al norte y al sur de ella (o “arriba” y “abajo”). La calle no integra sino que separa, y al no contar con elementos atractivos visualmente, se convierte en una especie de parte aguas. Esta calle antecede la complejidad de aquello que se encuentra más allá de su funcionalidad, que es donde habita la gente (ver Gráfico 3.6).

Es particularmente simbólico que el acceso este, el que proviene de la ciudad (el exterior), sea realmente estrecho, el punto de confluencia entre los dos ríos, reforzando la metáfora del laberinto al singularizar un ingreso ahogado por la topografía. La Carpio, ciertamente, tiene un solo ingreso oficial y una sola salida (que es sinónimo del basurero), y la calle principal permite eludir la complejidad a sus lados si se avanza en línea recta. Entonces, se puede afirmar que la calle principal es una especie de acceso prolongado, un vestíbulo lineal de los senderos que se bifurcan al interior de la ciudadela. La dinámica en este eje es intensa en función del tránsito vehicular: camiones de basura y autobuses que terminan o empiezan sus rutas. Esto genera que los habitantes de la zona utilicen la calle como una terminal más que como un espacio de confluencia.

2. A partir de esta calle principal existen una serie de calles secundarias (color verde claro en la gráfica anterior) que forman los sectores más antiguos de la comunidad, donde se construyeron las primeras casas a mediados de la década del 90. Estas calles han sido asfaltadas con el tiempo gracias a iniciativas locales, aunque la calidad de este asfalto es pobre por el nulo mantenimiento. Aquí, el laberinto tiene aún un cierto orden, pues surgió de

un intento reticulado por acomodar las primeras viviendas que se instalaron en la zona.

En cuanto a la calidad arquitectónica, la mayoría de las viviendas ubicadas frente a estas calles son similares a una vivienda de interés social, con mínimo diseño pero con materiales constructivos sólidos y resistentes. Esto es importante porque esta tendencia se repetirá, indicando que la calidad de las calles se relaciona con la calidad de las viviendas o sitios frente a ellas. Algunos de los pobladores en estas zonas inclusive viven en casas que podrían pasar por casas de clase media-baja, con cocheras, portones y jardines. El laberinto de La Carpio tiene, en consecuencia, distintas fases que van degenerándose conforme se interna uno en el espacio. Esta segunda fase es introvertida, pero tiene la dinámica más tradicional del barrio costarricense, donde la calle es un punto de encuentro y existen algunos comercios que intensifican esta dinámica (ver Gráfico 3.7).

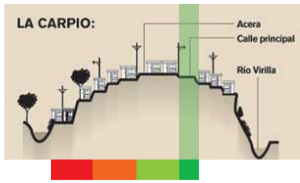
3. La tercera fase está constituida por las calles de lastre, que no tienen instalaciones de redes sanitarias de ningún tipo pero que han surgido a partir de las oleadas de expansión que ha padecido la comunidad. Estas calles (de color naranja en la gráfica) muestran una mayor irregularidad y rompen con el principio reticular que se asoma en las calles de mayor antigüedad. Dado que estas calles han surgido de la necesidad por ampliar los terrenos, su extensión se interna en zonas de declive, que son de mayor dificultad tanto para el acceso como para la construcción.

La vivienda en estas zonas es mucho más pobre, con muestras claras de marginalidad extrema. Hay casas con paredes de bloque, pero sólo en algunos sitios, y muchas de las estructuras son en madera. Sin embargo, en estas calles de menor calidad constructiva se generan las más fuertes dinámicas barriales, con numerosos comercios informales, gran cantidad de gente interactuando y un mayor sentido de pertenencia al espacio que se comparte. Aquí, más que en otras partes de la ciudadela, la calle es el espacio público, pues dado el mínimo tránsito vehicular, es realmente un espacio tomado por los peatones. Ciertamente, estas zonas también muestran

mayores elementos de informalidad social; inseguridad, falta de sistemas de alcantarillado y limitaciones en el alumbrado público. Hay un sentido de abandono propio de la pobreza, donde lo que existe en el espacio está sometido al paso del tiempo sin mayores expectativas de un mejoramiento realista (ver Gráfico 3.8).

4. La fase final del laberinto es el colapso del ordenamiento territorial, donde la gente ha desarrollado un sistema de vida de alto riesgo físico, con enormes faltantes de redes y con viviendas de mínima calidad. Aquí no hay calles propiamente, sino senderos o caminos de tierra (señalados en rojo en el gráfico) que se internan entre los ranchos y tugurios que las forman. Estas áreas están, además, dominadas por tal irregularidad que es difícil establecer caminos concretos, y más bien se desarrollan recorridos aleatorios, según las determinantes espaciales del entorno (vegetación, topografía). Las calles del laberinto aquí son casi tan metafóricas como el concepto mismo. Sin embargo hay elementos contradictorios y curiosos que se desprenden de estas áreas. Son las zonas de mayor riesgo, pero también suelen ser ranchos rodeados por más vegetación y fuerzas visuales (paisajes) que el resto de La Carpio. Como las calles como tales no existen, hay una mayor organicidad de los espacios construidos, sin el típico registro del predio antecedido por la vía pública. Donde existe la mayor pobreza, el mayor caos social y espacial, parece existir una respuesta válida y lógica. En la arquitectura del colapso no existe ningún orden político o urbanístico, solamente la materialización primaria del espacio de supervivencia (ver Gráfico 3.9).

Antes de hacer un análisis gráfico respecto a las fases aquí comentadas, es importante referirse a los usuarios de este espacio. Según la metáfora, la existencia del laberinto tiene sentido por el minotauro. En La Carpio, a pesar de las fases o calidades que se observan, los habitantes parecerían ser bastante homogéneos, al menos respecto al espacio que habitan. Es tal el sentido de pertenencia y el estigma que se comparte, que de alguna manera se ha formado una fortaleza comunitaria, que defiende ante todo el común denominador de habitar la ciudadela y padecer sus conflictos.



Primera Fase

Calles: una sola ruta de acceso principal para el tránsito de buses y camiones de basura.

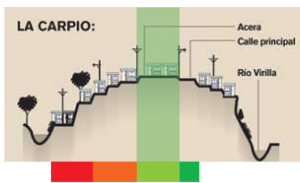
Vivienda: Viviendas de concreto con características del diseño de interés social.

Dinámica: gran actividad de flujo y tránsito, con comercios de todo tipo, aunque diurno.

Forma: Un sólo eje central que divide la comunidad.



Gráfico 3.6. Primera fase del laberinto



Segunda Fase

Calles: asfaltadas, sin aceras y con alto deterioro por bajo mantenimiento.

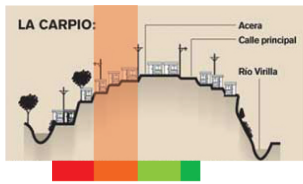
Vivienda: Construcciones en bloque, algunas con rejas y condiciones aceptables.

Dinámica: barrio típico, con vehículos ocasionales, actividad social de moderada a baja.

Forma: ejes rectilíneos sobre topografía plana.



Gráfico 3.7. Segunda fase del laberinto



Tercera Fase

Calles: lastre o tierra. Algunas en mejor estado que con asfalto.

Vivienda: casas de calidades mixtas, que van desde estructuras sólidas hasta ranchos.

Dinámica: barrios de fuerte actividad social, donde la calle es el espacio público por excelencia.

Forma: Líneas irregulares que siguen la topografía.

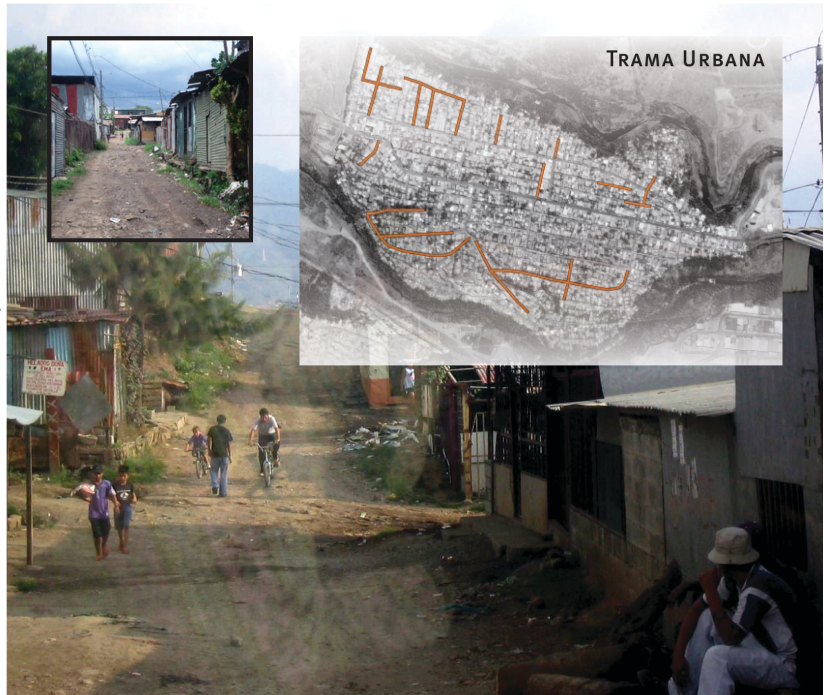
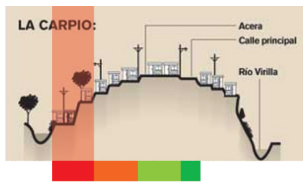


Gráfico 3.8. Tercera fase del laberinto



Cuarta Fase

Calles: caminos de tierra que aparecen al azar.

Vivienda: Ranchos y tugurios de la mayor precariedad, aunque con mayores áreas verdes y mejores visuales.

Dinámica: Zonas más tranquilas, con interacción más pausada y menor actividad

Forma: Formas orgánicas que se adaptan a la tierra.

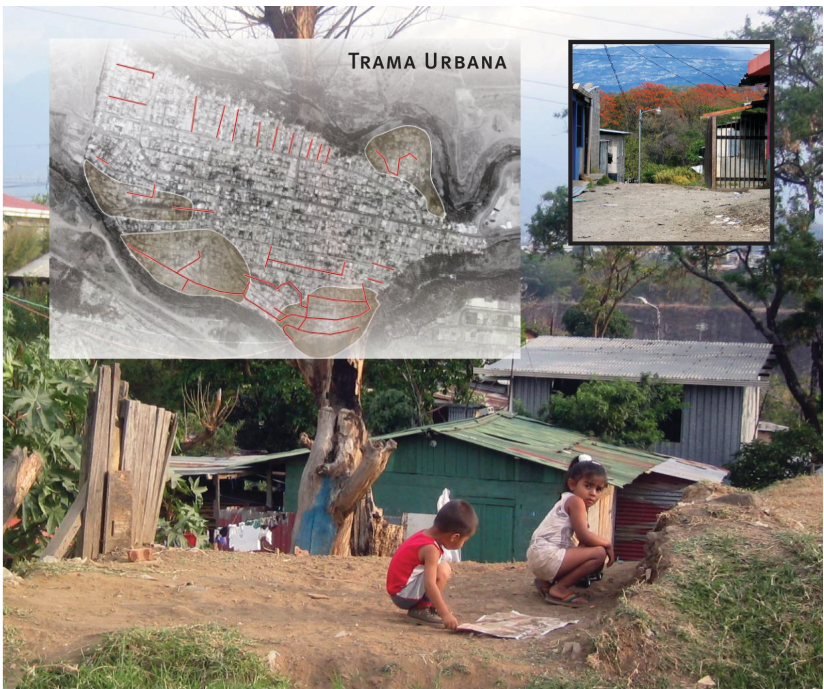


Gráfico 3.9. Cuarta fase del laberinto

El espacio infinito

Tras observar las características de La Carpio, y los elementos que la constituyen en una versión urbana del laberinto mitológico, quedan algunos puntos por destacar. Es importante recordar, que lejos de ser una apología sobre la marginalidad, esta investigación intenta reflexionar sobre el estado de la pobreza urbana utilizando un caso concreto. Y cómo, entre las carencias y complejidades de dicho espacio, ha ocurrido un fenómeno urbano muy singular, donde el modelo de crecimiento o supervivencia, ha generado una comunidad colapsada urbanísticamente, con una serie de interpretaciones de cómo se construye la ciudad cuando las herramientas son las mínimas.

La Carpio, no cabe duda, es un fracaso urbano social. El hecho de que las soluciones allí creadas para solventar el problema de territorialidad sean ingeniosas y válidas (por el aspecto de necesidad) no implica que deban reproducirse libremente. Las calles del laberinto, del laberinto de La Carpio, reproducen un modelo de organización espacial que, como se ha mencionado, es muy similar al de las ciudades medievales, mucho más orgánicas y complejas. Pero aquí no hay castillos ni catedrales, ni parques o plazas; en la ciudadela marginal se confirman los males sociales y se siguen perpetuando sin control alguno. La pobreza es extrema en la mayoría de su área, y ocupa ya un lugar en el imaginario nacional como un reducto de peligro y desecho.

Si se analizan en frío algunos datos, existen cifras reveladoras. El Censo del 2000 es la principal fuente de información, aún con las carencias para medir los datos reales de una zona como La Carpio.

- Como se apuntó anteriormente, esta comunidad tiene un área de aproximadamente 623 Ha.
- Tomando como referencia el Código de la Construcción, se puede hacer la siguiente estimación: a razón de 50 viviendas por Ha, en lotes de 120 m², la totalidad del espacio podría albergar hasta 3130 viviendas.
- Sin embargo, La Carpio tiene las siguientes limitaciones:

- 142.300 m² de retiros por concepto de protección de ríos
 - 46.300 m² de retiros por servidumbres eléctricas. Esto se debe en parte a que existe una planta del ICE en terrenos cercanos al sur de La Carpio.
 - 24.750 m² de servidumbre por tener una carretera intercantonal en el momento que se instaló el depósito de basura.
 - 22.834 m² restricción por el antiguo tajo ubicado cerca del acceso.
 - TOTAL: 236.184 m² de retiros y servidumbres por conceptos legales establecidos en códigos y leyes.
- Esto implica que casi 240 Ha no deberían poder ser utilizadas como espacio para la construcción. Esas hectáreas representan un 38% del área total actual de La Carpio
 - Habría, legalmente, 323 Ha de espacio permitidas para la construcción de vivienda. Con el parámetro anterior, esto significarían cerca de 1949 viviendas.
 - Sin embargo, en el censo del 2000 ya se encontraban medidas unas 2950 viviendas, al menos mil por encima de lo permitido con reglamentos. En ese momento la población oficial estimada era cercana a los 15 mil.
 - En los últimos siete años la población ha ido en un franco acenso, con mayor cantidad de habitantes. Si bien no hay datos oficiales, Sandoval (2005) y Fonseca (2004) estiman que podría haber una población que ronde los 25 o 30 mil habitantes.

Puede verse que existe un caso claro de hacinamiento público enmarcado dentro de un caso grave de pobreza (ver Imagen 3.4). La existencia de semejante escenario hace necesaria la acción de las autoridades respectivas, para revisar las condiciones en las que viven estos ciudadanos que, debemos recordar, tienen los mismos derechos espaciales que el resto.

La Carpio es una comunidad reducida, casi amurallada, y aún así pareciera ser un

espacio infinito, que logra albergar más y más pobladores en sus intrincaciones y complicadas manifestaciones de la forma urbana. Las soluciones que existen en el sitio no son desechables; no se trata de borrar el sitio del mapa. Pero es necesario realizar una labor conjunta para entender cómo funciona el laberinto, hacerlo menos opresivo y, de paso, elevar la calidad de vida de los habitantes. Las condiciones actuales del planeta, y los principios de solidaridad que debieran imperar, así lo exigen.

No podemos permitir prisioneros de la ciudad.



[Imagen 3.4. Umbral](#)

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

La Carpio es un espacio de contraste y reflexión. Tras analizar su composición urbana, y las características que le dan estructura, función y forma, es válido asegurar que representa una metáfora activa del laberinto moderno urbano: la ciudadela marginal. Este sitio, como tantos otros, es una síntesis del colapso arquitectónico, del agotamiento del espacio por necesidad y de las interpretaciones que las personas hacen de su territorio.

En primera instancia, se demostró cómo el mito, en este caso el del laberinto, puede ser una herramienta de análisis arquitectónico. Cargada de significantes culturales, la mitología permite acercarse un poco a las concepciones y simplificaciones que hacen los pueblos para entender su existencia. Esto la convierte en una fuente de metáforas ricas en analogías que facilitan la comprensión de otros elementos, como lo es aquí un problema urbano. El mito sirve como la estructura básica del caso de estudio.

Posteriormente, se analizó a grandes rasgos el proceso que degenera en la construcción de ciudades marginales colapsadas. A partir de los ejemplos urbanos y de los procesos urbanísticos que dieron pie a estas manifestaciones, fue posible entender cuál es la función de estos sitios en el conglomerado que integra la ciudad, y cómo responden a los modelos políticos y económicos que han extendido los niveles de pobreza a gigantescas extensiones de territorio.

El caso de La Carpio sirvió como síntesis de los puntos anteriormente expuestos, tratando de ejemplificar a través de sus condiciones actuales, cómo los elementos básicos del mito del laberinto pueden leerse y cómo las precarias condiciones de pobreza han incidido en un espacio olvidado por el urbanismo. Sin embargo, también se intentó hacer una interpretación de ese espacio desde una perspectiva que pudiera valorar lo que allí existe y, de cierta forma, respetar las soluciones que han surgido en medio de tal precariedad.

La resolución de estos objetivos nuevamente nos obliga a repasar qué representa este modelo de crecimiento urbano dentro de la lectura que aquí se ha planteado. Cabe preguntarse, entonces, ¿qué tipo de ciudad es la del laberinto?, ¿la del colapso urbano? Desprendiéndose de los puntos anteriores, se puede observar que la marginalidad urbana es alternativamente un atentado a la lógica del ordenamiento urbano y una solución de la más pura inocencia. Dado que estos espacios crecen a espaldas de las zonas más públicas y “correctas” de la ciudad, son como hoyos negros de intervención urbana. Si lo vemos en etapas, lo que partió de un mito, se adaptó como un ritual urbano y terminó, sin embargo, convertido en una mera simulación del ideal ciudadano. Explicado en secuencia:

- 1. El mito:** el laberinto, en este caso, es la zona de conflicto, el área colapsada y retorcida de calles y arquitectura de la mayor pobreza. Existe como un imaginario, acaso dado por las circunstancias. Las zonas marginales de la ciudad han sido castigadas por su destino manifiesto, el de ser pobres perpetuamente, olvidadas y desconectadas del resto. El mito en este caso es que la pobreza urbana es irreversible y autodestructiva. De alguna forma están ausentes del resto de la ciudad, porque para el resto no existen y no cuentan dentro de su noción del espacio (son las barreras y lagunas que describe Lynch (2001) en su imagen ciudadana). Por lo tanto, la ciudad pobre será siempre pobre, y su lógica es la de la pobreza: un cúmulo de caos. En el mito reside la estructura.
- 2. El rito:** las construcción de las calles, las venas de la ciudad. Cuando éste mito explicado anteriormente es aceptado y permitido por los actores sociales, la materialización de sus principios es inevitable. Entonces inicia el ritual ciudadano más primario, el de la comunicación social en el espacio, la ejecución de las calles, de los predios, de lo contenido y lo delimitante, de lo público y lo privado. El rito urbano en la ciudadela marginal, es la ejecución de ese laberinto metafórico. Aquí es la función lo que inevitablemente se consume. Ante la falta de recursos, sociales y económicos, sólo queda el principio de la supervivencia urbana; un grupo social debe hacerse de ese principio de subsistencia para poder “hacer su ciudad”, y determina su interpretación de la arquitectura que le sirve. Básicamente, esta se divide en

dos: arquitectura para dormir (casa, cuarto), arquitectura para interactuar (calle pública). En el laberinto urbano las funciones son mínimas.

3. **Simulacra:** es el intento consumado, la forma final que adquiere ese fragmento de ciudad que, podemos afirmar, intenta ser la ciudad de los otros pero que no tiene capacidad de consumir. El ciclo se completa, pues lo que surge de un mito, de una alegoría, termina siendo una alegoría misma. Ya no es sólo una metáfora del laberinto, sino también una metáfora de la ciudad, un simulacro fallido de lo que tiene a la distancia. Pero la *simulacra* no es del todo un caso perdido, sino lo contrario. Aunque se consumó por inequidades lamentables, posee la esencia de esa ciudad viviente y plural que tanto demandan Alexander y Salingaros, y aunque es un evidente fracaso del urbanismo, si se presta atención, contiene elementos y enseñanzas valiosas sobre los mecanismos naturales para construir ciudad.

Haciéndonos de figuraciones y metáforas, esta ciudad marginal, el laberinto moderno, es una expresión a gran escala de nuestro modelo mental. Así como existen interpretaciones más cercanas a la frialdad matemática (como ya se ha explicado), igualmente se pueden advertir como consecuencias lógicas de la psicología humana. Y esa tríada del mito, el ritual y el simulacro, tienen alguna referencia al modelo de órdenes mentales propuestos por Lacan, que describía la estructura psicoanalítica dividida en tres: el imaginario, lo simbólico y lo real

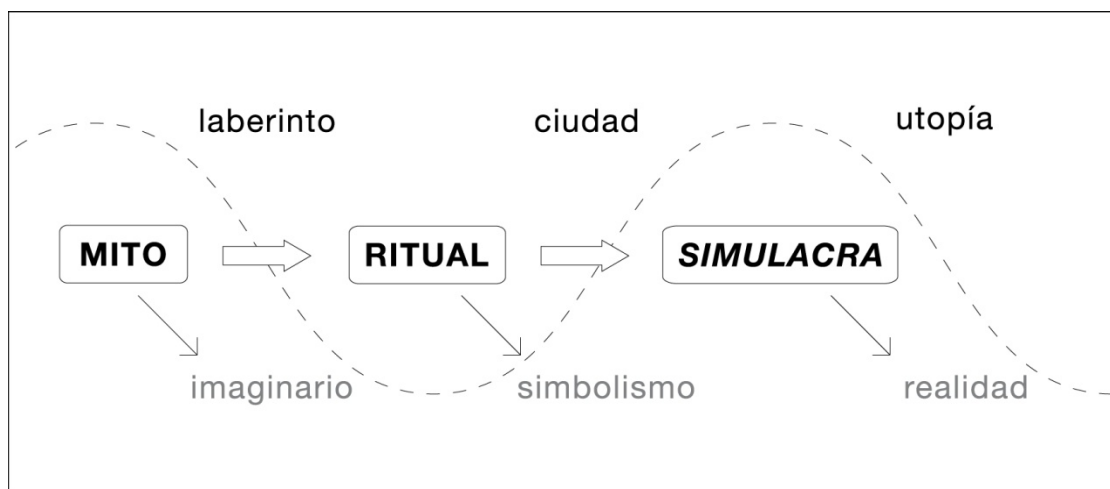


Gráfico 6. Los órdenes mentales y el espacio construido

(1991).

Mientras el imaginario es la zona de las imágenes e ilusiones, lo simbólico es el lenguaje que adoptan esas imágenes, el medio de transmisión de significados. Finalmente, lo real es aquello que resiste interpretaciones, que escapa al matiz del lenguaje, pues simplemente *es*. Lacan afirmaba que lo puramente real no existe, pues todo está sujeto a interpretaciones. Hacer esta lectura en la ciudad parecería radical, y por lo tanto aquí se limita a extrapolar esa idea de una realidad inasequible con el modelo de *simulacra* que se explicó anteriormente (ver Gráfico 6). Así, ya no hablamos de un ser humano sólo frente a su universo interno, sino de un grupo social frente a su universo construido. Su imaginario es el ideal que está limitado a sufrir, su simbolismo la construcción de esas imágenes o *memes**, y lo real aquello que finalmente termina intentando materializar.

Nuevamente, esa *meme* del laberinto es útil para hacer este paralelo. El laberinto, visto desde una perspectiva arquitectónica, tiene función y forma; ésta última sujeta a las más variadas versiones. Sin embargo, su estructura estará siempre sujeta a la funcionalidad final, que es el de ser una prisión infranqueable constituida por caminos ciegos sin salida aparente. Sin importar si es circular u ortogonal, si es de piedra o hiedra, si tiene una o varias salidas, la condición de quien circula allí es probablemente igual. La potencia del significado espacial, determinada por la estructura ausente que le da origen, trasciende los detalles constructivos concretos. Si el laberinto es el imaginario, la prisión inevitable, es necesario determinar quién lo habita, quién es su minotauro.

En condiciones de semejante precariedad y pobreza, nuestro laberinto no puede más que ser habitado por una masa relativamente homogénea, al menos en sus

* El término o neologismo *meme*, derivado del griego *mimeme* (imitación) es un término utilizado para denominar una unidad mínima de transmisión de la herencia cultural, una especie de bloque o paquete de información cultural. Así como un gen, el *meme* puede ser una imagen o un concepto cultural que evoluciona por selección natural, a partir de su éxito. Su primera mención fue dada por el biólogo Richard Dawkins (1978), quien da como ejemplos ciertas tonadas, frases, creencias, modas en el ropaje, la fabricación de vasijas cerámicas y la tecnología de construcción de arcos. En este caso, los *memes* son cápsulas de imaginarios que han subsistido al tiempo, como el laberinto y su evolución a partir del pensamiento y el mito.

condiciones sociales, que coincide en sus expectativas y necesidades, determinadas en gran parte por ese lugar trágico que los condena a vivir encarcelados y sin opciones reales de superar esa condición.

Freud explicaba cómo las masas se limitan y pierden independencia para tomar decisiones, por ignorancia y por adolecer los recursos necesarios para revertirla (Freud, 1983). La influencia que los gobiernos tienen sobre las comunidades más pobres parte de ese mismo círculo vicioso. Ante poblaciones crédulas y desinformadas, sólo es posible el incentivo a partir de la exageración y el impacto desmedido (la promesa de un mejor futuro, el apoyo venidero si les dan el voto, etc.). Así se mantienen reducidos en su espacio territorial, reducidos en sus posibilidades de trasgresión externa y reducidos a desarrollar cualquier intento de mejoramiento a partir de sus propias capacidades.

Sin embargo, y aquí está el punto medular, la masa es capaz, en ocasiones, de surgir con respuestas más que dignas e independientes. Porque a pesar de la implacable reducción que padece sistemáticamente, puede, en el caso de la ciudad, sobrevivir con lo mínimo, con la capacidad de hacer ciudad a su manera.

Entre las recomendaciones que pueden hacerse respecto a este caso, algunas parecerían esenciales:

1. Mientras aumenten los índices de pobreza, las ciudadelas marginales seguirán teniendo razón para existir. Aunque aquí se ha analizado un fenómeno urbano, es inevitable separar su trascendencia dentro del sistema político económico. Es importante reforzar la idea de que los análisis urbanísticos, con sus planes de ordenamiento territorial y propuestas habitacionales, no deben surgir aislados del contexto social que los define. En nuestro país, urgen planes de desarrollo integral, que consideren y logren articular los planes de crecimiento económico con los modelos de igualdad y justicia social, incluidos los derechos ciudadanos más básicos. En La Carpio hablamos de miles de personas que habitan en condiciones inhumanas, donde la informalidad y la ilegalidad se han convertido en el elemento

estigmatizante de sus pobladores y, más preocupante aún, en el único modelo de desarrollo disponible.

2. El análisis y la intervención urbanística en las zonas marginales es urgente y necesario. El fenómeno de la marginalidad puede convertirse, como se vio en los ejemplos tratados, en un monstruo sin control, con extensiones de tierra tomadas por la pobreza extrema. Sin embargo, toda intervención debe ser cuidadosa respecto al trato que se le da al espacio ya construido. Sería un error la “limpieza” de estos sitios. En ocasiones se piensa que eliminando la zona marginal se elimina el problema, cuando es todo lo contrario. Existen ejemplos en otras partes del mundo, como el proyecto Favela-Barrio en Rio de Janeiro, Brasil, que ha dignificado el espacio marginal ya existente, transformándolo de una zona sin redes ni infraestructura de calidad en un barrio con mayores niveles de integración. Lo importante es no corromper ni alterar las dinámicas que han generado los pobladores, sino contribuir a mejorar su calidad de vida y territorialidad.
3. La Carpio es una zona de bajísima calidad de vida, pero de enorme valor cultural. Es una comunidad que ha logrado, en la adversidad, romper uno de los mayores prejuicios de la sociedad costarricense: la integración de la clase migrante. Como barrio binacional, es un ejemplo de la fuerza social que puede surgir de la carencia espacial. Existe un interés por comprender mejor este espacio, y hay importantes investigaciones sociales en curso tratando de rescatar las lecciones de este sitio. Sin embargo, la clase política nacional ha preferido ignorar las calidades de esta y otras comunidades de similares problemáticas. Mientras los programas de crecimiento económico y estatal no enfrenten constructivamente el problema de la marginalidad urbana, el país estaría ante un peligroso fenómeno social, donde reina la informalidad y la ausencia de legalidad, con graves repercusiones para la estabilidad del modelo ciudadano actual.
4. Como arquitectos o urbanistas, también es necesario contribuir con la investigación de éste y otros sitios marginales. La enseñanza de la arquitectura muchas veces olvida incorporar la pobreza como elemento de

análisis, dejándola en un plano crítico que pierde su sentido sin aplicaciones reales. Las universidades, y las escuelas de arquitectura deberían interesarse por aprender de estos sitios haciéndolos el elemento central de ciertos talleres, cursos de investigación o temáticas globales. Esto permitiría no sólo producir una gran cantidad de soluciones y propuestas, sino romper esa barrera invisible que todavía nos mantiene separados de sitios y personas iguales a nosotros. Si se supera la demonización de ciertos espacios, estaremos construyendo ciudades más justas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGREST, Diana.** (1976). *Design versus Non-Design*. Documento presentado en el Primer Congreso Internacional de Estudios Semióticos. Milán.
- ALBUQUERQUE, Lyliam, IGLESIA, Rafael.** (Eds.) (2001). *Sobre imaginarios urbanos*. Buenos Aires: CC Editores.
- ALEXANDER, Christopher.** (1978). *Urbanismo y participación. El caso de la Universidad de Oregon*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- BAIRD, George.** (1969). *'La Dimension Amoureuse' in Architecture*. Nueva York: George Braziller.
- BARTHES, Roland.** (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- BAUDRILLARD, Jean.** (2000). *De la seducción* (8va ed.). Madrid: CATEDRA.
- BENÉVOLO, Leonardo.** (1992). *Orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: Celeste Ediciones.
- BIERMANN, Veronnica. et al** (2003). *Teoría de la arquitectura. Del renacimiento a la actualidad*. Colonia: Taschen.
- BRENES, Eduardo.** (1995). *Peatonización. Una opción para el rescate urbano*. Cartago: Editorial Tecnológica.
- CALVINO, Italo.** (1994). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- CARTERETTE, Edward, FRIEDMAN, Morton.** (1982). *Manual de percepción. Raíces históricas y filosóficas*. México D. F.: Editorial Trillas.
- Centro Económico para América Latina y el Caribe (CEPAL).** (2005). *Pobreza y precariedad en América Latina*. Santiago: Autor.
- CLEM, Andrew.** (2007). *Chaos Theory*. Documento electrónico.
- CHUECA GOITÍA, Fernando.** (1968). *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- COLLINS, Peter.** (1999). *Los ideales de la arquitectura moderna. Su evolución (1750-1950)*. Barcelona: Gustavo Gili.
- CULLEN, Gordon.** (1974). *El paisaje urbano. Tratado de estética urbanística*. Barcelona: Editorial Blume.

- CURTIS, William.** (1986). *Le Corbusier. Ideas and forms*. Londres: Phaidon Press.
- ECO, Umberto.** (1999). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. (5ta ed.) Barcelona: Lumen.
- FERNÁNDEZ, Andrés.** (2003). *Un país, tres arquitecturas*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- FERNÁNDEZ GÜELL, J.M.** (2000). *Planificación estratégica de ciudades* (2da ed.). Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- FITZPATRICK, Kevin, LAGORY, Marc.** (2000). *Unhealthy Places. The ecology of risk in the urban landscape*. Nueva York: Routledge.
- FONSECA, Karina.** (2004). *La Carpio: Notas rojas y voces claras*. En Envío, N° 273, 31-36.
- FOUCAULT, Michel.** (1990). *Space, Knowledge, and Power*. Entrevista con Paul Rabinow en la revista Skyline.
- FRAMPTON, Kenneth.** (1992). *Modern architecture: a critical history*. (3ra ed.) Londres: Thames & Hudson.
- FRAMPTON, Kenneth.** (1995). *Studies in tectonic culture: the poetics of construction in nineteenth and twentieth century architecture*. Cambridge, MA: MIT Press.
- FREUD, Sigmund.** (1983). *Psicología de las masas* (9na ed.). Madrid: Alianza.
- GANDELSONAS, Mario.** (1973). *Linguistics in Architecture*. En la revista Casabella 374.
- GOMBRICH, E. H.** (1995). *The story of art*. (16ta ed.) Londres: Phaidon Press.
- GRÖNLUND, Bo.** (1994). *Life and Complexity in the Urban Space*. En la revista electrónica *Urban Winds*. Copenhagen.
- HAYES, Michael.** (Ed.) (2000). *Architecture theory since 1968*. Cambridge, MA: MIT Press.
- HERNÁNDEZ, Franklin.** (1998). *Estética artificial: por qué algo es bello*. San José: Mitos Ediciones.
- JACOBS, Jane.** (1993). *The Death and Life of Great American Cities*. (2da ed.) New York: Random House Publishing.
- JANOSCHKA, Michael.** (2002). *Urbanizaciones privadas en Buenos Aires: ¿hacia un nuevo modelo de ciudad latinoamericana?* En Cabrales, L. F. (ed.), *Latinoamérica: Países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/UNESCO, 287-318.

- JENCKS, Charles.** (1977). *The Language of Post-Modern Architecture*. New York: Rizzoli.
- JUNG, Carl.** (1995). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós.
- LACAN, Jaques.** (1991). *The Seminar of Jacques Lacan. Book II: The Ego in Freud's Theory and in the Technique of Psychoanalysis 1954-1955*. New York: W.W. Norton & Company.
- LYNCH, Kevin.** (2001). *La imagen de la ciudad*. (5ta ed.) Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- MARTÍNEZ BALDARES, Tomás.** (2001). *San José: las ciudades de la metrópolis. Seis formas de imagen urbana desde la estética del fragmento*. Tesis de maestría para optar por el grado de Magíster Scientiae, Sistemas de Estudios de Postgrado, Universidad de Costa Rica.
- MORALES ALVAREZ, Miguel.** (Ed.) (1978). *El proceso de metropolización en Costa Rica y América Latina*. San José: Talleres gráficos del Instituto Geográfico Nacional, MOPT.
- MUNIZAGA, Gustavo.** (2000). *Diseño Urbano. Teoría y método* (2da ed.). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- MUNIZAGA, Gustavo.** (2000). *Macroarquitectura. Tipologías y estrategias de desarrollo urbano* (2da ed.). México, D.F.: Alfaomega.
- NESBITT, Kate.** (Ed.) (1996). *Theorizing a new agenda for architecture: an anthology of architectural theory 1965-1995*. New York: Princeton Architectural Press.
- NICOLINI, Alberto.** (2001). *Geometría y nomenclatura en la imagen del espacio urbano: la calle*. En Albuquerque, L., Iglesia, R. (Eds.). *Sobre imaginarios urbanos*. Buenos Aires: CC Editores.
- NUTTGENS, Patrick.** (1997). *The story of architecture* (2da ed.). Londres: Phaidon Press.
- OCAMPO FAILLA, Pablo.** (2002). *Periferia. La heteropía del no-lugar*. Santiago: SERVIMPRESS.
- OVIDIO.** (1960). *The Metamorphoses*. New York: Viking Press.
- PANERAI, Phillippe.** (1999). *Analyse urbaine*. Marsella: Parentheses.
- PIOTOROWSKI, Andrzej, WILLIAMS-ROBINSON Julia.** (Eds.) (2001). *The discipline of architecture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ROWE, Colin.** (1978). *Collage City*. Cambridge, MA: MIT Press.
- SABATE, Joaquín.** (1999). *El proyecto de la calle sin nombre*. Barcelona: Arquítesis.
- SALINGAROS, Nikos.** (2003). *Connecting the fractal city*. Charla magistral, 5ta Bienal de ciudades y urbanistas europeos. Barcelona.

SALINGAROS, Nikos. (2006). *A theory of architecture*. Solingen, Alemania: Umbau-Verlag.

SANDOVAL GARCÍA, Carlos. (2005). *La Carpio. La experiencia de segregación urbana y estigmatización social*. Informe del Instituto de Investigaciones Sociales; Escuela de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica.

SILVA, Armando. (2001). Entrevista. Albuquerque, L., Iglesia, R. (Eds.). *Sobre imaginarios urbanos*. Buenos Aires: CC Editores.

TSCHUMI, Bernard. (1994). *The architectural paradox*. (2da ed.) Cambridge, MA: MIT Press.

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA. (2005). *El espacio público en la Costa Rica de finales del siglo XX. Concurso de ensayo y fotografía*. San Pedro: Editor.

WOODBRIDGE, Richard. (2003). *Historia de la arquitectura en Costa Rica*. Cartago: Editorial Tecnológica.